

CAPÍTULO XVI

Persecuciones en Inglaterra durante el reinado de la reina María

La prematura muerte del célebre y joven monarca Eduardo VI causó acontecimientos de lo más extraordinarios y terribles que jamás hubieran tenido lugar desde los tiempos de la encamación de nuestro bendito Señor y Salvador en forma humana. Este triste acontecimiento se convirtió pronto en un tema de general lamentación. La sucesión al trono británico llegó pronto a ser objeto de disputa, y las escenas que se sucedieron fueron una demostración de la seria aflicción en la que estaba envuelto el reino. Conforme fueron desarrollándose más y más las consecuencias de esta pérdida para la nación, el recuerdo de su gobierno vino a ser más y más un motivo de gratitud generalizada. La terrible perspectiva que pronto se presentó a los amigos de la administración de Eduardo, bajo la dirección de sus consejeros y siervos, vino a ser algo que las mentes reflexivas se vieron obligadas a contemplar con la más alarmada aprensión. La rápida aproximación que se hizo a una total inversión de las actuaciones del reinado del joven rey mostraba los avances que de esta manera iban a una resolución total en la dirección de las cuestiones públicas tanto en la Iglesia como en el estado.

Alarmados por la condición en la que probablemente se iba a encontrar involucrado el reino por la muerte del rey, el intento por impedir las consecuencias, que se veían sobrevenir con mucha claridad, produjo los más serios y fatales efectos. El rey, en su larga y prolongada enfermedad, fue inducido a hacer testamento, en el que otorgaba la corona inglesa a Lady Jane, hija del duque de Suftolk, que se había casado con Lord Guilford, hijo del duque de Northumberland, y que era nieta de la segunda hermana del rey Enrique, casada con Carlos, duque de Suffolk. Por este testamento se pasó por alto la sucesión de María y Elizabet, sus dos hermanas, por el temor a la vuelta al sistema del papado; y el consejo del rey, con los jefes de la nobleza, el alcalde mayor de la ciudad de Londres, y casi todos los jueces y los principales legisladores del reino, firmaron sus nombres a este documento, como sanción a esta medida. El Lord principal de la Justicia, aunque verdadero protestante y recto juez, fue el único en negarse a poner su nombre en favor de Lady Jane, porque ya había expresado su opinión de que María tenía derecho a tomar las riendas del gobierno. Otros objetaban a que María fuera puesta en el trono, por los temores que tenían de que pudiera casarse con un extranjero, y con ello poner a la corona en considerable peligro. También la parcialidad que ella mostraba en favor del papismo dejaba bien pocas dudas en las mentes de muchos de que sería inducida a avivar los intereses del Papa y a cambiar la religión que había sido usada tanto en los días de su padre, el Rey Enrique, como en los de su hermano Eduardo; porque durante toda este tiempo había ella manifestado una gran terquedad e inflexibilidad, como ha de ser evidente en base de la carta que envió a los lores del consejo, por la que presentó sus derechos a la corona a la muerte de su hermano.

Cuando ésta tuvo lugar, los nobles, que se habían asociado para impedir la sucesión de María, y que habían sido instrumentos en promover y quizá aconsejar las medidas de Eduardo, pasaron rápidamente a proclamar a Lady Jane Gray como reina de Inglaterra, en la ciudad de Londres y en varias otras ciudades populosas del reino. Aunque era joven, poseía talentos de naturaleza superior, y su aprovechamiento bajo un muy excelente tutor le había dado grandes ventajas.

Su reinado sólo duró cinco días, porque María, consiguiendo la corona por medio de falsas promesas, emprendió rápidamente la ejecución de sus expresas intenciones de extirpar y quemar a cada protestante. Fue coronada en Westminster de la manera usual, y su accesión fue la señal para el inicio de la sangrienta persecución que tuvo lugar.

Habiendo obtenido la espada de la autoridad, no fue remisa en emplearla. Los partidarios de Lady Jane Gray estaban destinados a sentir su fuerza. El duque de Northumberland fue el primero en experimentar su salvaje resentimiento. Después de un mes de encierro en la Torre fue condenado, y llevado al cadalso para sufrir como traidor. Debido a la variedad de sus crímenes debidos a una sórdida y desmesurada ambición, murió sin que nadie se compadeciera de él ni lo lamentara.

Los cambios que se sucedieron con toda celeridad declararon de manera inequívoca que la reina era desafecta al actual estado de la religión. El doctor Poynt fue desplazado para dejar sitio a Gardiner como obispo de Winchester, el cual recibió también el importante puesto de Lord Canciller. El doctor Ridley fue echado de la sede de Londres, y Bonne puesto en su lugar. J. Story fue echado del obispado de Chichester, para poner allí al doctor Day. J. Hooper fue enviado preso a Fleet, y el doctor Heath instalado en la sede de

Worcester. Miles Coverdale fue también echado de Exeter, y el doctor Vesie tomó su lugar en aquella diócesis. El doctor Tonstail fue también ascendido a la sede de Durham. Al observarse y señalarse estas cosas, fueron oprimiéndose y turbándose más y más los corazones de los buenos hombres; pero los malvados se regocijaban. A los embusteros tanto les daba como fuera la cuestión; pero aquellos cuyas conciencias estaban ligadas a la verdad percibieron como se encendían las hogueras que después deberían servir para destrucción de tantos verdaderos cristianos.

Las palabras y la conducta de Lady Jane Gray en el cadalso

La siguiente víctima fue la gentil Lady Jane Gray, que, por su aceptación de la corona ante las insistentes peticiones de sus amigos, incurrió en el implacable resentimiento de María. Al subir al cadalso, se dirigió con estas palabras a los espectadores: «Buena gente, he venido aquí a morir, y por una ley he sido condenada a ello. El hecho contra la majestad de la reina era ilegítimo, y que yo accediera a ello; pero acerca de la toma de decisión y el deseo de lo mismo por mi parte o en mi favor, me lavó este día las manos en mi inocencia delante de Dios y delante de vosotros, buena gente cristiana.» E hizo entonces el movimiento de fregarse las manos, en las que tenía su libro. Luego les dijo: «Os pido a todos buena gente cristiana, que me seáis testigos de que muero como buena cristiana, y que espero ser salva sólo por la misericordia de Dios en la sangre de Su único Hijo Jesucristo, y no por otro medio alguno: y confieso que cuando conocí la Palabra de Dios, la descuidé, amándome a mi misma y al mundo, y por ello felizmente y con merecimiento me ha sobrevenido esta plaga y castigo; pero doy gracias a Dios que en Su bondad me ha dado de esta manera tiempo y descanso para arrepentirme. Y ahora, buena gente, mientras estoy viva, os ruego que me auxiliéis con vuestras oraciones.» Luego, arrodillándose, se dirigió a Feckenham, diciéndole: «¿Diré este Salmo?» y él le dijo: «SI.» Entonces pronunció el Salmo Miserere mei Deus, en inglés, de la forma más devota hasta el final; luego se levantó, y le dio a su dama, la señora Ellen, sus guantes y su pañuelo, y su libro al señor Bruges; luego se desató su vestido, y el verdugo se acercó para ayudarla a sacárselo; pero ella, pidiéndole que la dejara sola, se volvió hacia sus dos damas, que la ayudaron a quitárselo, y también le dieron un hermoso pañuelo con el que vendarse los ojos.

Luego el verdugo se arrodilló, y le pidió perdón, dándoselo ella muy bien dispuesta.

Luego le pidió que se pusiera de pie sobre la paja, y al hacerlo vio el tajo. Entonces le dijo: «Te ruego que acabes conmigo rápidamente.» Luego se arrodilló, diciendo: «¿Me descabezarás antes que le estire?» Y el verdugo le dijo: «No, señora.» Entonces se vendó los ojos, y buscando el tajo a tientas, dijo: «¿Qué voy a hacer? ¿Dónde está, dónde esta?» Uno de los que estaban allí la condujo, y ella puso la cabeza sobre el tajo, y luego dijo: «Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Así acabo su vida, el año de nuestro Señor de 1554, el doce de febrero, teniendo alrededor de diecisiete años.

Así murió Lady Jane; y aquel mismo día fue decapitado Lord Guilford, su marido, uno de los hijos del duque de Nonhumberland; eran dos inocentes en comparación con aquellos que estaban sobre ellos. Porque eran muy jóvenes, y aceptaron ignorantemente aquello que otros habían tramado, consintiendo que por proclamación pública fuera arrebatado a otros para que les fuera dado a ellos.

Acerca de la condenación de esta piadosa dama, se debe recordar que el Juez Morgan, que pronunció la sentencia contra ella, cayó loco poco después de haberla condenado, y en sus delirios clamaba continuamente que le quitaran a Lady Jane de delante de él, y así acabo su vida. El veintiuno del mismo mes, Enrique duque de Suffolk fue decapitado en la Torre, el cuarto día después de su condena; en aquel mismo tiempo muchos caballeros e hidalgos fueron condenados, de los que algunos fueron ejecutados en Londres, y otros en otros condados. Entre ellos se encontraba Lord Thomas Gray, hermano del duque de Suffolk, que fue apresado no mucho tiempo después en el norte de Gales, y ejecutado por la misma causa. Sir Nicholas Throgmorton escapó muy apuradamente.

John Rogers, vicario del Santo Sepulcro, y lector de San Pablo en Londres

John Rogers se educó en Cambridge, y fue después muchos años capellán de los mercaderes desplazados a Amberes, en Brabante. Allí conoció al célebre mártir William Tyndale, y a Miles Coverdale,

ambos voluntariamente exiliados de su país por su aversión a la superstición e idolatría papal. Ellos fueron los instrumentos de su conversión, y se unió con ellos en la producción de aquella traducción de la Biblia al inglés conocida como «Traducción de Thomas Mathew.» Por las Escrituras supo que los votos ilegítimos podían ser legítimamente quebrantados; por ello contrajo matrimonio y se dirigió a Wittenberg, en Sajonia, para aumentar sus conocimientos; allí aprendió la lengua alemana, y recibió el encargo de una congregación, cargo que desempeñó fielmente durante muchos años. Al acceder el Rey Eduardo al trono, se fue de Sajonia para impulsar la obra de la Reforma en Inglaterra. Tras un tiempo, Nicholas Ridley, que era entonces obispo de Londres, le hizo canónigo de la Catedral de San Pablo, y el deán y el capítulo lo designaron lector allí de la lección de teología. Allí continuó hasta la accesión al trono de la Reina María, cuando fueron desterrados el Evangelio y la verdadera religión, e introducidos el Anticristo de Roma, con su superstición e idolatría.

La circunstancia de que el señor Rogers predicó en Paul's Cross, después que la Reina María llegara a la Torre, ya ha sido relatada. Confirmó él en sus sermones la doctrina enseñada en la época del Rey Eduardo, exhortando al pueblo a guardarse de la abominación del papismo, de la idolatría y de la superstición. Por esta razón fue llamado a dar cuenta, pero se defendió de manera tan capaz que fue por el momento libertado. Pero la proclamación de la reina prohibiendo la verdadera predicación dio a sus enemigos un nuevo asidero contra él. Por ello, fue llamado de nuevo ante el consejo, y se le ordenó el arresto domiciliario. Se quedó entonces en su casa, aunque hubiera podido escapar y fue cuando vio que el estado de la verdadera religión era desesperado. Sabía que no le faltaría un sueldo en Alemania; y no podía olvidar a su mujer y a sus diez hijos, ni dejar de tratar obtener los medios para suplir a sus necesidades. Pero todas estas cosas fueron insuficientes para inducirle a irse, y, cuando fue llamado a responder de la causa de Cristo, la defendió firmemente, y puso su vida en peligro por esta causa.

Después de un largo encarcelamiento en su propia casa, el agitado Bonner, obispo de Londres, lo hizo encerrar en Newgate, echándolo en compañía de ladrones y asesinos.

Después que el señor Rogers hubiera sufrido un estricto encarcelamiento durante largo tiempo, entre ladrones, y habiendo sufrido muchos interrogatorios y un trato muy poco caritativo, fue finalmente condenado de la manera más injusta y cruel por Stephen Gardiner, obispo de Winchester, el cuatro de febrero del año 1555 de nuestro Señor. Un lunes por la mañana, fue repentinamente advertido por el guarda de Newgate que se preparara para la hoguera. Estaba profundamente dormido, y les costó mucho despertarlo. Al final, despierto y levantado, al ser apremiado a que se apresurara, dijo: «Si es así, no hay necesidad de atarme las lazadas.» Así lo llevaron, primero al obispo Bonner, para que lo degradara. Hecho esto, le hizo un solo ruego al obispo Bonner, y Bonner le preguntó qué era. El señor Rogers le pidió poder hablar un breve tiempo con su mujer antes de ser quemado; pero el obispo se negó.

Cuando llegó el momento de ser llevado de Newgate a Smithfield, donde iba a ser ejecutado, un alguacil llamado Woodrooffe se acercó al señor Rogers, y le preguntó si quería retractarse de su abominable doctrina y de la mala opinión acerca del Sacramento del altar. El señor Rogers respondió; «Lo que he predicado lo sellaré con mi sangre.» Entonces Woodrooffe le dijo: «Eres un hereje.» «Esto se sabrá,» replicó el señor Rogers, «en el Día del Juicio.» «Bien,» le dijo Woodrooffe, «nunca oraré por ti.» «Pero yo si oraré por ti,» le dijo el señor Rogers; así fue sacado aquel mismo día, el cuatro de febrero, y llevado por los alguaciles hacia Smithfield, diciendo por el camino el Salmo Miserere, y dejando al pueblo asombrado con su entereza, dando a Dios alabanzas y gratitud por ello. Allí, en presencia del señor Rochester, controlador de la casa de la Reina, de Sir Richard Southwell, ambos alguaciles y una gran multitud, fue reducido a cenizas, lavándose las manos en la llama mientras ardía. Poco antes de ser quemado le trajeron el indulto si se retractaba; pero rehusó de manera total. El fue el primer mártir de toda la bendita compañía que sufrió en tiempos de la Reina María que ardió en el fuego. Su mujer e hijos, once en total, diez que podían caminar, y un bebé de pecho, lo fueron a ver por el camino cuando se dirigía a Smithfield. El triste espectáculo de ver a su propia carne y sangre no le movió sin embargo a debilidad, sino que aceptó su muerte con constancia y ánimo, en defensa y en la batalla del Evangelio de Cristo.»

El señor Saunders, después de pasar algún tiempo en la escuela de Eaton, fue escogido para ir a King's College, en Cambridge, donde estuvo durante tres años, creciendo en conocimientos y aprendiendo mucho por aquel breve espacio de tiempo. Poco después se fue de la universidad y volvió a casa de sus padres, pero pronto volvió a Cambridge para seguir estudiando, y comenzó a añadir al conocimiento del latín el estudio de las lenguas griegas y hebrea, y se dio al estudio de las Sagradas Escrituras, para capacitarse mejor para el oficio de predicador.

Al comienzo del reinado de Eduardo, cuando fue introducida la verdadera religión de Dios, después de obtener licencia comenzó a predicar, y fue tan del agrado de los que entonces tenían autoridad, que lo designaron para leer una conferencia de teología en el College de Fotheringham. Al disolverse el College de Fotheringham, fue designado como lector de la catedral en Litchfield. Después de un cierto tiempo, se fue de Litchfield a una prebenda en Leicestershire llamada Church-langton, donde tuvo residencia, enseñó con diligencia, y mantuvo casa abierta. De allí fue llamado a tomar una prebenda en la ciudad de Londres llamada Todos Santos, en Bread Street. Después de esto predicó en Northhampton, nunca mezclándose con el estado, sino pronunciando abiertamente su conciencia contra las doctrinas papistas que podían pronto volver a levantar cabeza en Inglaterra, como una justa peste por el poco amor que mostraba la nación inglesa entonces por la bendita Palabra de Dios, que les había sido ofrecida de manera tan abundante.

El partido de la reina se encontraba allí, y al oírle se sintieron ofendidos por su sermón, y por ello lo tomaron preso. Pero en parte por amor a sus hermanos y amigos, que eran los principales agentes de la reina entre ellos, y en parte porque no había quebrantado ley alguna con su predicación, lo dejaron ir.

Algunos de sus amigos, al ver aquellas terribles amenazas, le aconsejaron que huyera del reino, lo que él rehusó hacer. Pero al ver que se le iba a privar por medios violentos hacer el bien en aquel lugar, volvió a Londres a visitar su grey.

En la tarde del domingo 15 de octubre de 1554, mientras leía en su iglesia para exhortar a su pueblo, el obispo de Londres le interrumpió, enviando a un alguacil para llevárselo.

Le dijo el obispo que en su caridad se complacía en dejar pasar su traición y sedición por entonces, pero que estaba dispuesto a demostrarlo hereje a él y a todos los que enseñaban que la administración de los Sacramentos y todos los órdenes de la Iglesia son más puros cuanto más se aproximen al orden de la Iglesia primitiva.

Después de una larga conversación acerca de esta cuestión, el obispo le pidió que escribiera lo que creía acerca de la transubstanciación. Lawrence Saunders lo hizo, diciendo: «Mi señor, vos buscáis mi sangre, y la tendréis; ruego a Dios que seáis bautizado en ella de tal manera que desde entonces abominéis el derramamiento de sangre y os volváis un hombre mejor.» Acusado de contumacia, las severas réplicas del señor Saunders al obispo (que en tiempos pasados, para obtener el favor de Enrique VIII había escrito y hecho imprimir un libro de verdadera obediencia, en el que había declarado abiertamente que María era una bastarda) lo irritaron de tal manera que exclamó: «Llevaos a este frenético insensato a la prisión.»

Después que este bueno y fiel mártir hubo estado encarcelado un año y tres meses, los obispos finalmente lo llamaron, a él y a sus compañeros de prisión, para ser interrogados ante el consejo de la reina.

Acabado su interrogatorio, los oficiales lo sacaron del lugar, y se quedaron fuera hasta que el resto de sus compañeros fueran igualmente interrogados, para llevarlos todos juntos de nuevo a la cárcel.

Después de su excomunión y entrega al brazo secular, fue llevado por el alguacil de Londres al Compter, una cárcel en su propia parroquia de Bread Street, con lo que se regocijó grandemente, porque allí encontró a un compañero de cárcel, el señor Cardmaker, con quien tuvo muchas consoladoras conversaciones cristianas; y porque cuando saliera de aquella cárcel, como antes en su púlpito, podría tener la oportunidad de predicar a sus fieles. El cuatro de febrero, Bonner, obispo de Londres, acudió a la cárcel para degradarlo; al día siguiente, por la mañana, el alguacil de Londres lo entregó a ciertos miembros de la guardia de la reina, que tenían orden de llevarlo a la ciudad de Coventry, para ser allí quemado.

Cuando hubieron llegado a Coventry, un pobre zapatero, que solía servirle con zapatos, acudió a él, y le dijo: «Oh mi buen señor, que Dios le fortalezca y consuele.» «Buen zapatero,» le contestó el señor Saunders, «te pido que ores por mí, porque soy el hombre más inapropiado que jamás haya sido

designado para esta elevada misión; pero mi Dios y Padre amante y lleno de gracia es suficiente para hacerme tan fuerte como sea necesario. » Al día siguiente, el ocho de febrero de 1555, fue llevado al lugar de la ejecución, en el parque a las afueras de la ciudad. Fue en una vieja túnica y camisa, descalzo, y a menudo se postraba en tierra para orar. Cuando llegaron cerca del lugar, el oficial designado para cuidarse de la ejecución le dijo al señor Saunders que él era uno de los que hacían mal al reino de la reina, pero que si se retractaba habría perdón para él. «No seré yo,» respondió el santo mártir, «sino vosotros los que hacéis daño al reino. Lo que yo sostengo es el bendito Evangelio de Cristo; lo creo, lo he enseñado, y jamás lo revocaré.» Luego el señor Saunders se dirigió lentamente hacia el fuego, se puso de rodillas en tierra y oró. Luego se levantó, abrazó la estaca, y dijo varias veces: «¡Bienvenida, cruz de Cristo! ¡Bienvenida, vida eterna!» Aplicaron entonces fuego a la pira, y él, abrumado por las terribles llamas, cayó dormido en brazos del Señor Jesús.

La historia, el encarcelamiento e interrogatorio del señor John Hooper, obispo de Worcester y Gloucester

John Hooper, estudiante y graduado de la Universidad de Oxford, se sintió tan movido con tan ferviente deseo a amar y conocer las Escrituras que se vio obligado a irse de allí, y quedó en casa de Sir Thomas Arundel como mayordomo, hasta que Sir Thomas se enteró de sus opiniones y religión, que él no favorecía en manera alguna, aunque favorecía cordialmente su persona y condición y anhelaba ser su amigo. El señor Hooper tuvo ahora la prudencia de abandonar la casa de Sir Thomas y se fue a París, pero poco tiempo después volvió a Inglaterra, y fue acogido por el señor Sentlow, hasta el momento en que de nuevo fue hostigado y perseguido, con lo que volvió a pasar a Francia, y hacia las tierras altas de Alemania; allí, entrando en contacto con hombres eruditos, recibió de ellos libre y afectuosa hospitalidad, tanto en Basilea como especialmente en Zurich por el señor Bullinger, que fue especialmente amigo suyo; allí también contrajo matrimonio con su mujer, que era de Borgoña, y se aplicó diligentemente al estudio de la lengua hebrea.

Al final, cuando Dios tuvo el beneplácito de dar fin al sangriento tiempo de los seis artículos y darnos al Rey Eduardo para reinar sobre este reino, con alguna paz y reposo para la Iglesia, entre los muchos otros exiliados que volvieron a la patria se encontraba también el señor Hooper, que volvió conscientemente, no para ausentarse de nuevo, sino buscando el momento y la oportunidad, ofreciéndose para impulsar la obra del Señor hasta los límites de su capacidad. Cuando el señor Hooper se hubo despedido del señor Bullinger y de sus amigos en Zurich, se dirigió de vuelta a Inglaterra en el reinado del Rey Eduardo VI, y llegando a Londres, empezó a predicar, la mayoría de los días dos veces, o al menos una vez al día.

En sus sermones, conforme a su costumbre, corregía el pecado y hablaba severamente contra la iniquidad del mundo y los abusos corrompidos de la Iglesia. El pueblo iba en grandes multitudes y grupos a oír su voz a diario, como si fuera el sonido más melodioso y la música del arpa de Orfeo, de modo que a veces, cuando predicaba, la iglesia estaba tan llena que no cabía ni una aguja. Era ferviente en su enseñanza, elocuente en su palabra, perfecto en las Escrituras, infatigable en su tarea, ejemplar en su vida.

Habiendo predicado ante la majestad real, pronto fue designado obispo de Gloucester. Prosiguió dos años en aquel cargo, y se comportó tan bien que sus enemigos no pudieron hallar ocasión contra él, y después fue hecho obispo de Worcester.

El doctor Hooper cumplió la función del más solícito y vigilante pastor por espacio de dos años y algo más, mientras el estado de la religión, en el reinado del Rey Eduardo, fue sano y floreciente.

Después de haber sido citado a comparecer ante Bonner y el doctor Heath, fue llevado al Consejo, acusado en falso de deber dinero a la reina, y en el año siguiente, 1554, escribió un relato de los duros tratos recibidos durante un confinamiento de dieciocho meses en el Fleet, y después de su tercer interrogatorio, el 28 de enero de 1555, en St. Mary Overy's, él, y el Rev. Señor Rogers, fueron llevados al Compter en Southwark, donde fueron dejados hasta el día siguiente a las nueve de la mañana, para ver si se retractaban. «Venga, hermano Rogers,» le dijo el doctor Hooper, «¿tenemos que tomar esta cuestión por nosotros, y comenzar a ser asados en estas piras?» «Si, doctor.» dijo el señor Rogers, «por la gracia de Dios.» «No

tengas duda alguna,» contestó el doctor Hooper, «de que Dios nos dará fuerzas; » y el pueblo aplaudía tanto su tenacidad que apenas si podían pasar.

El 29 de enero, el obispo Hooper fue degradado y condenado, y el Rev. Señor Rogers fue tratado de manera igual. Al oscurecer, el doctor Hooper fue llevado a Newgate por medio de la ciudad; a pesar de este sigilo, mucha gente salió a sus puertas con luces, saludándole y dando gracias a Dios por su constancia. Durante los pocos días que estuvo en Newgate fue frecuentemente visitado por Bonner y otros, pero sin éxito alguno. Tal como Cristo fue tentado, así le tentaron a él, y luego informaron maliciosamente que se había retractado. El lugar de su martirio fue fijado en Gloucester, con lo que se regocijó mucho, levantando los ojos al cielo, y alabando a Dios que lo mandaba entre aquella gente de la que era pastor, para confirmar allí con su muerte la verdad que antes les había enseñado.

El 7 de febrero llegó a Gloucester, alrededor de las cinco de la tarde, y se alojó en la casa de uno llamado Ingram. Después de dormir algo, se mantuvo en oración hasta la mañana; y todo el día lo dedicó asimismo a la oración, excepto un poco de tiempo en las comidas y cuando conversaba con aquellos que el guarda gentilmente le permitía.

Sir Anthony Kingston, que antes había sido un buen amigo del doctor Hooper, fue designado por una carta de la reina para que presidiera la ejecución. Tan pronto como vio al obispo prorrumpió en lágrimas. Con entrañables ruegos le exhortó a vivir. «Cierto es que la muerte es amarga, y que la vida es dulce,» le dijo el obispo, «pero, ¡ay!, considera que la muerte venidera es más amarga, y que la vida venidera es más dulce. »

Aquel mismo día un chico ciego recibió permiso para ser llevado a la presencia del doctor Hooper. Aquel mismo chico había sufrido prisión en Gloucester, no hacia mucho, por confesar la verdad. « ¡Ah, pobre chico!», le dijo el obispo: «aunque Dios te haya quitado la vista externa, por la razón que Él sabrá mejor, sin embargo ha dotado tu alma con la visión del conocimiento y de la fe. Que Dios te dé gracia para que ores a Él continuamente, para que no pierdas la vista, porque entonces serías ciertamente ciego de cuerpo y alma. »

Mientras el alcalde esperaba que se preparara para la ejecución, él expresó su total obediencia, y sólo pidió que fuera un fuego rápido que diera fin a sus tormentos. Después de levantarse por la mañana, pidió que no dejaran entrar a nadie en la cámara, para poder estar a solas hasta la hora de la ejecución.

Hacia las ocho de la mañana del 9 de febrero de 1555 fue sacado, y había miles de personas congregadas, porque era día de mercado. A todo lo largo del camino, teniendo órdenes estrictas de no hablar, y viendo al pueblo, que se lamentaba amargamente por él, levantaba a veces los ojos al cielo, y miraba alegremente a los que conocía; nunca le habían visto, durante todo el tiempo que había estado entre ellos antes, con un semblante tan alegre e iluminado como en aquella ocasión. Cuando llegó al lugar designado para la ejecución, contempló sonriente la estaca y los preparativos hechos para él, cerca del gran olmo delante del colegio de sacerdotes, donde solía predicar antes.

Ahora, después de haber entrado en oración, trajeron una caja, y la pusieron sobre un taburete. En la caja había el perdón de la reina si se retractaba. Al verla, clamó: «¡Si amáis mi alma, quitad esto de ahí!» Al ser quitada la caja, dijo Lord Chandois: «Ya veis que no hay remedio; terminad con él rápidamente.»

Ahora dieron orden para que se encendiera el fuego. Pero debido a que no había más leña verde que la que podían traer dos caballos, no se encendió rápidamente, y también pasó bastante tiempo antes que prendieran las cañas sobre la leña. Al final se prendió el fuego a su alrededor, pero habiendo mucho viento en aquel lugar, y siendo una mañana glacial, apartaba la llama de su alrededor, por lo que quedó poco más que tocado por el fuego.

Al cabo de un rato se trajo leña seca, y se encendió un nuevo fuego con ascuas (porque no había más cañas), y sólo se quemó la parte de abajo, pero no tenía mucha llama por arriba, debido al viento, aunque le quemó el cabello y le abrasó un poco la piel. Durante el tiempo de este fuego, ya desde la primera llama, oró, diciendo mansamente, y no muy fuerte, como alguien sin dolor: «¡Oh Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí y recibe mi alma» Cuando se hubo apagado el segundo fuego, se frotó ambos ojos con las manos, y mirando a la gente, les dijo con voz calmada y fuerte: «Por amor de Dios, buena gente, poned más fuego!»; mientras tanto sus miembros inferiores ardían, pero las ascuas eran tan pocas que la llama sólo chamuscaba sus partes superiores.

Encendieron el tercer fuego al cabo de un rato, que era más intenso que los otros dos. En

este fuego él oró con voz alta: «¡Señor Jesús, ten misericordia de mí! ¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!» Y estas fueron las últimas voces que se le oyeron. Pero cuando tenía la boca ennegrecida y su lengua estaba tan hinchada que no podía hablar, sin embargo se movieron sus labios hasta que quedaron encogidos sobre las encías, y se golpeaba el pecho con sus manos hasta que uno de sus brazos se desprendió, y luego siguió golpeando con la otra, mientras que salía la grasa, agua y sangre de los extremos de sus dedos; finalmente, al renovarse el fuego, desaparecieron sus energías, y su mano se quedó fija tras golpear la cadena sobre su pecho. Luego, inclinándose hacia adelante, entregó su espíritu.

Así estuvo tres cuartos de hora o más en el fuego. Como un cordero, paciente, soportó esta atroz tortura, ni moviéndose adelante ni atrás ni a ningún lado, sino que murió tan apaciblemente como un niño en su cama. Y ahora reina, no tengo duda alguna, como bendito mártir en los gozos del cielo, preparados para los fieles en Cristo desde antes de la fundación del mundo, y por la constancia de los cuales todos los cristianos deben alabar a Dios.

La vida y conducta del doctor Rowland Taylor de Hadley

El doctor Rowland Taylor, vicario de Hadley, en Suffolck, era hombre de eminente erudición, y había sido admitido al grado de doctor de ley civil y canónica.

Su adhesión a los principios puros e incorruptos del cristianismo lo recomendaron al favor y a la amistad del doctor Cranmer, arzobispo de Canterbury, con quien vivió mucho tiempo, hasta que por medio de su interés obtuvo la vicaría de Hadley.

No sólo su palabra les predicaba, sino que toda su vida y conversación era un ejemplo de vida cristiana no fingida y de verdadera santidad. Estaba exento de soberbia; era humilde y gentil como un niño, de modo que nadie era tan pobre que no pudiera recurrir a él como a un padre, con toda libertad; y su humildad no era infantil o cobarde, sino que, cuando la ocasión lo demandaba y el lugar lo precisaba, era firme en reprender el pecado y a los pecadores. Nadie era demasiado rico para que él no fuera a reprenderles claramente por sus faltas, con reprensiones tan solemnes y graves como convenían a un buen cura y pastor. Era un hombre muy gentil, sin rencor ni resentimientos ni mala voluntad hacia nadie; estaba siempre dispuesto a hacer el bien a todos; perdonaba bien dispuesto a sus enemigos, y nunca intentó hacer a nadie daño alguno.

Era, para los pobres que eran ciegos, cojos, que estaban enfermos, echados en el lecho de dolor, o que tenían muchos hijos, un verdadero padre, un protector solícito, y un proveedor diligente, de manera que hizo que los fieles hicieran un fondo general para ellos; y él mismo (además del alivio continuo que siempre encontraban en su casa) daba una porción digna cada año al cepillo de las ofrendas comunes. Su mujer era también una matrona honrada, discreta y sobria, y sus hijos estaban bien educados, criados en el temor de Dios y en una buena instrucción.

Era buena sal de la tierra, con un sano mordiente para las formas corrompidas de los malvados; luz en la casa de Dios, puesta en un candelero para que lo imitaran y siguieran todos los hombres buenos.

Así continuó este buen pastor entre su grey, gobernándolos y conduciéndolos a través del desierto de este malvado mundo, todos los días de aquel santo e inocente rey de bendita memoria, Eduardo VI. Pero a su muerte, y a la accesión de la Reina María al trono, no escapó a la negra nube que se abatió también sobre tantos; porque dos miembros de su parroquia, un abogado llamado Foster, y un comerciante llamado Claik, guiados por un ciego celo, decidieron que se celebrara la Misa, con todas sus formas de superstición, en la iglesia parroquial de Hadley, el lunes antes de la Pascua. El doctor Taylor, entrando en la iglesia, lo prohibió estrictamente; pero Clark echó al Doctor fuera de la iglesia, celebró la Misa e inmediatamente informó al Lord Canciller, obispo de Winchester, de su conducta, el cual lo llamó a comparecer y a dar respuesta a las acusaciones que se hacían contra él.

El doctor, al recibir el llamamiento, se preparó bien dispuesto para obedecerlo, rechazando el consejo de sus amigos para que huyera al otro lado del mar. Cuando Gardiner vio al doctor Taylor, lo injurió, según era su hábito. El doctor Taylor escuchó los insultos con paciencia, y cuando el obispo le dijo: «¿Cómo te atreves a mirarme a la cara? ¿No sabes quien soy yo?», el doctor Taylor le contestó: «Sois Stephen Gardiner, obispo de Winchester, y Lord Canciller, pero sois sólo un hombre mortal. Pero si yo hubiera de temer vuestra señorial apariencia, ¿por qué no teméis vosotros a Dios, el Señor de todos

nosotros? ¿Con qué rostro apareceréis ante el tribunal de Cristo, y responderéis del juramento que hicisteis primero al Rey Enrique VIII, y después a su hijo el Rey Eduardo VI?»

Siguió una larga conversación, en la que el doctor Taylor habló tan mesurada y severamente a su antagonista que éste exclamó: «[Eres un blasfemo hereje! [En verdad blasfemas contra el bendito Sacramento (y aquí se quitó el capelo) y hablas en contra de la santa Misa, que es constituida sacrificio por los vivos y los muertos! » después, el obispo lo entregó al tribunal real.

Cuando el doctor Taylor llegó allí, encontró al virtuoso y diligente predicador de la Palabra de Dios que era el señor Bradford, el cual igualmente dio gracias a Dios por darle tal buen compañero de prisión; y ambos juntos alabaron a Dios, y persistieron en oración, en la lectura, y en exhortarse mutuamente.

Después que el doctor Taylor estuvo un tiempo en la cárcel, fue citado para comparecer bajo las arcadas de la iglesia de Bow.

Condenado, el doctor Taylor fue enviado a Clink, y los guardas de aquella cárcel recibieron orden de tratarlo mal. Por la noche fue llevado a Poultry Compter.

Cuando el doctor Taylor hubo permanecido en Compter alrededor de una semana, el cuatro de febrero llegó Bonner para degradarlo, llevando consigo ornamentos pertenecientes a la comedia de la misa; pero el Doctor rehusó aquellos disfraces, que finalmente le fueron puestos a la fuerza.

La noche después de ser degradado, su mujer lo visitó con su siervo John Hull y con su hijo Thomas, y por la bondad de los carceleros pudieron cenar con él.

Después de cenar, andando arriba y abajo, dio gracias a Dios por Su gracia, que le había dado fortaleza para mantenerse en Su santa Palabra. Con lágrimas oraron juntos, y se besaron. A su hijo Thomas le dio un libro latino que contenía los dichos notables de los antiguos mártires, y al final del mismo escribió su testamento: «Digo a mi esposa y a mis hijos: El Señor me dio a vosotros, y el Señor me ha quitado de vosotros y a vosotros de mí: [Bendito sea el nombre del Señor! Creo que son bienaventurados los que mueren en el Señor. Dios se cuida de los pajarillos, y cuenta los cabellos de nuestras cabezas. Le he encontrado a Él más fiel y favorable que pueda serlo ningún padre o marido. Por ello, confiad en Él por medio de los méritos de nuestro amado Salvador Cristo; creed en El, amadle, temedle y obedecedle. Orad a Él, porque Él ha prometido ayudar. No me consideréis muerto, porque ciertamente viviré y nunca moriré. Voy delante, y vosotros me seguiréis después, a nuestro eterno hogar.»

Por la mañana, el alguacil de Londres y sus oficiales fue a Compter a las dos de la madrugada, y se llevó al doctor Taylor, y sin luz alguna lo llevó a Woolsack, un mesón fuera de las murallas cerca de Aldgate. La mujer del doctor Taylor, que sospechaba que aquella noche se llevarían a su marido, había estado vigilando en el porche de la iglesia de St. Botolph, junto a Aldgate, teniendo a sus dos hijas consigo, una, Elizabet, que tenía trece años (la cual, dejada huérfana de padre y madre, la había adoptado el doctor Taylor desde los tres años de edad), y la otra, María, hija camal del doctor Taylor.

Ahora, cuando el alguacil y su grupo llegaron frente a la iglesia de St. Botolph, Elizabet gritó, diciendo: «[Padre querido! [Madre, madre, allí se están llevado a mi padre!» Entonces la mujer gritó: Rowland, Rowland, ¿dónde estás?, porque era una mañana sumamente oscura, y no podían verse bien unos a otros. El doctor Taylor contestó: «Querida esposa, estoy aquí», y se detuvo. Los hombres del alguacil lo habían empujado para hacerle proseguir el camino, pero el alguacil dijo: «Deteneos un poco, señores, os ruego, y dejadle hablar con su mujer»; entonces se detuvieron.

Entonces ella se acercó a él, y él tomó a su hija María en sus brazos; y él, su mujer y Elizabet se arrodillaron y oraron la Oración del Señor, ante lo que el alguacil lloró abiertamente, como también varios otros de la compañía. Después de haber orado, se levantó y besó a su mujer, y le dio la mano, diciéndole: «Adiós, mi querida esposa; alíéntate, porque tengo la conciencia en paz. Dios suscitará un padre para mis hijas.»

A todo lo largo del camino, el doctor Taylor estuvo gozoso y feliz, como disponiéndose a ir al banquete o fiesta de bodas más esplendorosa. Les dijo cosas muy notables al alguacil y a los caballeros de la guardia que le llevaban, y a menudo los movió a lágrimas, con sus fervientes llamamientos al arrepentimiento y a enmendar sus vidas malas y perversas. Otras varias veces los hizo asombrar y gozarse, al verlo tan constante y firme, carente de temor, gozoso de corazón, y feliz de morir.

Cuando llegó a Aldham Common, el lugar donde debía sufrir, al ver tanta multitud

reunida, preguntó: «¿Cuál es este lugar, y para qué se ha reunido tanta gente aquí?» Le respondieron: «Este lugar se llama Aldham Common, el lugar donde debes sufrir; y esta gente ha venido a contemplarte» Entonces él dijo: «[Gracias a Dios, ya casi estoy en casa], y desmontó de su caballo, y con ambas manos se arrancó el capuchón de la cabeza.

Su cabello había sido rapado y recortado como se cortaba el cabello a los locos, y el costo de esto lo había sufragado el buen obispo Bonner de su propio bolsillo. Pero cuando el pueblo vio su reverendo y anciano rostro, con una larga barba blanca, prorrumpieron todos en lágrimas, llorando y clamando: «¡Dios te salve, buen doctor Taylor! ¡Que Jesucristo te fortalezca y te ayude! ¡Que el Espíritu Santo te conforte!», y otros buenos deseos parecidos.

Cuando hubo orado, fue a la estaca y la besó, y entró en un barril de brea que habían puesto para que se metiera en él, y se puso de pie dándole la espalda a la estaca, con las manos plegadas juntas, y los ojos al cielo, y orando de continuo.

Luego le ataron con las cadenas, y habiendo puesto la leña, uno llamado Warwick le echó cruelmente una gavilla de leña encima que le golpeó en la cabeza y le cortó el rostro, de manera que le manó la sangre. Entonces le dijo el doctor Taylor: «Amigo, ya tengo suficiente daño; ¿para qué esto?»

Sir John Shelton estaba cerca mientras el doctor Taylor hablaba, y al decir el Salmo Miserere en latín, le golpeó en los labios: «Granuja,» le dijo, «habla en latín: te obligaré.» Al final encendieron el fuego, y el doctor Taylor, levantando ambas manos, clamando a Dios, dijo:

«¡Misericordioso Padre del cielo! ¡Por causa de Jesucristo, mi Salvador, recibe mi alma en tus manos!» Así se quedó entonces sin gritar ni moverse, con las manos juntas, hasta que Soyce le hirió en la cabeza con una alabarda hasta que se derramaron sus sesos y el cadáver cayó dentro del luego.

Así entregó este hombre de Dios su bendita alma en manos de su misericordioso Padre, y a su amadísimo Salvador Jesucristo, a quien amó tan enteramente, y había predicado tan fiel y fervorosamente, siguiéndole obedientemente en su vida, y glorificándole constantemente en su muerte.

El martirio de William Hunter

William Hunter había sido instruido en las doctrinas de la Reforma desde su más tierna infancia, descendiendo de padres religiosos que le instruyeron solícitamente en los principios de la verdadera religión.

Hunter, que tenía entonces diecinueve años, rehusó recibir la comunión en la Misa, y fue amenazado con ser llevado delante del obispo, ante quien este valiente joven mártir fue llevado por un policía.

Bonner hizo llevar a William a una sala, y allí comenzó a razonar con él, prometiéndole seguridad y perdón si se retractaba. Incluso se habría contentado con que fuera sólo a recibir la comunión y a la confesión, pero William no estaba dispuesto a ello ni por todo el mundo.

Por esto, el obispo ordenó a sus hombres que pusieran a William en el cepo en su casa en la puerta, donde quedó dos días y dos noches, con sólo una corteza de pan negro y un vaso de agua, que él ni tocó.

Al final de los dos días, el obispo fue a él, y hallándolo firme en su fe, lo envió a la cárcel de convictos, ordenando al carcelero que le cargara de tantas cadenas como pudiera llevar. Quedó en la prisión por nueve meses, durante los que compareció cinco veces ante el obispo, además de la ocasión en que fue condenado en el consistorio en San Pablo, el 9 de febrero, ocasión en la que estuvo presente su hermano Robert Hunter.

Entonces el obispo llamó a William, y le preguntó si estaba dispuesto a retractarse, y al ver que permanecía inamovible, pronunció sentencia contra él de que debía ir desde aquel lugar a Newgate por un tiempo, y luego a Brentwood, para ser quemado allí.

Al cabo de un mes, William fue enviado a Brentwood, donde iba a ser ejecutado. Al llegar a la estaca, se arrodilló y leyó el Salmo Cincuenta y Uno, hasta que llegó a estas palabras:

«Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado: Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.» Firme en rehusar el perdón de la reina si apostataba, finalmente un alguacil llamado Richard Ponde acudió y le apretó una cadena alrededor de él.

William echó ahora su salterio en manos de su hermano, que le dijo: «William, medita en la santa pasión de Cristo, y no temas a la muerte.» «He aquí,» respondió William, «no tengo miedo.» Luego levantó sus manos al cielo, y dijo: «Señor, Señor, Señor, recibe mi espíritu», e inclinando la cabeza hacia el asfixiante humo, entregó su vida por la verdad, sellándola con su sangre para alabanza de Dios.

El Doctor Robert Farrar

Este digno y erudito prelado, obispo de St. David's en Gales, se había mostrado muy celoso en el anterior reino, como también desde la accesión de María, en impulsar las doctrinas reformadas y en denunciar los errores de la idolatría papista, y fue llamado, entre otros, para comparecer ante el perseguidor obispo de Winchester y otros comisionados designados para esta abominable obra de devastación y matanza.

Sus principales acusadores y perseguidores, sobre una acusación de traición a la corona durante el reinado de Eduardo VI, fueron su criado George Constantine Walter; Thomas Young, chantre de la catedral y después obispo de Bangor, etc. el doctor Farrar respondió capazmente a las copias de la denuncia que le dieron, consistente en cincuenta y seis artículos. Todo el proceso judicial fue largo y tedioso. Hubo retraso tras retraso, y después que el doctor Farrar hubiera estado injustamente detenido en custodia, bajo el reinado del Rey Eduardo, porque había sido ascendido por el duque de Somerset, por lo que después de su caída encontró menos amigos para apoyarle en contra de los que querían su obispado al llegar la Reina María, fue acusado e interrogado no por cuestión alguna de traición, sino por su fe y doctrina; por este motivo fue hecho comparecer ante el obispo de Winchester con el Obispo Hooper, y los señores Rogers, Bradford, Saunders, y otros el 4 de febrero de 1555; aquel mismo día también habría sido condenado con ellos, pero su condena fue aplazada, y fue enviado de nuevo a la cárcel, donde continuó hasta el 14 de febrero, siendo después enviado a Gales a recibir la sentencia. Fue seis veces hecho comparecer delante de Henry Morgan, obispo de St. David's, que le pidió que abjurara; esto lo rechazó lleno de celo, apelando al cardenal Pole; a pesar de esto, el obispo, lleno de ira, lo declaró hereje incomunicado, y lo entregó al brazo secular.

El doctor Farrar, condenado y degradado, fue no mucho tiempo después llevado al lugar de ejecución en la ciudad de Carmathen, en cuyo mercado, al sur de la cruz del mercado, sufrió con gran entereza los tormentos del fuego el 30 de marzo de 1555, que era el sábado antes del Domingo de Pasión.

Acerca de su constancia, se dice que un tal Richard Jones, hijo de un caballero del rey, se acercó al doctor Farrar poco antes de su muerte, pareciendo lamentar el dolor de la muerte que iba a sufrir; el obispo le respondió que si le veía una vez agitarse en los dolores de su suplicio, podría entonces no dar crédito a su doctrina; y lo que dijo lo mantuvo, quedándose imperturbable, hasta que un tal Richard Graveil lo abatió con un garrote.

El martirio de Rawlins White Rawlins White era pescador de vocación y ocupación, y vivió y se mantuvo de esta profesión por espacio de veinte años al menos, en la ciudad de Cardiff, donde tenía buena reputación entre sus vecinos.

Aunque este buen hombre carecía de instrucción, y era además muy sencillo, le plugo a Dios quitarlo del error de la idolatría y llevarlo al conocimiento de la verdad, por medio de la bendita Reforma en el reinado de Eduardo. Hizo que enseñaran a su hijo a leer el Inglés, y después que el pequeño pudo leer bastante bien, su padre le hacía leer cada día una porción de las Sagradas Escrituras, y de vez en cuando alguna parte de un buen libro.

Tras haberse mantenido en esta confesión por cinco años, murió el Rey Eduardo, y a su muerte accedió la Reina Maria, y con ella se introdujeron toda clase de supersticiones. White fue apresado por los oficiales de la ciudad como sospechoso de herejía, llevado ante el obispo Llandaff, y encarcelado en Chepstow, y al final llevado al castillo de Cardiff, donde estuvo por espacio de un año entero. Llevado ante el obispo en su capilla, le aconsejó a que se retractara, combinando promesas y amenazas. Pero como Rawlins no estaba dispuesto a retractarse de sus creencias, el obispo le dijo llanamente que debería proceder contra él por ley, y condenarlo como hereje.

Antes de pasar a esta extremidad, el obispo propuso que se hiciera oración por su

conversión. «Esta es,» dijo White, «una actuación digna de un obispo digno, y si vuestra petición es piadosa y recta, y oráis como debéis, es indudable que Dios os oirá; orad, pues, a vuestro Dios, y yo oraré a mi Dios.» Cuando el obispo y su grupo terminaron sus oraciones, le preguntó ahora a Rawlins si estaba dispuesto a retractarse. «Veréis,» dijo él, «que vuestra oración no os ha sido concedida, porque yo permanezco igual que antes; y Dios me fortalecerá en apoyo de Su verdad.» Después el obispo probó cómo iría diciendo Misa, pero Rawlins llamó a toda la gente como testigos de que él no se inclinaba ante la hostia. Terminada la Misa, Rawlins fue llamado de nuevo, y el obispo empleó muchas persuasiones, pero el bienaventurado hombre se mantuvo tan firme en su anterior confesión que de nada sirvieron los razonamientos del obispo. Entonces el obispo hizo que se leyera su sentencia definitiva, y al acabarse la lectura Rawlins fue llevado de nuevo a Cardiff, a una abominable cárcel de la ciudad llamada Cockmarel, donde pasó el tiempo en oración y cantando salmos. Al cabo de unas tres semanas llegó la orden desde la ciudad para que fuera ejecutado.

Cuando llegó al lugar, donde su pobre mujer e hijos estaban de pie llorando, la súbita contemplación de ellos traspasó de tal manera su corazón que las lágrimas bañaron su rostro. Llegando al altar de su sacrificio, yendo hacia la estaca se arrodilló, y besó la tierra; levantándose de nuevo le había quedado algo de tierra pegada a la cara, y dijo estas palabras: «Tierra a la tierra, y polvo al polvo; tú eres mi madre, y a ti volveré.»

Cuando todas las cosas estuvieron dispuestas levantaron una tarima frente a Rawlins White, directamente delante de la estaca, a la que subió un sacerdote, que se dirigió al pueblo, pero, mientras hablaba de la doctrina romanista de los Sacramentos, Rawlins gritó: «¡Ah, hipócrita blanqueado! ¿Presumes tú de demostrar tu falsa doctrina por la Escritura? Mira lo que dice el texto que sigue: ¿Acaso no dijo Cristo, «Haced esto en memoria de mí»?»

Entonces algunos de los que estaban junto a él gritaron: « [Prended el fuego, prended el fuego!» Hecho esto, la paja y las cañas dieron una grande y súbita llamarada. En esta llama este buen hombre bañó durante largo tiempo su mano, hasta que los tendones se encogieron y la grasa se deshizo, excepto por un momento en que hizo como si se enjugara la cara con una de ellas. Todo este tiempo, que se prolongó bastante, clamó con fuerte voz: «[Oh Señor, recibe mi espíritu!» hasta que ya no pudo abrir la boca. Finalmente, la violencia del fuego fue tal contra suspiernas que quedaron consumidas casi antes que el resto de su cuerpo fuera dañado, lo que hizo que todo el cuerpo cayera sobre las cadenas al fuego antes de lo que hubiera sido normal. Así murió este buen hombre por su testimonio de la verdad de Dios, y ahora está indudablemente recompensado con la corona de la vida eterna.

El Rev. George Marsh

George Marsh nació en la parroquia de Deane, en el condado de Lancaster, recibiendo una buena educación y oficio de sus padres; a los veinticinco años contrajo matrimonio, y vivió en su granja, con la bendición de varios hijos, hasta que su mujer murió. Luego fue a estudiar a Cambridge, y vino a ser capellán del Rev. Lawrence Saunders, y en este puesto expuso de manera constante y llena de celo la verdad de la Palabra de Dios y las falsas doctrinas del moderno Anticristo.

Encerrado por el doctor Coles, obispo de Chester, bajo arresto domiciliario, quedó impedido de la relación con sus amigos durante cuatro meses. Sus amigos y su madre le rogaban insistentemente que huyera «de la ira venidera»; pero el señor Marsh pensaba que un paso así no sería coherente con la profesión de fe que había mantenido abiertamente durante nueve años. Sin embargo, al final huyó ocultándose, pero tuvo muchas luchas, y en oración secreta rogó que Dios lo condujera, por medio del consejo de sus mejores amigos, para Su propia gloria y para hacer lo que mejor fuera. Al final, decidido, por una carta que había recibido, a confesar abiertamente la fe de Cristo, se despidió de su suegra y otros amigos, encomendando sus hijos a los cuidados de ellos, y se dirigió a Smethehills, desde donde fue llevado, junto con otros, a Latbun, para sufrir interrogatorio ante el conde de Derby, Sir William Nores, el señor Sherburn, el párroco de Grapnal y otros. Contestó con buena conciencia las varias preguntas que le hicieron, pero cuando el señor Sherburn le interrogó acerca de su creencia en el Sacramento del altar, el señor Marsh respondió como un verdadero protestante que la esencia del pan y del vino no cambiaba en absoluto; así, después de recibir terribles amenazas de parte de unos y buenas palabras de parte de otros por sus opiniones, fue llevado bajo custodia, durmiendo dos noches sin cama alguna.

El Domingo de Ramos sufrió un segundo interrogatorio, y el señor Marsh lamentó mucho que su temor le hubiera inducido a prevaricar y a buscar su seguridad mientras no negara abiertamente a Cristo; y otra vez clamó con más fervor a Dios pidiéndole fuerzas para no ser abrumado por las sutilezas de aquellos que trataban de derribar la pureza de su fe. Sufrió tres interrogatorios delante del doctor Coles, quien, hallándolo firme en la fe protestante, comenzó a leer su sentencia; pero éste fue interrumpido por el canciller, que le rogó al obispo que se detuviera antes que fuera demasiado tarde. El sacerdote oró entonces por el señor Marsh, pero éste, al pedírsele otra vez que se retractara, dijo que no osaba negar a su Salvador Cristo, para no perder Su misericordia eterna y sufrir así la muerte sempiterna. Entonces el obispo pasó a leer la sentencia. Fue enviado a una tenebrosa mazmorra, y se vió privado de toda consolación (porque todos temían aliviarlo o comunicarse con él) hasta el día señalado en el que debía sufrir. Los alguaciles de la ciudad, Amry y Couper, con sus oficiales, acudieron a la puerta del norte, y se llevaron al señor George Marsh, que anduvo todo el camino con el Libro en su mano, mirando al mismo, por lo que la gente decía: «Este hombre no va a su muerte como ladrón, ni como alguien que merezca morir.»

Cuando llegó al lugar de la ejecución fuera de la ciudad, cerca de SpittalBoughton, el señor Cawdry, chambelán diputado de Chester, le mostró al señor Marsh un escrito bajo un gransello, diciéndole que era un perdón para él si se retractaba. Él respondió que lo aceptaría gustoso si no era su intención apartarlo de Dios.

Después de esto comenzó a hablar a la gente, mostrando cuál era la causa de su muerte, y hubiera querido exhortar a la gente a adherirse a Cristo, pero uno de los alguaciles se lo impidió. Arrodillándose entonces, dijo sus oraciones, se quitó la ropa hasta quedar en la camisa, y fue encadenado al poste, teniendo varios haces de leña bajo él, y algo hecho a modo de un barrilete, con brea y alquitrán, para echar sobre su cabeza. Al haberse preparado mal la hoguera, y barriéndolo el aire en círculos, sufrió atrocemente, pero lo soportó con entereza cristiana.

Después de haber estado largo tiempo atormentado en el fuego sin moverse, con su carne tan asada e hinchada que los que estaban delante de él no podían ver la cadena con que había sido atado, suponiendo por ello que ya estaba muerto, de repente extendió sus brazos, diciendo:

«¡Padre celestial, ten misericordia de mí! » y así entregó su espíritu en manos del Señor. Con esto, muchos de entre la gente decían que era un mártir y que había muerto con una gloriosa paciencia. Esto llevó poco después al obispo a dar un sermón en la catedral, en el que afirmaba que el dicho «Marsh era un hereje, quemado como tal, y es un ascua en el infierno.» El señor Marsh sufrió el 24 de abril de 1555.

William Flower

William Flower, también conocido como Branch, nació en Snow-hill, en el condado de Cambridge, donde fue a la escuela durante algunos años, y luego fue a la abadía de Ely. Después de haber permanecido allí un tiempo, profesó como monje, fue hecho sacerdote en la misma casa, y allí celebró y cantó la Misa. Después de ello, por acción de una visitación, y por ciertas órdenes emanadas de la autoridad de Enrique VIII, adoptó el hábito de un sacerdote secular, y volvió a Snow-hill, donde había nacido, y enseñó a niños durante medio año.

Luego se fue a Ludgate, en Suffolk, donde sirvió como sacerdote secular durante unos tres meses; de allí se dirigió a Stoniland, luego a Tewksbury, donde contrajo matrimonio, continuando luego siempre de manera fiel y honesta con aquella mujer. Después de casarse permaneció en Tewksbury unos dos años, y de allí se fue a Brosley, donde practicó la medicina y la cirugía; pero apartándose de aquellos lugares se fue a Londres, y finalmente se instaló en Lambeth, donde él y su mujer convivieron. Sin embargo, estaba generalmente fuera, excepto una o dos veces al mes para visitar y ver a su mujer. Estando en su casa un domingo de pascua por la mañana, pasó el río desde Lambeth a la Iglesia de St. Margaret en Wesminster; al ver allí a un sacerdote llamado John Celtham que administraba y daba el Sacramento del altar al pueblo, y sintiéndose grandemente ofendido en su conciencia contra el sacerdote por aquello, lo golpeó e hirió en la cabeza, y también en el brazo y en la mano, con su cuchillo para madera, teniendo en aquel momento el sacerdote un cáliz con la hostia consagrada en él, que quedó rociada con sangre.

Por su atolondrado celo, el señor Flower fue pesadamente encadenado y puesto en la casa

de la puerta de Westminster, y luego hecho comparecer ante el obispo Bonner y su ordinario; el obispo, tras haberle juramentado sobre un Libro, lo sometió a acusaciones e interrogatorio.

Después del interrogatorio, el obispo comenzó a exhortarle a volver a la unidad de su madre la Iglesia Católica, con muchas buenas promesas. Pero al rechazarlas firmemente el señor Flower, el obispo le ordenó que compareciera en aquel mismo lugar por la tarde, y que entre tanto meditara bien su anterior respuesta; pero al no excusarse él por haber golpeado al sacerdote ni vacilar en su fe, el obispo le asignó el día siguiente, 20 de abril, para recibirla sentencia, si nose retractaba. A la mañana siguiente, el obispo pasó entonces a leerle la sentencia, condenándolo y excomulgándolo como hereje, y después de pronunciarlo degradado, lo entregó al brazo secular.

El 24 de abril, en la víspera de San Marcos, fue llevado al lugar de su martirio, en el patio de la iglesia de St. Margaret, en Westminster, donde había sido cometido el hecho; llegando a la estaca, oró al Dios Omnipotente, hizo confesión de su fe, y perdonó a todo el mundo.

Hecho esto, sostuvieron su mano contra la estaca, y fue cortada de un golpe, y le ataron la mano izquierda detrás. Luego le prendieron fuego, y quemándose en él, clamó con voz fuerte: «[Oh, Tú, Hijo de Dios, recibe mi alma!» tres veces. Quedando sin voz, dejó de hablar, pero levantó su brazo mutilado con el otro todo el tiempo que pudo.

Así soportó el tormento del fuego, siendo cruelmente torturado, porque habían puesto pocos haces, y siendo insuficientes para quemarlo, tuvieron que abatirlo tendiéndolo en el fuego, donde, echado sobre tierra, su parte inferior fue consumida en el fuego, mientras que su parte superior quedaba poco dañada, y su lengua se movió en su boca durante un tiempo considerable.

El Rev. John Cardmaker y John Wame

El 30 de mayo de 1555, el Rev. John Cardmaker, también llamado Taylor, prebendado de la Iglesia de Wells, y John Wame, tapicero, de St. John's, Walbrook, padecieron juntos en Smithfield. El señor Cardmaker, que fue primero un fraile observante antes de la disolución de las abadías, fue después un ministro casado, y en el tiempo del Rey Eduardo fue designado lector en San Pablo; prendido a comienzos del reinado de la Reina María, junto con el doctor Barlow, obispo de Bath, fue llevado a Londres y echado a la cárcel de Fleet, estando todavía en vigor las leyes del Rey Eduardo. En el reinado de María, cuando fue hecho comparecer ante el obispo de Winchester, éste le ofreció la misericordia de la reina si se retractaba.

Habiéndose presentado artículos de acusación contra el señor John Wame, fue interrogado por Bonner, que le exhortó ardientemente a que se retractara de sus opiniones, pero éste le respondió: «Estoy persuadido de que estoy en la recta opinión, y no veo causa alguna para retractarme; porque toda la inmundicia e idolatría se encuentran en la Iglesia de Roma.»

Entonces, el obispo, al ver que no podía prevalecer con todas sus buenas promesas y sus terribles amenazas, pronunció la sentencia definitiva de condenación, y ordenó el 30 de mayo de 1555 para la ejecución de John Cardmaker y John Wame, que fueron llevados por los alguaciles a Smithfield. Llegados a la estaca, los alguaciles llamaron aparte al señor Cardmaker, y hablaron con él en secreto, mientras el señor Wame oró, fue encadenado a la estaca, y le pusieron leña y cañas alrededor de él.

Los espectadores estaban muy afligidos pensando que el señor Cardmaker se retractaría ante la quema del señor Wame. Al final, el señor Cardmaker se apartó de los alguaciles, se dirigió a la estaca, se arrodilló, e hizo larga oración en silencio. Luego se levantó, se quitó las ropas hasta la camisa, y fue con valentía a la estaca, besándola; y tomando de la mano al señor Wame, lo consoló cordialmente, y fue atado a la estaca, regocijándose. La gente, al ver como esto sucedía tan rápidamente y en contra de las anteriores expectativas, clamó: «[Dios sea alabado! [Dios te fortalezca, Cardmaker! [Que el Señor Jesús reciba tu espíritu!]] Y esto prosiguió mientras el verdugo les prendía fuego y hasta que ambos pasaron a través del fuego a su bendito reposo y paz entre los santos y mártires de Dios, para gozar de la corona del triunfo y de la victoria preparada para los soldados y guerreros escogidos de Cristo Jesús en Su bendito reino, a quien sea la gloria y la majestad para siempre. Amén.

John Simpson y John Ardeley

John Simpson y John Ardeley fueron condenados el mismo día que el señor Cardmaker y John Wame, que era el veinticinco de mayo. Fueron poco después enviados desde Londres a Essex, donde fueron quemados el mismo día, John Simpson en Rochford, y John Ardeley en Railey, glorificando a Dios en Su amado Hijo, y regocijándose de que eran considerados dignos de padecer por El.

Thomas Haukes, Thomas Watts y Anne Askew

Thomas Haukes fue condenado, junto con otros seis, el nueve de febrero de 1555. Era erudito en su educación, y apuesto de presencia personal, y alto; en sus maneras era un caballero, y un cristiano sincero. Poco antes de su muerte, varios de los amigos del señor Hauke, aterrorizados ante la dureza del castigo que debía sufrir, pidieron en privado que en medio de las llamas les mostrara de alguna manera si los dolores del fuego eran demasiado grandes que uno no pudiera sufrirlos con compostura. Esto se lo prometió, y se acordó que si la atrocidad del dolor podía ser sufrido, que levantara las manos sobre su cabeza hacia el cielo, antes de expirar.

No mucho después, el señor Haukes fue conducido al lugar señalado para su muerte por el lord Rich, y llegando a la estaca, se preparó mansa y Pacientemente para el fuego; le pusieron una pesada cadena por la cintura, rodeándole una multitud de espectadores, y después de haberles hablado largamente, y derramado su alma a Dios, se encendió el fuego.

Cuando hubo estado mucho tiempo en el fuego, y se quedó sin poder hablar, con la piel encogida y los dedos consumidos por el fuego, de manera que se pensaba que ya había muerto, súbitamente y en contra de todas las expectativas, este buen hombre, recordando su promesa, alzó sus manos, que estaban quemando en las llamas, y las levantó hacia el Dios viviente, y con gran regocijo, por lo que parece, las golpeó o palmeó tres veces seguidas. Siguió un gran clamor ante esta maravillosa circunstancia, y luego este bendito mártir de Cristo, cayendo sobre el fuego, entregó su espíritu, el 10 de junio de 1555.

Thomas Watts, de Billericay, en Essex, de la diócesis de Londres, era un tejedor de lino. Esperaba a diario ser tomado por los adversarios de Dios, y esto le sucedió el cinco de abril de 1555, cuando fue llevado delante del Lord Rich, y los otros comisionados de Chelmsford, acusado de no acudir a la iglesia.

Entregado al sanguinario adversario, que le llamó a varios interrogatorios, y, como era usual, muchos argumentos, con muchos ruegos de que se hiciera discípulo del Anticristo, pero sus prédicas de nada le sirvieron, y recurrió entonces a su última venganza, la de la condenación. En la estaca, tras haberla besado, habló al Lord Rich, exhortándole a que se arrepintiera, porque el Señor vengaría su muerte. Así ofreció este buen mártir su cuerpo al fuego, en defensa del verdadero Evangelio del Salvador.

Thomas Osmond, William Bamford y Nicholas Chamberlain, todos de la ciudad de Coxhall, fueron mandados a un interrogatorio, y Bonner, tras varias audiencias, los declaró herejes obstinados, y los entregó a los alguaciles, permaneciendo en custodia de ellos hasta que fueron entregados al alguacil del condado de Essex, siendo ejecutados por él; Chamberlain en Colchester, el catorce de junio; Thomas Osmond en Maningtree, y William Bamford, alias Buller, en Harwich, el quince de junio de 1555; todos ellos murieron plenos de la esperanza gloriosa de la inmortalidad.

Luego Wriotheseley, Lord Canciller, le ofreció a Anne Askew el perdón del rey si se retractaba; ella le dio esta respuesta: que no había ido allá a negar a su Señor y Maestro. Y así la buena Anne Askew, rodeada de llamas como bendito sacrificio para Dios, durmió en el Señor el 1546 d.C., dejando tras sí un singular ejemplo de constancia cristiana para seguimiento de todos los hombres.

Rev. John Bradford y John Leaf, un aprendiz

El Rev. John Bradford nació en Manchester, Lancashire; llegó a ser un gran erudito en latín, y después vino a ser siervo de Sir John Harrington, caballero del rey.

Continuó por varios años de una manera honrada y provechosa, pero el Señor lo había escogido para mejores funciones. Por ello, se apartó de su patrón, abandonando el Templo, en Londres, dirigiéndose a la Universidad de Cambridge, para aprender, mediante la Ley de Dios, cómo impulsar la

edificación del templo del Señor. Pocos años después, la universidad le concedió el grado de maestro en artes, y fue elegido compañero de Pembroke Hall.

Martín Bucero le apremió a que predicara, y cuando con modestia puso en duda su capacidad, Bucero Te replicó: «Si no tienes un fino pan de harina de trigo, dale entonces a los pobres pan de cebada, o lo que el Señor te haya encomendado.» El doctor Ridley, aquel digno obispo de Londres y glorioso mártir de Cristo, lo llamó primero para darle el grado de diácono y una prebenda en su iglesia catedral de San Pablo.

En este oficio de predicación, el señor Bradford se dedicó a una diligente actividad por espacio de tres años. Reprendió severamente el pecado, predicó dulcemente a Cristo crucificado, refutó con gran capacidad los errores y las herejías, persuadiendo fervorosamente a vivir piadosamente. Después de la muerte del bienaventurado Rey Eduardo VI, el señor Bradford siguió predicando diligentemente, hasta que fue suprimido por la Reina María.

Siguió ahora una acción de la más negra ingratitud, ante el que se sonrojaría un pagano. Se ha dicho que el señor Boume (entonces obispo de Bath) suscitó un tumulto predicando en St. Paul's Cross; la indignación de la gente puso su vida en inminente peligro; incluso le lanzaron una daga. En esta situación, le rogó al señor Bradford, que estaba detrás de él, para que hablara en su lugar y apaciguara los ánimos. La gente acogió bien al señor Bradford, y éste se mantuvo desde entonces cerca de Boume, para con su presencia impedir que el populacho renovara sus ataques.

El mismo domingo, por la tarde, el señor Bradford predicaba en la Iglesia de Bow en Cheapside, y reprobó duramente al pueblo por su conducta sediciosa. A pesar de su conducta, al cabo de tres días fue enviado a la Torre de Londres, donde estaba entonces la reina, para comparecer ante el Consejo. Allí fue acusado por este acto de salvar al señor Boume, que fue considerado como sedicioso, y también objetaron contra él por su predicación. Fue entonces enviado primero a la Torre, luego a otras cárceles, y, después de su condena, a Poultry Compter, donde predicó dos veces al día de manera continua, hasta que se lo impidió una enfermedad. Tal era su crédito para con el guarda de la cárcel real que le permitió una noche visitar a una persona pobre y enferma cerca del depósito de acero, bajo su promesa de volver a tiempo; y en esto jamás falló.

La noche antes de ser enviado a Newgate, se vio turbado en su descanso por sueños presagiadores, en el sentido de que al siguiente lunes iba a ser quemado en Smithfield. Por la tarde, la mujer del guarda fue a verlo, y le anunció la terrible noticia, pero en él sólo suscitó agradecimiento a Dios. Por la noche fueron a visitarlo media docena de amigos, con los que pasó toda la víspera en oración y piadosas actividades.

Cuando fue llevado a Newgate, le acompañó una multitud que lloraba, y habiéndose extendido un rumor de que iba a sufrir el suplicio a las cuatro del siguiente día, apareció una inmensa multitud. A las nueve de la mañana el señor Bradford fue llevado a Smithfield. La crueldad del alguacil merece ser destacada; porque el cuñado del señor Bradford, Roger Beswick, le dio la mano al pasar, y Woodroffe, el alguacil, le abrió la cabeza con su garrote.

Habiendo llegado el señor Bradford al lugar, cayó postrado en el suelo. Luego, quitándose la ropa hasta quedar en mangas de camisa, fue a la estaca, y allí padeció junto a un joven de veinte años de edad, llamado John Leaf un aprendiz del señor Humphrey Gaudy, un velero de Christ-church, en Londres. Había sido apresado el viernes antes del Domingo de Ramos, y encerrado en Compter en Bread Street, y luego interrogado y condenado por el sanguinario obispo.

Se informa acerca de él que cuando se le leyó el acta de confesión, en lugar de una pluma, tomó una aguja, y pinchándose en la mano, roció su sangre sobre la dicha acta, diciéndole al lector de la misma que le mostrara al obispo que ya había sellado el acta con su sangre.

Ambos terminaron esta vida mortal el 12 de julio de 1555 como dos corderos, sin alteración alguna en sus rostros, esperando obtener aquel premio por el que habían corrido tanto tiempo [Quiera conducimos al mismo el Dios Omnipotente, por los méritos de Cristo nuestro Salvador!

Concluiremos este artículo mencionando que el señor alguacil Woodroffe cayó al cabo de medio año paralítico del lado derecho, y que por espacio de ocho años después (hasta el día de su muerte) no pudo volverse en la cama por sí mismo; así llegó a ser al final un espectáculo terrible. El día después que el señor Bradford y John Leaf sufrieron en Smithfield, William Minge, un sacerdote, murió en la cárcel en Maidstone. Con una constancia y valor igual de grande entregó su vida en la cárcel, como si le hubiera

placido a Dios llamarlo a sufrir en el fuego, como otros buenos hombres habían sufrido antes en la estaca, y como él mismo estaba dispuesto a sufrir, si Dios hubiera querido llamarlo a esta prueba.

El Rev. John Bland, el Rev. John Frankesh, Nicholas Shetterden, y Humphrey Middleton

Estos cristianos fueron todos quemados en Canterbury por la misma causa. Frankesh y Bland eran ministros y predicadores de la Palabra de Dios, siendo uno párroco de Adesham, y el otro vicario de Rolvenden. El señor Bland fue citado a responder por su oposición al anticristianismo, y sufrió varios interrogatorios ante el doctor Harpsfield, arcediano de Canterbury, y finalmente fue condenado el veinticinco de junio de 1555, por oponerse al poder del Papa, y entregado al brazo secular. El mismo día fueron condenados John Frankesh, Nicholas Shetterden, Humphrey Middleton, Thacker y Crocker, de los que sólo Thacker se retractó.

Entregado al brazo secular, el señor Bland y los tres anteriores fueron quemados en Canterbury el 12 de julio de 1555, en dos distintas estacas, pero en un mismo fuego, donde ellos, a la vista de Dios y de Sus ángeles, y delante de los hombres, dieron, como verdaderos soldados de Jesucristo, un testimonio firme de la verdad de Su santo Evangelio.

John Lomas, Agnes Snoth, Anne Wright, Joan Sole y Joan Catmer Estos cinco mártires sufrieron juntos el 31 de enero de 1556. Juan Lomas era un joven de Tenterden. Fue citado a comparecer en Canterbury, y fue interrogado el 17 de enero. Al ser sus respuestas adversas a la idolatría papista, fue condenado al día siguiente, y sufrió el 31 de enero. Agnes Snoth, viuda, de la Parroquia de Smarden, fue hecha comparecer varias veces delante de los farisaicos católicos, y, al rechazar la absolución, las indulgencias, la transubstanciación y la confesión auricular, fue considerada digna de muerte, y soportó el martirio el 31 de enero, con Anne Wright y Joan Sole, que se encontraban en las mismas circunstancias y que murieron al mismo tiempo y con idéntica resignación. Joan Catmer, la última de esta celestial compañía, de la Parroquia de Hithe, era mujer del mártir George Catmer.

Pocas veces se ha dado en país alguno que por controversias políticas cuatro mujeres hayan sido llevadas a la ejecución cuyas vidas fueran irreprochables, y a las que la compasión de los salvajes habría perdonado. No podemos dejar de observar aquí que cuando el poder protestante alcanzó al principio el dominio sobre la superstición católica, y fue necesario algún grado de fuerza en las leyes para dar imponer uniformidad, por las que algunas personas tenaces sufrieron privaciones en sus personas y bienes, leemos de pocas quemas, crueldades salvajes o de pobres mujeres llevadas a la estaca; pero está en la naturaleza del error recurrir a la fuerza en lugar de a la argumentación, y silenciar la verdad arrebatando la vida, y el caso del mismo Redentor es un ejemplo de ello.

Las anteriores cinco personas fueron quemadas en dos estacas en una misma pira, cantando hosanas al glorificado Salvador, hasta que quedó extinguido el aliento de vida. Sir Iohn Norton, que estaba presente, lloró amargamente ante sus inmerecidos sufrimientos.

El Arzobispo Cranmer

El doctor Thomas Cranmer descendía de una antigua familia, y nació en el pueblo de Arselacton, en el condado de Northampton. Después de la usual educación escolar, fue enviado a Cambridge, y fue escogido compañero del Jesús College. Allí contrajo matrimonio con la hija de un caballero, por lo que perdió su condición de compañero, y pasó a ser lector en Buckingham College, instalando a su mujer en Dolphin Inn, siendo la patrona una parienta de ella, de donde se suscitó el falso rumor de que él era un mozo de cuadra. Al morir su mujer poco después de parto, fue escogido, para su crédito, de nuevo como compañero del colegio antes mencionado. Pocos años después fue elevado a Profesor de Teología, y designado como uno de los examinadores de aquellos que estaban ya listos para ser Bachilleres o Doctores en Divinidad. Era principio suyo juzgar de sus cualificaciones por el conocimiento que poseían de las Escrituras, más que de los antiguos padres, y por esto muchos sacerdotes papistas fueron rechazados, y otros tuvieron grandes ventajas. Fue intensamente solicitado por el doctor Capon para que fuera uno de los compañeros en

la fundación del colegio del cardenal Wolsey, en Oxford, a lo que se aventuró a rehusar. Mientras siguió en Cambridge, se suscitó la cuestión del divorcio de Enrique VIII de Catalina. En aquel tiempo, por

causa de la peste, el doctor Cranmer se fue a vivir a la casa de un tal señor Cressy, en Waltham Abbey, cuyos dos hijos fueron entonces educados bajo su supervisión. La cuestión del divorcio, en contra de la aprobación del rey, había quedado indecisa por más de dos o tres años, debido a las intrigas de los canónigos y civiles, y aunque los cardenales Campeius y Wolsey fueron comisionados por Roma para decidir acerca de esta cuestión, retardaron la sentencia a propósito.

Sucedió que el doctor Gardiner (secretario) y el doctor Fox, defensores del rey en este pleito, fueron a la casa del señor Cressy para alojarse allí, mientras el rey se alojaba en Greenwich. Durante la cena, se entabló una conversación con el doctor Cranmer, que sugirió que la cuestión de si un hombre podía casarse con la mujer de su hermano o no podía resolverse de manera rápida recurriendo a la Palabra de Dios, y esto tanto en los tribunales ingleses como en los de cualquier nación extranjera. El rey, inquieto ante la tardanza, envió a buscar al doctor Gardiner y al doctor Fox para consultarlos, lamentando tener que enviar otra comisión a Roma y que la cuestión siguiera así dilatada sin fin. Al contarle al rey la conversación tenida la noche anterior con el doctor Cranmer, su majestad envió a buscarlo, y le comunicó sus escrúpulos de conciencia acerca de su próximo parentesco con la reina. El doctor Cranmer aconsejó que la cuestión fuera remitida a los más eruditos teólogos de Cambridge y Oxford, por cuanto se sentía remiso a mezclarse con una cuestión tan importante; pero el rey le ordenó que le diera su parecer por escrito, y dirigirse para ello al conde de Wiltshire, que le proveería de libros y de todo lo necesario para ello.

Esto lo hizo el doctor Cranmer de inmediato, y en su declaración citó no sólo la autoridad de las Escrituras, de los concilios generales y de los antiguos escritores, sino que mantuvo que el obispo de Roma no tenía autoridad alguna para dejar a un lado la Palabra de Dios. El rey le preguntó si se mantendría en esta atrevida declaración, y al contestar en sentido afirmativo, fue enviado como embajador a Roma, junto con el duque de Wiltshire, el doctor Stokesley, el doctor Cranmer, el doctor Bennet y otros, antes de lo cual se trató acerca de aquel matrimonio en la mayor parte de las universidades de la cristiandad y dentro del reino.

Cuando el Papa presentó el pulgar de su pie para ser besado, según era la costumbre, el conde de Wiltshire y su compañía rehusaron hacerlo. Incluso se afirma que el perro spaniel del conde, atraído por el relucir del pulgar del Papa, lo mordió, con lo que su santidad retiró su sagrado pie, dándole una patada al ofensor con el otro.

Al demandar el Papa la causa de esta embajada, el conde presentó el libro del doctor Cranmer, declarando que sus eruditos amigos habían venido a defenderlo. El Papa trató honrosamente la embajada, y señaló un día para la discusión, que luego retrasó, como temiendo el resultado de la investigación. El conde volvió, y el doctor Cranmer, por deseo del rey, visitó al emperador, y logró atraérselo a su opinión. Al volver el doctor a Inglaterra y morir el doctor Warham, arzobispo de Canterbury, el doctor Cranmer fue merecidamente elevado, por deseo del doctor Warham, a aquella eminente posición.

En esta función se puede decir que cumplió diligentemente el encargo de San Pablo. Diligente en el cumplimiento de sus deberes, se levantaba a las cinco de la mañana y proseguía en el estudio y oración hasta las nueve; entre entonces y la comida se dedicaba a cuestiones temporales. Después de la comida, si alguien deseaba una audiencia, decidía sus cuestiones con tal afabilidad que incluso los que recibían decisiones contrarias no se sentían totalmente frustrados. Luego jugaba a ajedrez por una hora, o contemplaba como otros jugaban, y a las cinco oía la Oración Común, y desde entonces hasta la cena se recreaba paseando. Durante la cena su conversación era vivaz y entretenida; de nuevo paseaba o se entretenía hasta las nueve, y luego se dirigía a su estudio.

Tuvo la más alta estima y favor del Rey Enrique, y siempre tuvo dentro de su corazón la pureza y los intereses de la Iglesia de Inglaterra. Su temperamento manso y perdonador se registra con el siguiente ejemplo: Un sacerdote ignorante, en el campo, había llamado a Cranmer mozo de cuadra, y se había referido de manera muy despreciativa a su cultura. Al saberlo Lord Cromwell, aquel hombre fue enviado a la cárcel de fleet, y su caso fue presentado delante del arzobispo por un tal señor Chertsey, un tendero, pariente del sacerdote. Su gracia, haciendo llamar al ofensor, razonó con él y le pidió al sacerdote que le preguntara sobre cualquier cuestión de erudición. A esto se negó el hombre, vencido por la cordialidad del arzobispo y sabiendo su propia y patente incapacidad, y le pidió perdón, que le fue concedido de inmediato, con la orden de que empleara mejor su tiempo cuando volviera a su parroquia. Cromwell se sintió muy ofendido por la indulgencia mostrada, pero el obispo estaba más dispuesto a recibir insultos que a vengarse de cualquier otra manera que con buenos consejos y buenos oficios.

Para el tiempo en que Cranmer fue ascendido a ser arzobispo era capellán del rey y arcediano de Taunton; fue también constituido por el Papa penitenciario general de Inglaterra. El rey consideró que Cranmer sería obsequioso, y por ello éste casó al rey con Ana Bolena, celebró la coronación de ella, fue padrino de Elizabeth, el primer fruto del matrimonio, y divorció al rey de Catalina. Aunque Cranmer fue confirmado en su dignidad por el Papa, siempre protestó contra reconocer cualquier otra autoridad que la del rey, y persistió en los mismos sentimientos de independencia cuando fue hecho comparecer ante los comisionados de María en 1555.

Uno de los primeros pasos tras el divorcio fue impedir la predicación en toda su diócesis, pero esta estrecha medida tenía un fin más político que religioso, por cuanto habían muchos que denostaban la conducta del rey. En su nueva dignidad, Cranmer suscitó la cuestión de la supremacía, y con sus argumentos poderosos y justos indujo al parlamento a «dar a César lo que es de César.» Durante la residencia de Cranmer en Alemania en 1531 conoció a Osiandro en Nuremberg, y se casó con su sobrina, pero la dejó con él al volver a Inglaterra. Después de un tiempo la hizo venir privadamente, y se quedó con él hasta el año 1539, cuando los Seis Artículos le obligaron a devolverla a sus amigos por un tiempo.

Se debería recordar que Osiandro, habiendo logrado la aprobación de su amigo Cranmer, publicó la laboriosa obra de la Armonía de los Evangelios en 1537. En 1534, el arzobispo alcanzó el más querido objetivo de su corazón, la eliminación de todos los obstáculos para la consumación de la Reforma, mediante la suscripción por parte de los nobles y de los obispos de la sola supremacía del rey. Sólo se opusieron el Obispo Fisher y Sir Thomas More. Cranmer estaba dispuesto a considerar suficiente el acuerdo de ellos a no oponerse a la sucesión, pero el monarca quería una concesión total.

No mucho tiempo después, Gardiner, en una conversación privada con el rey, habló mal de Cranmer (a quien odiaba malignamente) por haber aceptado el título de primado de toda Inglaterra, como despreciativo de la supremacía del rey. Esto suscitó fuertes celos contra Cranmer, y su traducción de la Biblia fue fuertemente opuesta por Stokesley, obispo de Londres. Se dice que al ser despedida la Reina Catalina que su sucesora Ana Bolena se gozó. Esto es una lección de cuán superficial es el juicio humano, por cuanto la ejecución de esta última tuvo lugar en la primavera del año siguiente, y el rey, al día siguiente de la decapitación de esta dama sacrificada, se casó con la hermosa Jane Seymour, dama de honor de la difunta reina. Cranmer fue siempre amigo de Ana Bolena, pero era peligroso oponerse a la voluntad de aquel tiránico y camal monarca.

En 1538 se expusieron públicamente las Sagradas Escrituras para la venta, y los lugares de culto se llenaban de multitudes para escuchar la exposición de sus santas doctrinas. Al pasar el rey como ley los famosos Seis Artículos, que volvían de nuevo casi a establecer los artículos esenciales del credo romanista, Cranmer resplandeció con todo el brillo de un patriota cristiano, resistiendo las doctrinas contenidas en ellos, en lo que fue apoyado por los obispos de Sarum, Woreester, Ely y Rochester, dimitiendo los dos primeros de sus obispados. El rey, aunque ahora opuesto a Cranmer, seguía reverenciando la sinceridad que marcaba su conducta. La muerte del buen amigo de Cranmer, Lord Cromwell, en la Torre en 1540, fue un fuerte golpe para la vacilante causa protestante, pero incluso ahora, aunque viendo la marea contraria totalmente a la causa de la verdad, Cranmer se presentó personalmente ante el rey, y logró, con sus varoniles y cordiales argumentos, que el Libro de los Artículos fuera puesto de su lado, para confusión de sus enemigos, que habían considerado su caída como inevitable.

Cranmer vivió ahora de una manera tan oscura como le fue posible, hasta que el rencor de Winchester le llevó a la presentación de unas denuncias contra él, con respecto a las peligrosas opiniones enseñadas en su familia, junto con otras acusaciones de traición. Estas las presentó el mismo rey a Cranmer, y creyendo firmemente en la fidelidad y en las protestas de inocencia del acusado prelado, hizo investigar a fondo la cuestión, y se descubrió que Winchester, el doctor Lenden, junto con Thomton y Barber, de los domésticos del obispo, resultaron por papeles obtenidos ser los verdaderos conspiradores. El gentil y perdonador Cranmer hubiera querido interceder por toda remisión de castigo si Enrique, complacido con el subsidio votado por el Parlamento, no los hubiera dejado libres. Pero estos nefastos hombres volvieron a iniciar sus tramas contra Cranmer, cayeron víctimas del resentimiento del rey, y Gardiner perdió para siempre su confianza. Sir G. Gostwick presentó poco después acusaciones contra el arzobispo, que Enrique aplastó, y que el primado estuvo dispuesto a perdonar.

En 1544 fue quemado el palacio arzobispal de Canterbury, y su cuñado y otros murieron en el incendio. Estas varias aflicciones pueden servirnos para reconciliarnos con un humilde estado, porque ¿de qué dicha podía jactarse este hombre, por cuanto su vida estaba siendo constantemente cargada, bien por cruces políticas, religiosas o naturales? Otra vez el implacable Gardiner presentó graves acusaciones contra el manso arzobispo, y hubiera querido mandarlo a la Torre; pero el rey era su amigo, le dio su sello para defenderse, y en el Consejo no sólo declaró al obispo uno de los hombres de mejor carácter del reino, sino que reprendió acerbamente a los acusadores por su calumnia.

Habiéndose firmado una paz, Enrique y el rey francés Enrique el Grande mostraron unanimidad en la abolición de la Misa en sus reinos, y Cranmer se lanzó a esta gran tarea; pero la muerte del monarca inglés en 1546 llevó a la suspensión de esta acción, y el Rey Eduardo VI, el sucesor, confirmó a Cranmer en las mismas funciones; en su coronación le encomendó una tarea que siempre honrará su memoria, por su pureza, libertad y verdad. Durante este reinado siguió efectuando la gloriosa Reforma con un celo incansable, hasta en el año 1552, cuando se vio azotado por unas severas fiebres, aflicción de la que le plugo a Dios restaurarlo, para que pudiera testificar con su muerte de la verdad de aquella semilla que había sembrado tan diligentemente.

La muerte de Eduardo, en 1553, expuso a Cranmer a toda la furia de sus enemigos. Aunque el arzobispo estaba entre los que habían apoyado la accesión de María, fue arrestado al reunirse el parlamento, y en noviembre fue declarado culpable de alta traición en Guildhall, y degradado de sus dignidades. Envió una humilde carta a María, explicando la causa de su firma del testamento en favor de Eduardo, y en 1554 escribió al Consejo, a quienes apremió a pedir el perdón de la reina, mediante una carta entregada al doctor Weston, pero que éste abrió y, al leer su contenido, cometió la bajeza de devolver.

La traición era una acusación totalmente inaplicable contra Cranmer, que había apoyado el derecho de la reina, mientras que otros, que habían favorecido a Lady Jane fueron liberados mediante el pago de una pequeña multa. Ahora se esparció contra Cranmer una calumnia de que había accedido a ciertas ceremonias papistas para congraciarse con la reina, lo que osó rechazar en público, justificando sus artículos de fe. La activa parte que el prelado había tenido en el divorcio de la madre de María siempre había estado profundamente clavada en el corazón de la reina, y la venganza fue un rasgo destacado en la muerte de Cranmer.

En esta obra hemos mencionado las disputas públicas en Oxford, en las que los talentos de Cranmer, Ridley y Latimer se mostraron de manera tan patente, y que llevaron a su condena. La primera sentencia fue ilegal, por cuanto el poder usurpado del Papa no había sido restablecido de manera legal.

Dejados en la cárcel hasta que esto último tuvo lugar, se envió una comisión desde Roma, designando al doctor Brooks como representante de Su Santidad, y a los doctores Story y Martin como los de la reina. Cranmer estaba dispuesto a someterse a la autoridad de los doctores Story y Martin, pero objetó a la del doctor Brooks. Tales fueron las observaciones y contestaciones de Cranmer, tras un largo interrogatorio, que el doctor Brooks comentó: «Venimos a interrogaros a vos, y parece que vos nos interrogáis a nosotros.»

Enviado de nuevo a su encierro, recibió una citación para comparecer en Roma al cabo de dieciocho días; pero esto era imposible, por cuanto estaba encarcelado en Inglaterra, y, como dijo, incluso si hubiera estado libre era demasiado pobre para pagar a un abogado. Por absurdo que parezca, Cranmer fue condenado en Roma, y el 14 de febrero de 1556 se designó una nueva comisión por la que fueron establecidos Thirlby, obispo de Ely, y Bonner, de Londres, para actuar en juicio en Christ-church, Oxford. En virtud de este tribunal, Cranmer fue degradado gradualmente, poniéndole unos meros harapos para representar las vestiduras de un arzobispo. Quitándole luego este atuendo, le sacaron su propia toga, y le pusieron encima una de vieja; esto lo soportó imperturbable, y sus enemigos, al ver que la severidad sólo lo hacía más decidido, intentaron el camino opuesto, y lo alojaron en la casa del arcediano de Christ-church, donde fue tratado con todos los miramientos.

Esto constituyó tal contraste con los tres años de duro encierro que había sufrido que le hizo bajar la guardia. Su naturaleza abierta y generosa era más susceptible de ser seducida por una conducta liberal que por amenazas y cadenas. Cuando Satanás ve a un cristiano a prueba contra un modo de ataque, intenta otro. ¿Y qué manera hay más seductora que las sonrisas, las recompensas y el poder, después de un encarcelamiento largo y penoso? Así le sucedió a Cranmer; sus enemigos le prometieron su anterior grandeza si se retractaba, y también el favor de la reina, y esto cuando ya sabían que su muerte había sido decidida en el Consejo. Para suavizar el camino hacia la apostasía, el primer documento que le presentaron para firmar estaba redactado

en términos generales; una vez firmado, otros cinco le fueron sucesivamente presentados como explicativos del primero, hasta que al final firmó el siguiente detestable documento: «Yo, Thomas Cranmer, anterior arzobispo de Canterbury, renuncio, aborrezco y detesto toda forma de herejías y errores de Lutero y Zuinglio, y todas las otras enseñanzas contrarias a la sana y verdadera doctrina. Y creo con toda constancia en mi corazón, y confeso con mi boca una iglesia santa y Católica visible, fuera de la cual no hay salvación; y por ello reconozco al Obispo de Roma como el supremo cabeza en la tierra, a quien reconozco como el más alto obispo y Papa, y vicario de Cristo, a quién debieran sujetarse todas las personas cristianas.»

Por lo que respecta a los sacramentos, reo y adoro en el sacramento del altar el cuerpo y la sangre de Cristo, contenidos bien verdaderamente bajo las formas de pan y vino; siendo el pan, por el infinito poder de Dios, transformado en el cuerpo de nuestro Salvador Jesucristo, y el vino en su sangre.»

Y en los otros seis sacramentos también (como en éste) creo y mantengo como lo mantiene la Iglesia universal, y como lo juzga y determina la Iglesia de Roma.

»Creo además que hay un lugar de purgación, donde las almas de los difuntos son desterradas por un tiempo, por las cuales la Iglesia ora piadosa y sanamente, como también honra a los santos y hace oraciones a los mismos.

»Finalmente, en todas las cosas profeso que no creo de otra manera que lo que mantiene y enseña la Iglesia Católica y la Iglesia de Roma. Siento haber jamás mantenido o pensado cosa diferente. Y ruego al Dios Omnipotente que en Su misericordia me otorgue el perdón por todo lo que he ofendido contra Dios o Su Iglesia, y también deseo y ruego a todos los cristianos que oren por mí.

»Y que todos los que han sido engañados ya por mi ejemplo, ya por mi doctrina, les demando por la sangre de Jesucristo que vuelvan a la unidad de la Iglesia, para que todos seamos de un pensar, sin cismas ni divisiones.

»Y para concluir, tal como me someto a la Católica Iglesia de Cristo, y a su suprema cabeza, del mismo modo me someto a sus más excelentes majestades Felipe y María, rey y reina de este reino de Inglaterra, etc., y a todas sus otras leyes y decretos, estando siempre como fiel súbdito listo a obedecerles. Y Dios es testigo que he hecho esto no por el favor o temor de nadie, sino voluntariamente y por mi propia conciencia, en cuanto a instrucciones de otros.»

«El que piensa estar firme, mire que no caiga» dijo el apóstol, y ésta fue ciertamente una caída! Los papistas habían ahora triunfado a su vez, obteniendo de él todo lo que querían aparte de su vida. Su retractación fue inmediatamente impresa y dispersada, para que surtiera su efecto sobre los atónitos protestantes. Pero Dios predominó sobre todos los designios de los católicos por la saña con la que llevaron a cabo implacables la persecución de su presa. Es indudable que el amor a la vida es lo que indujo a Cranmer a firmar la anterior declaración; pero se puede decir que la muerte hubiera sido preferible para él que la vida, estando bajo el aguijón de una conciencia violada y del menosprecio de cada cristiano evangélico; y esta acción la sintió con toda su fuerza y angustia.

La venganza de la reina sólo podía quedar satisfecha con la sangre de Cranmer, y por ello ella escribió una orden al doctor Pole para que preparara un sermón que debía ser predicado el 21 de marzo, directamente antes del martirio, en St. Mary's, Oxford. El doctor Pole le visitó el día antes, y le indujo a creer que proclamaría públicamente sus creencias como confirmación de los artículos que había firmado. Hacia las nueve de la mañana del día de la inmolación, los comisionados de la reina, acompañados por los magistrados, llevaron al gentil e infortunado hombre a la Iglesia de St. Mary's. Su hábito desgarrado y sucio, el mismo con el que le habían vestido cuando le degradaron, excitó la compasión de la gente. En la iglesia encontró una pobre y mísera tarima, levantada justo delante del púlpito, donde le dejaron, y allí volvió el rostro y oró fervientemente a Dios.

La iglesia estaba repleta de personas de ambas convicciones, esperando oír una justificación de su reciente apostasía; los católicos regocijándose, y los protestantes profundamente heridos en su espíritu ante el engaño del corazón humano. El doctor Pole denunció en su sermón a Cranmer como culpable de los más atroces crímenes; alentó al engañado sufriente a no temer la muerte, ni a dudar del apoyo de Dios en sus tormentos, ni de que se dirían Misas por él en todas las iglesias de Oxford por el descanso de su alma. Luego el doctor observó su conversión, la cual adscribió a la evidente operación

del poder del Omnipotente, y a fin de que la gente se convenciera de su realidad, pidió al preso que les diera una señal. Y Cranmer lo hizo, rogando a la congregación que oraran por él, porque había cometido muchos y graves pecados; pero de todos ellos había uno que gravitaba pesadamente sobre él, del que les hablaría en breve.

Durante el sermón, Cranmer lloró amargas lágrimas: levantando las manos y la mirada al cielo, y dejándolas caer, como si indigno de vivir; su dolor encontró ahora su alivio en las palabras; antes de su confesión cayó de rodillas, y con las siguientes palabras desveló la profunda convicción y agitación que movían su alma.

«[Oh Padre del cielo! ¡Oh Hijo de Dios, Redentor del mundo! ¡Oh Espíritu Santo, tres personas en un Dios! Ten misericordia de mí, el más miserable de los cobardes y pecadores. He pecado tanto contra el cielo como contra la tierra, más de lo que mi lengua pueda expresarlo.

¿Adónde puedo ir, o dónde puedo escapar? Al cielo puedo estar avergonzado de levantar mis ojos, y en la tierra no encuentro lugar donde refugiarme ni quien me socorra. A ti, pues, corro, Señor; ante ti me humillo, diciendo, oh Señor, mi Dios, mis pecados son grandes, pero ten misericordia Tú de mí por tu gran misericordia. El gran misterio de que Dios se hiciera hombre no tuvo lugar por pequeñas o pocas ofensas. Tú no diste a tu Hijo, o Padre Celestial, a la muerte sólo por pequeños pecados, sino por los más grandes pecados del mundo, para que el pecador pueda volver a ti de todo corazón, como yo lo hago ahora. Por ello, ten misericordia de mí, oh Dios, cuya cualidad es siempre tener misericordia, ten misericordia de mí, oh Señor, por tu gran misericordia. Nada anhelo por mis propios méritos, sino por causa de tu nombre, para que sea por ello santificado, y por causa de tu amado Hijo, Jesucristo. Y ahora, pues, Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre», etc.

Luego, levantándose, dijo que deseaba antes de su muerte hacerles algunas piadosas observaciones por las que Dios pudiera ser glorificado, y ellos mismos edificados. Luego hablo acerca del peligro del amor por el mundo, del deber de la obediencia a sus majestades, del amor unos por otros, y de la necesidad de que los ricos ministraran a las necesidades de los pobres. Citó los tres versículos del quinto capítulo de Santiago, y luego prosiguió: «Que los ricos ponderen bien estas tres sentencias: porque si jamás tuvieron ocasión de mostrar su caridad, la tienen ahora en este tiempo presente, habiendo tantos pobres, y siendo tan caros los alimentos.

»Y ahora, por cuanto he llegado al fin de mi vida, en el que pende toda mi vida pasada y mi vida venidera, bien para vivir con mi Señor Cristo para siempre con gozo, o bien estar en penas sempiternas con los malvados en el infierno, y veo ahora con mis ojos en este momento o bien al cielo listo para recibirme, o bien al infierno dispuesto para tragarme; por ello os expondré mi propia fe que creo, sin coloración ni engaño alguno; porque no es ahora el momento de engañar, sea lo que sea que haya escrito en tiempos pasados.

»Primero, creo en Dios el Padre Omnipotente, Hacedor de los cielos y de la tierra, etc. Y creo cada uno de los artículos de la fe católica, cada palabra y frase enseñada por nuestro Salvador Jesucristo, Sus apóstoles y profetas, en el Nuevo y Antiguo Testamento.

»Y ahora llego a lo que tanto perturba mi conciencia, más que nada de lo que haya hecho o dicho en toda mi vida, y es la difusión de un escrito contrario a la verdad que aquí ahora renuncio y rehúso como cosas escritas por mi mano en contra de la verdad que pensaba en mi corazón, y escritas por temor a la muerte, y para salvar mi vida si ello era posible; y se trata de todos aquellos documentos y papeles escritos o firmados por mi mano desde mi degradación en los que he escrito muchas cosas falsas. Y por cuanto mi mano ha ofendido, escribiendo en contra de mi corazón, por ello mi mano será la primera en ser castigada; porque cuando llegue al fuego será la primero en ser quemada.

»Y en cuanto al Papa, lo rechazo como enemigo de Cristo y Anticristo, con todas sus falsas doctrinas.

»

Al concluir esta inesperada declaración, se respiraba asombro e indignación en todos los rincones de la iglesia. Los católicos estaban totalmente confundidos, frustrados totalmente en su intento, habiendo Cranmer, a semejanza de Sansón, causado una mayor ruina sobre sus enemigos en la hora de la muerte que en su vida.

Cranmer hubiera querido proseguir en su denuncia de las doctrinas papistas, pero los

murmillos de los idólatras ahogaron su voz, y el predicador dio orden de «[lleaos el hereje!» La salvaje orden fue obedecida directamente, y el cordero a punto de sufrir fue arrancado de su tarima para ser llevado al matadero, insultado a todo lo largo del camino, injuriado y escarnecido por aquella plaga de monjes y frailes.

Con los pensamientos centrados en un objeto mucho más elevado que las vacías amenazas de los hombres, llegó al lugar manchado con la sangre de Ridley y Latimer. Allí se arrodilló para un breve tiempo de fervorosa devoción, y luego se levantó, para quitarse la ropa y prepararse para el fuego. Dos frailes que habían participado en la operación de lograr su abjuración trataron ahora de volverlo a apartar de la verdad, pero él se mostró firme e inamovible en lo que acababa de profesar y de enseñar en público. Le pusieron una cadena para atarlo a la estaca, y después de haberle rodeado férreamente con ella, prendieron fuego a la pira, y las llamas pronto comenzaron a subir.

Entonces se hicieron manifiestos los gloriosos sentimientos del mártir: quien, extendiendo su mano derecha, la mantuvo tenazmente sobre el fuego hasta que quedó reducida a cenizas, incluso antes que su cuerpo fuera dañado, exclamando con frecuencia: «[Esta indigna mano derecha!

Su cuerpo soportó la quema con tal firmeza que pareció no moverse más que la estaca a la que estaba atado. Sus ojos estaban fijos en el cielo, mientras repetía: «esta indigna mano derecha», mientras su voz se lo permitió; y empleando muchas veces las palabras de Esteban, «Señor Jesús, recibe mi espíritu», entregó el espíritu en medio de una gran llama.

La visión de las tres escaleras de mano

Cuando Robert Samuel fue llevado a ser quemado, varios de los que estaban cerca de él le oyeron contar extrañas cosas que le habían sucedido durante el tiempo de su encarcelamiento; como que después de haber estado desfallecido de hambre por dos o tres días, cayó luego en un sueño como medio adormecido, en el que le pareció ver a uno todo vestido de blanco delante de él, que le confortó con estas palabras: «Samuel, Samuel, ten ánimo, y alienta tu corazón; porque después de este día no estarás ni hambriento ni sediento.»

No menos memorables ni menos dignos de mención son las tres escaleras que contó a varios que vio en su sueño, que subían al cielo; una de ellas era algo más largo que las otras dos, pero al final se transformaron en una sola, uniéndose las tres en una.

Mientras este piadoso mártir iba al fuego, se le acercó una cierta doncella, que lo abrazó y lo besó; ésta, observada por los que estaban cerca, fue buscada al siguiente día, para echarla en la cárcel y quemarla, como la misma muchacha me informó; sin embargo, tal como Dios lo ordenó en Su bondad, ella escapó de sus manos feroces, y se mantuvo oculta en la ciudad durante bastante tiempo después.

Pero así como esta muchacha, llamada Rose Nottingham, fue maravillosamente preservada por la providencia de Dios, hubo sin embargo dos honradas mujeres que cayeron bajo la furia desatada de aquel tiempo. La primera era la mujer de un cervecero, y la otra la mujer de un zapatero, pero ambas estaban ahora desposadas a un nuevo marido, a Cristo.

Con estas dos tenía esta muchacha ya mencionada una gran amistad; al aconsejar ella a una de las casadas, diciéndole que debía ocultarse mientras tuviera tiempo y oportunidad, recibió esta respuesta: «Sé muy bien que para ti es legítimo huir; éste es un remedio que puedes emplear si quieres. Pero mi caso es distinto. Estoy ligada a mi marido, y además tengo niños pequeños en casa; por ello, estoy decidida, por amor a Cristo, a mantenerme firme hasta el final.»

Así, al día siguiente que padeciera Samuel, estas piadosas mujeres, una llamada Anne Ponen, y la otra Joan Trunchfield, mujer de Michael Trunchfield, zapatero de Ipswich, fueron encarceladas y echadas juntas en prisión. Como eran ambas, por su sexo y constitución, más bien débiles, fueron por ello menos capaces al principio de resistir la dureza de la prisión; y de manera especial la mujer del cervecero se vio echada a unas agonías y angustias de mente por ello. Pero Cristo, contemplando la debilidad de Su sierva, no dejó de ayudarla en esta necesidad; y así las dos sufrieron después de Samuel, el 19 de febrero de 1556. Y ellas eran indudablemente las dos escaleras que, unidas a la tercera, vio Samuel subiendo hacia el cielo. Este bienaventurado Samuel, siervo de Cristo, había sufrido el treinta y uno de agosto de 1555.

Se cuenta entre los que estuvieron presentes y que le vieron ser quemado, que al quemar su cuerpo, resplandeció en los ojos de los que estaban junto a él, tan brillante y blanco como plata de ley.

Cuando Agnes Bongeor se vio separada de sus compañeros de prisión se lamentó y se puso a gemir de tal manera, le sobrevinieron tales extraños pensamientos a la cabeza, se vio tan desasistida y desolada y se hundió en tal profundidad de desesperación y de angustia, que fue un espectáculo lastimero y penoso; todo ello porque ella no pudo ir con ellos a dar su vida en defensa de su Cristo; porque la vida era lo que menos valoraba de todas las cosas de este mundo. Ello se debía a que aquella mañana en la que no fue llevada al quemadero se había puesto un vestido que había preparado sólo para aquel propósito. Tenía también un hijo pequeño, de pecho, a quien había guardado tiernamente todo el tiempo que estaba en la cárcel, hasta aquel día en que también lo entregó a una nodriza, preparándose ella para entregarse para el testimonio del glorioso Evangelio de Jesucristo. Tan poco deseaba la vida, y tan grandemente obraban en ella los dones de Dios por sobre de la naturaleza, que la muerte le parecía mucho más bienvenida que la vida. Después de esto comenzó a estabilizarse y a ejercitarse en la lectura y en la oración, lo que le dio no poco consuelo.

Poco tiempo después llegó la orden de Londres para que fuera quemada, que fue ejecutada.

Hugh Laverick y John Aprice

Aquí vemos que ni la impotencia de la edad ni la aflicción de la ceguera podían desviar las fauces asesinas de estos monstruos babilónicos. El primero de estos desafortunados era de la parroquia de Barking, de sesenta y ocho años de edad, pintor y paralítico. El otro era ciego, entenebrecido ciertamente en cuanto a sus facultades visuales, pero intelectualmente iluminado con la luz del Evangelio eterno de la verdad. Personas inofensivas que eran, fueron denunciadas por algunos hijos del fanatismo, y arrastrados ante el sanguinario prelado de Londres, donde sufrieron un interrogatorio, y replicaron a los artículos que se les propusieron, como habían hecho otros mártires cristianos. El nueve de mayo, en el consistorio de San Pablo, se les conminó a que se retractaran, y al rehusar fueron enviados a Fulham, donde Bonner, después de haber comido, como postre los condenó a las agonías del fuego. Entregados al brazo secular el 15 de mayo de 1556, fueron llevados en carro desde Newgate a Stratford-le-Bow, donde fueron atados a la estaca. Cuando Hugh Laverick quedó atado con la cadena, sin necesitar ya la muleta, la echó lejos de sí, diciéndole a su compañero de martirio, mientras le consolaba: «Alégrate, hermanomío, porque el Lord de Londres es un buen médico; pronto nos curará; a ti de tu ceguera, y a mi de mi cojera.» Y fueron pasto de las llamas, para levantarse a la inmortalidad.

El día después de los anteriores martirios, Catherine Hut, de Bocking, una viuda; Joan Homs, soltera, de Billericay; Elizabeth Thackwel, soltera, de Great Burstead, sufrieron la muerte en Smithfield.

Thomas Dowry. Otra vez tenemos que registrar un acto de crueldad implacable, cometido contra este muchacho, a quien el Obispo Hooper había confirmado en el Señor y en el conocimiento de su Palabra.

No se sabe con certeza cuánto tiempo estuvo este pobre sufriente en la cárcel. Por el testimonio de John Paylor, actuario de Gloucester, sabemos que cuando Dowry fue hecho comparecer ante el doctor Williams, entonces canciller de Gloucester, le fueron presentados los artículos usuales para que los firmara; al disentir de los mismos, y al exigirle el doctor que le dijera de quién y dónde había aprendido sus herejías, el joven le contestó: «Señor canciller, las aprendí de vuestra parte en aquel mismo púlpito. En tal día (mencionando el día) vos dijisteis, al predicar sobre el Sacramento, que debía ser ejercido espiritualmente por la fe, y no carnalmente, como lo enseñan los papistas.» Entonces el doctor Williams le invitó a que se retractara, como él mismo lo había hecho; pero Dowry no había aprendido las cosas de esta manera. «Aunque vos podáis burlaros tan fácilmente de Dios, del mundo y de vuestra propia conciencia, y no lo voy a hacer así.»

La preservación de George Crow y de su Nuevo Testamento

Este pobre hombre, de Malden, zarpó el 26 de mayo de 1556 para cargar en Lent tierra de batanero, pero el barco encalló en un banco de arena, se llenó de agua, y perdió todo el cargamento; sin embargo, Crow salvó su Nuevo Testamento, y no codiciaba nada más. Con Crow estaban un hombre y un chico, y su terrible situación se hizo más y más alarmante con el paso de los minutos, y la embarcación era inútil. Estaban a diez millas de tierra, esperando que la marea comenzara pronto a subir sobre ellos. Después de orar a Dios,

subieron al mástil, y se aferraron a él por espacio de diez horas, hasta que el pobre muchacho, vencido por el frío y el agotamiento, cayó y se ahogó. Al bajar la marea, Crow propuso bajar los mástiles y flotar sobre ellos, y así lo hicieron; y a las diez de la noche se entregaron a las olas. El miércoles por la noche, el compañero de Crow murió de fatiga y hambre, y él se quedó sólo, clamando a Dios que le socorriera. Al final fue recogido por el capitán Morse, rumbo a Amberes, que casi había pasado de largo, tomándolo por una boya de pescador flotando en la mar. Tan pronto como Crow estuvo a bordo, puso la mano en el bolsillo, y sacó su Nuevo Testamento, que estaba desde luego mojado, pero sin mayores daños. En Amberes fue bien recibido, y el dinero que había perdido le fue más que compensado.

Ejecuciones en Stratford-le-Bow

En este sacrificio que vamos a detallar, no menos de trece fueron condenados a la hoguera. Al rehusar cada uno de ellos afirmar cosas contrarias a su conciencia, fueron condenados, y el veintisiete de junio de 1556 fue señalado como el día de su ejecución en Stratford-le-Bow. Su

constancia y fe glorificaron a su Redentor, lo mismo en vida que en muerte.

El Rev. Julius Palmer

La vida de este caballero muestra un singular ejemplo de error y de conversión. En tiempos de Eduardo fue un rígido y obstinado papista, tan adverso a la piadosa y sincera predicación que incluso era menospreciado por su propio partido; que su mentalidad cambiara, y sufriera persecución en tiempos de la Reina María, constituye uno de aquellos acontecimientos de la omnipotencia ante los que nos maravillamos y quedamos llenos de admiración.

El señor Palmer nació en Coventry, donde su padre había sido alcalde. Al trasladarse posteriormente a Oxford, llegó a ser, bajo el señor Hartey, de Magdalen College, un elegante erudito de latín y griego. Le encantaban las conversaciones interesantes, poseía un gran ingenio y una poderosa memoria. Infatigable en el estudio privado, se levantaba a las cuatro de la mañana, y con esta práctica se calificó para llegar a ser lector de lógica en el Magdalen College. Pero al favorecer a la Reforma el reinado de Eduardo, se vio frecuentemente castigado por su menosprecio a la oración y a la conducta ordenada, y fue al final expulsado de la institución.

Después abrazó las doctrinas de la Reforma, lo cual llevó a su arresto y final condena.

Un cierto noble le ofreció la vida si se retractaba. «Si lo haces,» le dijo, «vivirás conmigo. Y si piensas casarte, te conseguiré una esposa y una granja, y os ayudaré a equiparla. ¿Qué dices a esto?»

Palmer le dio las gracias con mucha cortesía, pero de manera muy modesta y respetuosa le observó que ya había renunciado a vivir en dos lugares por causa de Cristo, por lo que por la gracia de Dios estaría dispuesto también a dar su vida por la misma causa, cuando Dios lo dispusiera.

Cuando Sir Richard vio que su interlocutor no estaba dispuesto a ceder en absoluto, le dijo: «Bien, Palmer, veo que uno de nosotros dos va a condenarse; porque somos de dos fe distintas, y estoy bien seguro de que hay una sola fe que lleva a la vida y a la salvación.»

Palmer: «Bien, señor, yo espero que ambos nos salvemos.» Sir Richard:

«¿Y cómo podrá ser esto?»

Palmer: «De manera muy clara. Porque a nuestro misericordioso Dios le plugo llamarme, en conformidad a la parábola del Evangelio, en la hora tercera del día, en mi florecimiento, a la edad de veinticuatro años, así como espero que os haya llamado, y os llamará a vos, en la hora undécima de esta vuestra ancianidad, para daros vida eterna como vuestra porción.»

Sir Richard: «¿Esto dices? Bien, Palmer, bien, me gustaría tenerte un solo mes en mi casa; no dudo de que o yo te convertiría, o que tú me convertirías.»

Entonces dijo el Master Winchcomb: «Apiádate de estos años dorados, y de las placenteras flores de la frondosa juventud, antes que sea demasiado tarde.»

Palmer: «Señor, anhelo aquellas flores primaverales que jamás se marchitarán.»

Fue juzgado el quince de julio de 1556, junto con un compañero de prisión llamado Thomas Askin. Askin y un tal John Guin habían sido sentenciados el día antes, y el señor Palmer fue llevado el quince para oír su sentencia definitiva. Se ordenó que la ejecución siguiera a la sentencia, y a las cinco de aquella misma

tarde estos mártires fueron atados a la estaca en un lugar llamado Sand-pits. Después de haber orado devotamente juntos, cantaron el Salmo Treinta y uno.

Cuando fue encendido el fuego y hubo prendido en sus cuerpos, continuaron clamando, sin dar apariencia alguna de sufrir dolor: «¡Señor Jesús, fortalécenos! ¡Señor Jesús, recibe nuestras almas!» hasta que quedó suspendida su vida y desapareció el sufrimiento humano. Es de destacar que cuando sus cabezas hubieron caído juntas como en una masa por la fuerza de las llamas, y los espectadores pensaban que Palmer estaba ya sin vida, de nuevo se movieron su lengua y labios, y se les oyó pronunciar el nombre de Jesús, a quien sea gloria y honra para siempre.

Joan Waste y otros

Esta pobre y honrada mujer, ciega de nacimiento y soltera, de veintidós años de edad, era de la parroquia de Todos los Santos, Derby. Su padre era barbero, y también fabricaba cuerdas para ganarse mejor la vida. En esta tarea ella le ayudaba, y también aprendió a tejer varios artículos de vestir. Rehusando comunicar con aquellos que mantenían doctrinas contrarias a las que ella había aprendido en los días del piadoso Eduardo, fue hecho comparecer ante el doctor Draicot, el canciller del obispo Blaine, y ante Peter Finch, oficial de Derby.

Intentaron confundir a la pobre muchacha con sofismas y amenazas, pero ella ofreció ceder a la doctrina del obispo si él estaba dispuesto a responder por como en el Día del Juicio como lo había hecho el piadoso doctor Taylor en sus sermones) de que su creencia en la presencia real del Sacramento era verdadera. Al principio, el obispo contestó que lo haría, pero al recordarle el doctor Draicot que no podía en manera ninguna responder por un hereje, retiró su confirmación de sus propias creencias; él entonces les contestó que si sus conciencias no les permitían responder ante el tribunal de Dios por la verdad que ellos querían que ella aceptara, que ella no contestaría a ninguna otra de sus preguntas. Entonces se pronunció sentencia, y el doctor Draicot fue encomendado para predicar el sermón de la condena de la muchacha, lo que tuvo lugar el 1 de agosto de 1556, el día de su martirio. Al terminar su fulminador discurso, la pobre ciega fue luego llevada a un lugar llamado Windmill Pit, cerca de la ciudad, donde por un tiempo sostuvo la mano de su hermano, y luego se preparó para el fuego, pidiendo a la compadecida multitud que orara con ella, y a Cristo que tuviera misericordia de ella, hasta que la gloriosa luz del eterno Sol de justicia resplandeció sobre su espíritu fuera del cuerpo.

En noviembre, quince mártires fueron apresados en el castillo de Canterbury, los cuales fueron todos o quemados o dejados morir de hambre. Entre estos últimos estaban J. Clark, D. Chittenden, W. Foster de Stonc, Mice Potkins, y J. Archer, de Cranbrooke, tejedor. Los dos primeros no habían sido condenados, pero los otros habían sido sentenciados al fuego. Foster, en su interrogatorio, comentó acerca de la utilidad de llevar cirios encendidos el día de la Candelaria, que igual valdría llevar una horca; y que un patíbulo tendría tanto efecto como una cruz.

Hemos ahora llevado a su fin las sanguinarias actuaciones de la inmisericorde María, en el año 1556, cuyo número se elevó por encima de OCHENTA Y CUATRO.

El comienzo del año 1557 fue notable por la visita del Cardenal Polea la Universidad de Cambridge, que parecía tener gran necesidad de ser limpiada de predicadores herejes y de doctrinas reformadas. Un objeto era también llevar a cabo la farsa papista de juzgar a Martín Bucero y a Paulus Phagius, que habían estado enterrados ya durante tres o cuatro años. Con este propósito, las iglesias de Santa María y de San Miguel fueron puestas en interdicto como lugares viles e impíos, indignos del culto de Dios, hasta que fueran perfumadas y lavadas con el agua bendita papista, etc. El burdo acto de citar a comparecer a estos difuntos reformadores no tuvo el más mínimo efecto sobre ellos, y el 26 enero se pronunció sentencia de condenación, parte de la cual rezaba así, y puede servir como muestra de los procesos de esta naturaleza: «Por ello pronunciamos al dicho Martín Bucero y a Paulus Phagius excomulgado y anatematizado, tanto por las leyes comunes como por cartas procesales; y para que su memoria sea condenada, condenamos también que sus cuerpos y huesos (que en el malvado tiempo del cisma, y floreciendo otras herejías en este reino, fueron precipitadamente sepultados en tierra sagrada) sean exhumados y echados lejos de los cuerpos y huesos de los fieles, según los santos cánones, y mandamos que ellos y sus escritos, si se encuentran aquí cualesquiera de ellos,

sean públicamente quemados; y prohibimos a todas las personas de esta universidad, ciudad o lugares colindantes, que lean o escondan sus heréticos libros, tanto por la ley común como por nuestras cartas procesales.»

Después que la sentencia fuera leída, el obispo mandó que sus cuerpos fueran exhumados de sus sepulcros, y, degradados de sus sagrados órdenes, entregados en manos del brazo secular; porque no les era legítimo a personas tan inocentes, y odiando todo derramamiento de sangre y detestando todo ánimo de homicidio, dar muerte a nadie.

El 6 de febrero, sus cuerpos, dentro de sus ataúdes, fueron llevados al medio de la plaza del mercado den Cambridge, acompañados por una vasta multitud. Se hincó un gran poste en el suelo, al que se ataron los ataúdes con grandes cadenas, fijados por el centro, como si los cadáveres hubieran estado vivos. Cuando el fuego comenzó a ascender y prendió en los ataúdes, se echaron también varios libros condenados a las llamas, para quemarlos. Sin embargo, en el reinado de Elizabeth se hizo justicia a la memoria de estos piadosos y eruditos hombres, cuando el señor Ackworth, orador de la universidad, y el señor J. Pilkington, pronunciaron discursos en honor de su memoria, y reprobando a sus perseguidores católicos.

El Cardenal Pole infligió también su impotente furia contra el cadáver de la mujer de Peter Martyr, que, por orden suya, fue exhumado de su sepultura, y enterrado en un distante estercolero, en parte porque sus huesos estaban cerca de las reliquias de San Fridewide, que había sido anteriormente muy estimado en aquel colegio, y en parte porque quería purificar Oxford de restos heréticos, lo mismo que a Cambridge. Pero en el reinado que siguió, sus restos fueron restaurados a su anterior cementerio, e incluso entremezclados con los del santo católico, para asombro y mortificación absolutos de los discípulos de Su Santidad el Papa.

El Cardenal Pole publicó una lista de cincuenta y cuatro artículos conteniendo instrucciones para el clero de su diócesis de Canterbury, algunos de los cuales son demasiado ridículos y pueriles para excitar en nuestros días otra cosa que la risa.

Persecuciones en la diócesis de Canterbury

En el mes de febrero fueron encerradas en prisión las siguientes personas: R. Coleman, de Waldon, un obrero; Joan Winseley, mujer soltera de Horsley Magna; S. Glover, de Rayley; R. Clerk, de Much Holland, marinero; W. Munt, de Much Bendey, aserrador; Margaret Field, de Ramsey, mujer soltera; R. Bongeor, curtidor; R. Jolley, marinero; Allen Simpson, Helen Ewire, C. Pepper, viuda; Alice Walley (que se retractó); W. Bongeor, vidriero, todos ellos de Colchester; R. Atkin, de Halstead, tejedor; R. Barbock, de Wilton, carpintero; R. George, de Westbarhont, obrero; R. Debnam de Debenham, tejedor; C. Wanen, de Cocksall, soltera; Agnes Whitlock, de Dover-court, soltera; Rose Allen, soltera; y T. Feresannes, menor; ambos de Colchester.

Estas personas fueron hechas comparecer ante Bonner, que las hubiera hecho ejecutar inmediatamente, pero el Cardenal Pole era partidario de medidas mucho más misericordiosas, y Bonner, en una de sus cartas al cardenal, parece estar consciente de que le había desagradado, porque emplea esta expresión: «Pensé en mandarlos a todos a Fulham, y pronunciar allí sentencia contra ellos; sin embargo, dándome cuenta que en mi última actuación vuestra gracia se ofendió, creí mi deber, antes de proseguir, informar a vuestra gracia.» Esta circunstancia confirma el relato de que el cardenal era una persona con humanidad; y aunque un católico celoso, nosotros, como protestantes, estamos dispuestos a rendirle la honra que merece su carácter misericordioso. Algunos de los acerbos perseguidores lo denunciaron ante el Papa como favorecedor de herejes, y fue llamado a Roma, pero la Reina María, por un ruego particular, logró su permanencia en Inglaterra. Sin embargo, antes del fin de su vida, y poco antes de su último viaje de Roma a Inglaterra, estuvo bajo graves sospechas de favorecer la doctrina de Lutero.

Así como en el último sacrificio cuatro mujeres honraron la verdad, así en el siguiente auto da fe, tenemos un número semejante de mujeres y de varones que sufrieron el 30 de junio de 1557 en Canterbury, y que se llamaban J. Fishcock, F. White, N. Pardue, Barbary Final, que era viuda, la viuda de Barbridge, la esposa de Wilson y la esposa de Benden.

De este grupo observaremos más particularmente a Alice Benden, mujer de Edward enden, de Staplehurst, en Kent. Había sido apresada en octubre de 1556 por no asistencia, y liberada con estrictas órdenes de enmendar su conducta. Su marido era un fanático católico, y al hablar en público de la contumacia de su mujer, fue enviada al castillo de Canterbury, donde sabiendo que cuando fuera enviada a

la cárcel del obispo sería matada de hambre con una misérrima cantidad de alimentos al día, comenzó a prepararse para este sufrimiento tomando una pequeña cantidad de alimentos al día.

El 22 de enero de 1557, su marido escribió al obispo que si se impediera que el hermano de su mujer, Roger Hall, la siguiera confortando y ayudando, quizá ella se volvería; por esto fue trasladada a la cárcel llamada Monday's Hole. Su hermano la buscó con diligencia, y al final de cinco semanas, de manera providencial, oyó su voz en una mazmorra, pero no pudo darle otro alivio que poner algo de dinero en una hogaza, y pasándola por medio de un largo palo. Debe haber sido terrible la situación de esta pobre víctima, yaciendo en paja, entre paredes de piedra, sin cambio de vestido ni los más mínimos requisitos de limpieza durante nueve semanas!

El 25 de marzo fue llamada delante del obispo, que le ofreció la libertad y recompensas si volvía a casa y se sometía. Pero la señora Benden se había habituado al sufrimiento, y mostrándole sus brazos contraídos y su semblante famélico, rehusó apartarse de la verdad. Sin embargo, fue sacada de este negro agujero y llevada a West Gate, de donde fue sacada al final de abril para ser condenada y luego echada en la prisión del castillo hasta el diecinueve de junio, el día en que debía ser quemada. En la estaca dio su pañuelo a un hombre llamado John Banns como memoria; y de la cintura se sacó una puntilla blanca, pidiéndole que se la diera a su hermana, diciéndole que era la última atadura que había llevado, excepto por la cadena; y a su padre le devolvió un chelín que le había enviado.

Estos siete mártires se quitaron la ropa con presteza, y ya preparados se arrodillaron, y oraron con tal fervor y espíritu cristiano que hasta los enemigos de la cruz se sintieron afectados.

Después de haber hecho una invocación conjunta, fueron atados a la estaca, y, rodeados de implacables llamas, entregaron sus almas en manos del Señor viviente.

Matthew Plaise, un tejedor y cristiano sincero y agudo, fue llevado delante de Thomas, obispo de Dover, y de otros inquisidores, a los que embromó ingeniosamente con sus respuestas indirectas, de las que lo que sigue es una muestra:

Doctor Harpsfield. Cristo llamó al pan Su cuerpo; ¿qué dices tú que es? Plaise. Creo que es lo que les dio.

Dr. H. ¿Y qué era?

P. Lo que El partió.

Dr. H. ¿Y qué partió? P. Lo que tomó.

Dr. H. ¿Qué tomó?

P. Digo yo que lo que les dio, lo que ciertamente comieron.

Dr. H. Bien, entonces tú dices que era solamente pan lo que los discípulos comieron. P. Yo digo que lo que él les dio, y que ellos verdaderamente comieron.

Siguió una discusión muy prolongada, en la que le pidieron a Plaise que se humillara ante el obispo; pero a esto rehusó. No se sabe si este valeroso hombre murió en la cárcel, o si fue ejecutado o liberado.

El Rev. John Hullier

El Rev. John Hullier se educó en Eton College, y con el tiempo vino a ser vicario de Babram, a tres millas de Cambridge, y luego fue a Lynn, donde, al oponerse a la superstición de los papistas, fue llevado ante el doctor Thirlby, obispo de Ely, y enviado al castillo de Cambridge; aquí estuvo un tiempo, y luego fue enviado a la prisión de Tolbooth, donde, después de tres meses, fue llevado a la Iglesia de Santa María, y allí condenado por el doctor Fuller. En Jueves Santo fue llevado a la hoguera; mientras se quitaba la ropa, le dijo a la gente que estaba a punto de sufrir por una causa justa, y los exhortó a creer que no había otra roca que Jesucristo sobre la que edificar. Un sacerdote llamado Boyes le pidió entonces al alcalde que lo silenciara. Después de orar, se fue mansamente a la pira, y atado entonces con una cadena y metido en un barril de brea, prendieron fuego a las cañas y a la leña. Pero el viento arrastró el fuego directamente detrás suyo, lo que le hizo orar tanto más fervientemente bajo una severa agonía. Sus amigos pidieron al verdugo que prendiera fuego a los haces con el viento a su cara, lo que fue hecho de inmediato.

Echaron ahora una cantidad de libros al fuego, uno de los cuales (el Servicio de Comunión) atrapó él, lo abrió, y gozosamente lo estuvo leyendo, hasta que el fuego y el humo le privaron de la visión; pero incluso entonces, en ferviente oración, apretó el libro contra su corazón, dando gracias a Dios por darle, en sus últimos momentos, este don tan precioso.

Siendo cálido el día, el fuego ardió violentamente; en un momento de-terminado, cuando los espectadores pensaban que ya había dejado de existir, exclamó repentinamente: «Señor Jesús, recibe mi espíritu», y con mansedumbre entregó su vida. Fue quemado en Jesús Green, no lejos de Jesús College. Le habían dado pólvora, pero había muerto ya antes que se encendiera. Este piadoso mártir constituyó un singular espectáculo, porque su carne quedó tan quemada desde los huesos, que siguieron erguidos, que presentó la idea de una figura esquelética encadenada a una estaca. Sus restos fueron anhelantemente tomados por la multitud, y venerados por todos los que admiraban su piedad o detestaban el inhumano fanatismo.

Simón Miller y Elizabeth Cooper

En el siguiente mes de julio estos dos recibieron la corona del martirio. Miller vivía en Lynn, y acudió a Norwich, donde, poniéndose a la puerta de una de las iglesias, mientras la gente salía, pidió saber a dónde podría ir para recibir la Comunión. Por esta causa, un sacerdote lo hizo llevar delante del doctor Dunning, que lo hizo encerrar; pero luego le dejaron volver a su casa para que arreglara sus asuntos; después de ello volvió a la casa del obispo, y a su cárcel, donde se quedó hasta el trece de julio, el día en que fue quemado.

Elizabeth Cooper, mujer de un peltrero, de St. Andrews, Norwich, se había retractado; pero atormentada por lo que había hecho por el gusano que nunca muere, poco después se dirigió voluntariamente a su iglesia parroquial durante el tiempo del culto papista, y, puesta en pie, proclamó audiblemente que revocaba su anterior retractación, y advirtió a la gente que evitara su indigno ejemplo. Fue sacada de su casa por el señor Sunon, el alguacil mayor, que muy a regañadientes cumplió la letra de la ley, por cuanto habían sido siervos y amigos en el pasado. En la estaca, la pobre sufriente, sintiendo el fuego, gritó: «[Oh!», a lo cual el señor Miller, pasando la mano detrás de él hacia ella, la animó a alentarse, «porque (le dijo) buena hermana, tendremos una gozosa y feliz cena.» Alentada por este ejemplo y exhortación, se mantuvo inamovible en la terrible prueba, y demostró, junto a él, el poder de la fe sobre la carne.

Ejecuciones en Colchester

Ya se ha mencionado antes que veintidós personas habían sido enviadas desde Colchester, las cuales, con un ligero sometimiento, habían sido después liberadas. De ellas, William Munt, de Much Bentley, granjero, con su mujer Alice, y Rose Allin, su hija, tras volver a casa, se abstuvieron de ir a la iglesia, lo que indujo al fanático sacerdote a escribir secretamente a Bonner. Durante un cierto tiempo se ocultaron, pero al volver el 7 de marzo, un tal Edmund Tyrrel (pariente del Tyrrel que dio muerte al Rey Eduardo V y a su hermano) entró con oficiales en la casa mientras Munt y su mujer estaban en cama, informándoles que debían ir al castillo de Colchester. La señora Munt estaba entonces muy enferma, y pidió que su hija pudiera darle algo de beber. Rose recibió permiso para ello, y tomó una vela y una jarra; al volver a la casa se encontró con Tyrrel, que le ordenó que aconsejara a sus padres que se volvieran buenos católicos. Rose le informó en pocas palabras que tenían al Espíritu Santo como consejero, y que ella estaba dispuesta a dar su vida por la misma causa. Volviéndose hacia su compañía, les declaró que estaba lista para ser quemada; entonces uno de ellos le dijo que la pusiera a prueba, para ver de qué sería ella capaz en el futuro. El insensible desalmado ejecutó en el acto esta propuesta; tomando a la muchacha por la muñeca, sostuvo la vela encendida bajo su mano, quemándola transversalmente por el dorso, hasta que los tendones se separaron de la carne, durante lo cual la insultó con muchos calificativos denigrantes. Ella soportó imperturbable esta furia, y luego, cuando él hubo terminado la tortura, ella le dijo que comenzara por sus pies o por su cabeza, porque no tenía que temer que su cruel patrono fuera algún día a castigarlo por ello. Después, llevó la bebida a su madre.

Este cruel acto de tortura no está aislado. Bonner había tratado a un pobre arpista de una manera muy semejante, por haber mantenido firmemente la esperanza de que aunque le quemaran todas las articulaciones, no se apartaría de la fe. Con esto, Bonner hizo una señal en secreto a sus hombres para que le

trajeran un ascua encendida, que pusieron en la mano de aquel pobre hombre, cerrándosela por la fuerza, hasta que le quemó profundamente en la carne.

George Eagles, un sastre, fue acusado de haber orado que «Dios cambiara el corazón de la Reina María, o que la arrebatara»; la causa ostensible de su muerte fue su religión, porque difícilmente se le podría haber acusado de traición por haber orado por la reforma de un alma tan execrable como la de María. Condenado por este crimen, fue arrastrado sobre un patín al lugar de la ejecución, junto a dos bandidos, que fueron ejecutados con él. Después que Eagles subiera a la escalerilla y hubiera estado colgado por un cierto tiempo, fue despedazado antes de haber quedado en absoluto inconsciente; un alguacil llamado William Swallow lo arrastró entonces al patín, y con un hacha común desafilada le cortó la cabeza torpemente y con varios golpes; de una manera igual de torpe y cruel le abrió el cuerpo en canal y le desgarró el corazón.

En medio de todos estos sufrimientos, el pobre mártir no se quejó, sino que clamó a su Salvador. La furia de estos fanáticos no terminó aquí. Sus intestinos fueron quemados, y el cuerpo despedazado, enviándose los cuatro cuartos a Colehester, Harwich, Chelmsford y St. Rouse's. Chelmsford tuvo el honor de retener su cabeza, que fue clavada en una picota en la plaza del mercado. Al cabo de un tiempo fue echada abajo por el viento, y quedó varios días en la calle, hasta que fue sepultada de noche en el patio de la iglesia. El juicio de Dios cayó poco tiempo después sobre Swallow, que en su ancianidad quedó reducido a la mendicidad, y que quedó azotado por una lepra que lo hizo horroroso incluso para los animales; y tampoco escapó a la mano vengadora de Dios Richard Potts, que angustió a Eagles en sus momentos finales.

La señora Lewes

Esta señora era mujer del señor T. Lewes, de Manchester. Había recibido como verdadera la religión romanista, hasta la quema de aquel piadoso mártir que había sido el señor Saunders, de Coventry. Al saber que su muerte surgía de un rechazo a recibir la Misa, comenzó a inquirir en la base de este rechazo, y su conciencia, al comenzar a ser iluminada, comenzó a agitarse y a alarmarse. En esta inquietud, recurrió al señor John Glover, que vivía cerca, y le pidió que le desvelara aquellas ricas fuentes que poseía de conocimiento de los Evangelios, particularmente acerca de la cuestión de la transubstanciación. Consiguió convencerla fácilmente de que la mascarada del papado y de la Misa estaban en contra de la santísima Palabra de Dios, y la reprendió fielmente por seguir excesivamente las vanidades de un mundo malvado. Para ella fue en verdad una palabra oportuna, porque pronto se cansó de su anterior vida de pecado, y resolvió abandonar la Misa y el culto idolátrico. Aunque obligada por la fuerza por su marido a ir a la iglesia, su menosprecio por el agua bendita y por otras ceremonias era tan evidente que fue acusada ante el obispo por menosprecio de los sacramentos.

De inmediato siguió una citación, dirigida a ella, que fue dada al señor Lewes, que, en un arrebatado de pasión, puso una daga en el cuello del oficial, y se la hizo comer, después de lo cual le obligó a beber agua para hacerla bajar, y luego lo hizo salir. Pero por esta acción el obispo citó al señor Lewes ante él lo mismo que a su mujer; éste se sometió con presteza, pero ella afirmó resueltamente que al rehusar el agua bendita ni ofendía a Dios ni quebrantaba ninguna de Sus leyes. Fue enviada a casa durante un mes, siendo su marido fiador pecuniario por la comparecencia de ella; durante este tiempo el señor Glover la convenció de la necesidad de hacer lo que hacía no por vanidad, sino por la honra y la gloria de Dios.

El señor Glover y otros exhortaron seriamente a Lewes a perder el dinero que había pagado de fianza antes que mandar a su mujer a una muerte cierta, pero se hizo sordo a la voz de la humanidad, y la entregó al obispo, que pronto halló causa suficiente para enviarla a una inmundada prisión, de donde fue algunas veces sacada para ser sometida a interrogatorios. En el último, el obispo razonó con ella acerca de lo justo que era para ella ir a Misa y recibir como sagrado el Sacramento y los otros sacramentos del Espíritu Santo. «Si estas cosas estuvieran en la Palabra de Dios», le dijo la señora Lewes, «las recibiría de todo corazón, creyéndolas y apreciándolas.» El obispo le contestó con la más ignorante e impía insolencia: «Si no quieres creer más que lo que está justificado por las Escrituras, estás en estado de condenación!» Atónita ante esta declaración, esta digna sufriente le replicó con razón que sus palabras eran tan impuras como blasfemas.

Después de ser sentenciada, quedó doce meses encarcelada, no estando dispuesto el

alguacil mayor a ejecutarla durante el ejercicio de su cargo, aunque lo acababan de escoger para el mismo. Cuando llegó la orden para su ejecución desde Londres, ella envió a buscar unos amigos, a los que consultó acerca de en qué manera su muerte pudiera ser gloriosa para el nombre de Dios, y perjudicial para la causa de sus enemigos. Sonriendo, dijo: «En cuanto a la muerte, me es poca cosa. Cuando sé que contemplaré la amante faz de Cristo, mi amado salvador, el feo rostro de la muerte no me preocupa demasiado.» La víspera antes de sufrir, dos sacerdotes deseaban vivamente visitarla, pero ella rehusó tanto confesarse a ellos como su absolución, por cuanto podía mantener mejor comunicación con el Sumo Sacerdote de las almas. Hacia las tres de la madrugada, Satanás comenzó a lanzar sus dardos encendidos, poniéndole dudas en su mente acerca de si había sido escogida para vida eterna, y si Cristo había muerto por ella. Sus amigos le señalaron con presteza aquellos pasajes consoladores de la Escritura que consuelan al corazón fatigado, y que tratan del Redentor que quita los pecados del mundo.

Hacia las ocho, el alguacil mayor le anunció que tenía sólo una hora de vida; al principio se sintió abatida, pero pronto se repuso, y le dio gracias a Dios de que su vida pronto iba a ser dedicada en Su servicio. El alguacil mayor dio permiso a dos amigos para que la acompañaran a la estaca, indulgencia ésta por la que luego fue severamente tratado; al ir hacia el lugar casi se desmayó, debido a la distancia, su gran debilidad y la multitud que se apiñaba. Tres veces oró fervientemente que Dios librara a la tierra del papismo y de la idolátrica Misa; y la mayoría de la gente, así como el alguacil mayor, dijeron Amén.

Cuando hubo orado, tomó una copa (que había sido llenada con agua para refrescarla), y dijo: «Bebo para todos aquellos que sin fingimiento aman el Evangelio de Cristo, y brindo por la abolición del papado.» Sus amigos, y muchas mujeres del lugar, bebieron con ella, por lo que a la mayoría de ellas se les impusieron penitencias.

Cuando fue encadenada a la estaca, su rostro estaba alegre, y el rubor de sus mejillas no se desvaneció. Sus manos estuvieron extendidas hacia el cielo hasta que el fuego las dejó sin fuerzas, cuando su alma fuera recibida en los brazos del Creador. La duración de su agonía fue breve, porque el alguacil, por petición de sus amigos, había preparado una leña tan buena que en pocos minutos quedó abrumada por el humo y las llamas. El caso de esta mujer hizo brotar lágrimas de compasión de todos aquellos cuyo corazón no estaba encallecido.

Ejecuciones en Islington

Hacia el diecisiete de septiembre sufrieron en Islington los siguientes cuatro confesores de Cristo: Ralph Allerton, James Austoo, Margery Austoo, y Richard Roth.

James Austoo y su mujer, de A'lhallows, en Baiking, Londres, fueron sentenciados por no creer en la presencia. Richard Roth rechazó los siete sacramentos, y fue acusado de ayudar a los herejes por la siguiente carta, escrita con su propia sangre, y que había querido enviar a sus amigos en Colchester:

«Queridos hermanos y hermanas:

»[Cuánta más razón tenéis para regocijaros en Dios por haberos dado tal fe para sobreponeros hasta ahora a este sanguinario tirano! Y es indudable que Aquel que ha comenzado la buena obra en vosotros, la llevará a su consumación hasta el fin. Oh queridos corazones en Cristo, ¡qué corona de gloria recibiréis con Cristo en el reino de Dios! ¡Pluguera a Dios que hubiera estado listo para ir con vosotros; porque estoy de día en incomodidad, suministrada por el alcalde; y de noche yazco en la carbonera, apartado de Ralph Allerton o de cualquier otro; y esperamos cada día cuándo seremos condenados; porque él dijo que sería quemado en el período de diez días antes de la Pascua; sigo estando en el borde del estanque, y cada uno entra antes que yo; pero esperamos pacientemente la voluntad del Señor, con muchas cadenas, en hierros y cepos, por los que hemos recibido gran gozo de Dios. ¶ ahora que os vaya bien, queridos hermanos y hermanas, en este mundo, pero espero veros en el cielo cara a cara.

»[Oh, hermano Munt, con tu mujer y tu hermana Rose, cuán bienaventurados sois en el Señor, que os haya encontrado dignos de padecer por Su causa!, y ello con todo el resto mis queridos hermanos y hermanas, conocidos o desconocidos. Gozaos hasta la muerte. No temáis, dijo Cristo, porque yo he vencido a la muerte. Oh, querido corazón, viendo que Jesucristo será nuestra ayuda, espera hasta que a Él le plazca. Sed fuertes, que se alienten vuestros corazones, y esperad quedos al Señor. El está cerca. Si, el ángel

del Señor planta Su tienda alrededor de los que le temen, y los libra de la manera que mejor le parece. Porque nuestras vidas están en manos del Señor; y no nos pueden hacer nada si el Señor no se lo permite. Por ello dad todos gracias a Dios.

»Oh, queridos corazones, seréis revestidos de largos ropajes blancos en el monte Sión, con la multitud de los santos, y con Jesucristo nuestro Salvador, que jamás os desamparará. O bienaventuradas vírgenes, habéis jugado el papel de vírgenes prudentes al haber tomado aceite en vuestras lámparas, para poder entrar con el Esposo, cuando venga, para el gozo eterno con El. Pero en cuanto a las insensatas, les será cerrada la puerta, porque no se dispusieron a sufrir con Cristo, ni a llevar Su cruz. Oh queridos corazones, ¡cuán preciosa será vuestra muerte a los ojos del Señor!, porque preciosa le es la muerte de Sus santos. Que os vaya bien, y seguid orando. Sea con vosotros la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Amén, Amén. [Orad, orad, orad!

»Escrito por mi, con mi propia sangre,

»RICHARD ROTH.»

Esta carta, en la que se denominaba con tanta justicia a Bonner como «sanguinario tirano», no era probable que excitara su compasión. Roth le acusó de llevarlo a interrogar secretamente y de noche, porque tenía miedo de día a la gente. Resistiéndose a todas las tentaciones de retractarse, fue condenado, y el 17 de septiembre de 1557 estos cuatro mártires murieron en Islington, por el testimonio del Cordero, que fue inmolado para que ellos pudieran ser de los redimidos de Dios.

John Noyes, un zapatero, de Laxfield, Suffolk, fue llevado a Eye, y a la medianoche del 21 de septiembre de 1557 fue llevado de Eye a Laxfield para ser quemado. A la mañana siguiente fue llevado a la estaca, preparada para el horrendo sacrificio. El señor Noyes, al llegar al lugar fatal, se arrodilló, oró y recitó el Salmo Cincuenta. Cuando la cadena le rodeó, dijo:

«[No temáis a los que matan el cuerpo, sino temed a aquel que puede matar cuerpo y alma, y

echarlos en fuego eterno! » Mientras un tal Cadman le ponía un haz de leña sobre él, bendijo la hora en que había nacido para morir por la verdad; y mientras se confiaba sólo en los méritos todos suficientes del Redentor, prendieron fuego a la pira, y en poco tiempo el fuego devorador apagó sus últimas palabras: «[Señor, ten misericordia de mí! [Cristo, ten misericordia de mí!» Las cenizas de su cuerpo fueron sepultadas en un hoyo, y con ellas uno de sus pies, entero hasta el tobillo, con el calcetín puesto.

La señora Cicely Ormes

Esta joven mártir, de veintidós años de edad, estaba casada con el señor Edmund Ormes, tejedor de estambre de St. Lawrence, Norwich. Al morir Miller y Elizabeth Cooper, antes mencionados, ella dijo que quería compartir la misma copa de la que ellos habían bebido. Por estas palabras, fue llevada al canciller, que la habría liberado bajo su promesa de ir a la iglesia y de guardarse sus creencias para si misma. Como ella no estaba dispuesta a consentir en esto, el canciller la apremió diciendo que le había mostrado más indulgencia a ella que a nadie porque era una mujer ignorante e insensata; a estas palabras contestó ella (quizá con mayor agudeza de la que él esperaba) que por grande que fuera el deseo de él de dar perdón a su pecaminosa carne, que no podría igualarse al deseo de ella de ofrecerla en una pelea de tanta importancia. El canciller pronunció entonces la sentencia condenatoria, y el 23 de septiembre de 1557 fue llevada a la estaca, a las ocho de la mañana.

Después de proclamar su fe ante la gente, puso la mano sobre la estaca, y dijo: «Bienvenida, cruz de Cristo.» Su mano quedó llena de hollín al hacer esto porque era la misma estaca en la que habían sido quemados Miller y Cooper y al principio se la limpió; pero inmediatamente después la volvió a acoger y se abrazó a ella como la «dulce cruz de Cristo.» Después que los verdugos hubieran encendido el fuego, dijo: «Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador.» Luego, cruzando sus manos sobre su pecho, y mirando arriba con la mayor serenidad, soportó el ardiente fuego. Sus manos siguieron levantándose gradualmente hasta que quedaron secos los tendones, y luego cayeron. No pronunció exclamación alguna de dolor, sino que entregó su vida, un emblema de aquel paraíso celestial en el que está la presencia de Dios, bendito por los siglos.

Se podría mantener que esta mártir buscó voluntariamente su propia muerte, por cuanto el canciller apenas si le exigió otra penitencia que la de guardarse sus creencias para si; pero parece en este caso como si

Dios la hubiera escogido como luz resplandeciente, porque doce meses antes de ser apresada se había retractado; pero se sintió muy desgraciada hasta que el canciller fue informado, por medio de una carta, que se arrepentía de su retractación desde lo más hondo de su corazón. Como si para compensar por su anterior apostasía y para convencer a los católicos de que no tenía ya más intención de entrar en componendas por su seguridad personal, rehusó abiertamente su amistoso ofrecimiento de permitirle contemporizar. Su valor en tal causa merece encomio; era la causa de Aquel que dijo: «El que se avergonzare de mí en la tierra, de él me avergonzaré yo en el cielo.»

El Rev. John Rough

Este piadoso mártir era escocés. A los diecisiete años entró a formar parte de la orden de los Frailes Negros en Stirling, en Escocia. Había sido excluido de una herencia por sus amigos, y tomó este paso como venganza por la conducta de ellos. Después de haber estado allá dieciséis años, sintiendo simpatía por el Lord Hamilton, conde de Arran, el arzobispo de St. Andrews indujo al provincial de la casa a que dispensara de su hábito y orden; y así vino a ser el capellán del conde. Permaneció en este empleo espiritual durante un año, y en aquel tiempo Dios lo llevó al conocimiento salvador de la verdad; por esta razón el conde lo envió a predicar en la libertad de Ayr, donde quedó por cuatro años; pero al ver que se cernía el peligro debido a las características religiosas de la época, y sabiendo que había mucha libertad para el Evangelio en Inglaterra, se dirigió al duque de Somerset, entonces Lord Protector de Inglaterra, que le concedió un salario anual de veinte libras, y le autorizó a predicar en Carlisle, Berwick, y en Newcastle, donde se casó. Fue luego enviado a una rectoría en Hull, donde permaneció hasta la muerte de Eduardo VI.

Como consecuencia de la marea de persecución que entonces se abatía, huyó con su mujer a Frisia, y a Nordon, donde se ocuparon en tejer medias, gorros, etc., para ganarse la vida. Estorbados en esta actividad por falta de materiales, se llegó a Inglaterra para procurarse una cantidad, y el 10 de noviembre llegó a Londres, donde pronto supo de una sociedad secreta de fieles, a la que se unió, y de la que pronto fue escogido ministro, ocupación en la que los fortaleció en toda buena resolución.

El 12 de diciembre, por denuncia de uno llamado Taylor, miembro de la sociedad, fue apresado un miembro de la sociedad, llamado Rough, con Cuthbert Symson y otros, en Saracen's Head, Islington, donde celebraban sus servicios religiosos bajo la cubierta de ir a ver una función. El vice-chambelán de la reina llevó a Rough y a Symson ante el Consejo, en presencia del cual fueron acusados de reunirse para celebrar la Comunión. El Consejo escribió a Bonner, y éste no perdió el tiempo en este sanguinario asunto. En tres días lo tuvo delante de él, y al siguiente (el veinte) decidió condenarlo. Las acusaciones en contra de él era que siendo sacerdote estaba casado, y que había rechazado el servicio en lengua latina. Rough no carecía de argumentos para contestar a estas endebles acusaciones. En resumen, fue degradado y condenado.

Se debería observar que el señor Rough, cuando estaba en el norte, había salvado la vida al doctor Watson durante el reinado de Eduardo, y éste estaba sentado con el Obispo Bonner en el tribunal. Este ingrato prelado, como recompensa por la bondad recibida, acusó abiertamente al señor Rough de ser el más pernicioso hereje del país. El piadoso ministro lo reprendió por mostrar un espíritu tan malicioso; afirmó que durante sus treinta años de vida nunca había doblegado la rodilla ante Baal; y que dos veces en Roma había visto al Papa llevado a hombros de hombres con el falsamente llamado Sacramento delante de él, presentando una verdadera imagen del mismísimo Anticristo; y que sin embargo le mostraban más reverencia a él que a la hostia, que ellos consideraban su Dios. «[Ah!], le dijo Bonner, levantándose y dirigiéndose a él, como si le quisiera desgarrar las ropas. «¿Has estado en Roma, y visto a nuestro santo padre el Papa, y le blasfemas de esta manera?» Dicho esto, se lanzó sobre él, le desgarró un trozo de la barba, y para que el día comenzara para satisfacción suya, ordenó que el objeto de su ira fuera quemado a las cinco media de la siguiente mañana.

Cuthbert Symson

Pocos confesores de Cristo exhibieron más actividad y celo que esta excelente persona. No sólo trabajó por preservar a sus amigos del contagio del papismo, sino que también se esforzó por guardarlos de los

terrores de la persecución. Era diácono de la pequeña congregación sobre la que presidía como ministro el señor Rough.

El señor Symson ha escrito una narración de sus propios sufrimientos, que no puede detallar mejor que en sus propias palabras.

«El trece de diciembre de 1557 fue enviado por el Consejo a la Torre de Londres. Al siguiente jueves fui llamado al cuerpo de guardia delante del alcalde de la Torre y del archivero de Londres, el señor Cholmly, que me mandaron que les diera los nombres de los que acudían al servicio en inglés. Les contesté que no iba a declarar nada, y como consecuencia de mi rechazo me pusieron sobre un potro de tormento de hierro, me parece que por espacio de tres horas.

»Luego me preguntaron si estaba dispuesto a confesar; les respondí como antes. Después de desatarme, me devolvieron a mi celda. El domingo después fui llevado de nuevo al mismo lugar, ante el teniente y archivero de Londres, y me sometieron a interrogatorio. Y les respondí ahora como antes. Entonces el teniente juró por Dios que yo confesaría; después de ello me ataron juntos mis dos dedos índices, y pusieron entre ambos una pequeña flecha, y la arrancaron tan rápidamente que manó la sangre, y se rompió la flecha.

»Después de aguantar dos veces más el potro del tormento, fui vuelto a llevar a mi celda, y diez días después el teniente me preguntó si estaba dispuesto ahora a confesar lo que antes me había preguntado. Le respondí que ya había dicho todo lo que iba a decir. Tres semanas después fui enviado al sacerdote, donde fui gravemente asaltado, y de manos de quien recibí la maldición del Papa, por dar testimonio de la resurrección de Cristo. Y así os encomiendo a Dios y a la Palabra de Su gracia, con todos aquellos que invocan sin fingimientos el nombre de Jesús; pidiendo a Dios por Su misericordia infinita, por los méritos de Su amado Hijo Jesucristo, que nos dé entrada en Su Reino eterno. Amén. Alabo a Dios por Su gran misericordia que nos ha mostrado. Cantad Hosana al Altísimo junto a mí, Cuthbert Symson. ¡Que Dios perdone mis pecados! [Pido perdón a todo el mundo, y a todo el mundo perdono, y así abandono el mundo, en la esperanza de una gozosa resurrección!]

Si se considera atentamente esta narración, ¡qué imagen tenemos de repetidas torturas! Pero incluso la crueldad de la narración queda excedida por la paciente mansedumbre con la que fueron soportadas. No aparecen expresiones maliciosas, ni invocaciones siquiera a la justicia retributiva de Dios, ni una queja por sufrir sin causa. Al contrario, lo que pone fin a esta narración es la alabanza a Dios, perdón de pecado, y un perdón a todo el mundo.

La firme frialdad de este mártir llevó a Bonner a la admiración. Hablando de Symson en el consistorio, dijo: «Veis que persona más apacible es, y luego, hablando de su paciencia, yo diría, si no fuera un hereje, que es la persona de la más grande paciencia que jamás he tenido delante de mí. Tres veces en un día ha sido puesto en la Torre al potro del tormento; también ha sufrido en mi casa, y todavía no he visto rota su paciencia.»

El día antes que fuera condenado este piadoso diácono, encontrándose en el cepo en la carbonera del obispo, tuvo una visión de una forma glorificada, que le fue de gran aliento. De esto testificó a su mujer, a la señora Austen, y a otros, antes de su muerte.

Junto a este adorno de la Reforma Cristiana fueron prendidos el señor Hugh Foxe y Johh Devinish; los tres fueron traídos ante Bonner el 19 de marzo de 1558, y se les pusieron delante los artículos papistas. Los rechazaron, y fueron por ello condenados. Así como adoraban juntos en la misma sociedad, en Islington, así sufrieron juntos en Smitfield, el 28 de marzo; en la muerte de ellos fue glorificado el Dios de Gracia, y confirmados los verdaderos creyentes.

Thomas Hiason, Thomas Carman y William Seamen

Estos fueron condenados por un fanático vicario de Aylesbury llamado Benry. El lugar de la ejecución se llamaba Lollard's Pit, fuera de Bishopsgate, en Norwich. Después de unirse en humilde ruego ante el trono de la gracia, se levantaron, fueron a la estaca, y fueron rodeados con sus cadenas. Para gran sorpresa de los espectadores, Hudson se deslizó de debajo de sus cadenas y se dirigió al frente. Prevaleció la idea entre la multitud de que estaba a punto de retractarse; otros pensaron que quería pedir más tiempo. Mientras tanto, sus compañeros en la estaca le apremiaron todas las promesas de Dios y con exhortaciones para sostenerlo.

Pero las esperanzas de los enemigos de la cruz se vieron frustradas; aquel buen hombre, lejos de temer el máspequeño terror ante las fauces cada vez más cercanas de la muerte, estaba sólo alarmado por el hecho de que parecía que la faz de su Señor se le ocultaba. Cayendo sobre sus rodillas, su espíritu luchó con Dios, y Dios verificó las palabras de Su Hijo: «Pedid, y recibiréis.» El mártir se levantó con un gozo extasiado, y exclamó: «¡Ahora, gracias doy a Dios, estoy fuerte; y no temo lo que me haga el hombre! Con un rostro sereno se volvió a poner bajo la cadena, uniéndose a sus compañeros de suplicio, y con ellos sufrió la muerte, para consolación de los piadosos y confusión del Anticristo.

Berry, sin sentirse saciado por su diabólica acción, convocó a doscientas personas en la ciudad de Aylesham, a las que obligó a arrodillarse en Pentecostés ante la cruz, e infligió otros castigos. Golpeó a un pobre hombre por una palabra sin importancia, empleando un mayal, golpe que fue mortal. También le dio un puñetazo tal a una mujer llamada Mice Oxes, al verla entrar en el vestíbulo en un momento en que él estaba irritado, que la mató. Este sacerdote era rico, y tenía gran autoridad. Era un réprobo, y, como sacerdote, se abstenía del matrimonio, para gozarse tanto más de una vida corrompida y licenciosa. El domingo después de la muerte de la Reina María estaba de orgía con una de sus concubinas, antes de las vísperas; luego fue a la iglesia, administró un bautismo, y se dirigía de vuelta a su lascivo pasatiempo, cuando fue golpeado por la mano de Dios. Sin tener un momento de oportunidad para arrepentirse, cayó al suelo, y sólo se le permitió exhalar un gemido. En él podemos ver la diferencia entre el fin de un mártir y el de un perseguidor.

La historia de Roger Holland

En un cercado retirado cerca de un campo en Islington se había reunido un grupo de alrededor de cuarenta personas honradas. Mientras se dedicaban religiosamente a la lectura y exposición de las Escrituras, veintisiete de ellas fueron llevadas ante Sir Roger Cholmly. Algunas de las mujeres escaparon, y veintidós fueron llevados a Newgate, quedando en cárcel siete semanas. Antes de ser interrogados fueron informados por el guarda, Alexander, que lo único que precisaban para ser liberados era oír Misa. Por fácil que pueda parecer esta condición, estos mártires valoraban más la pureza de sus conciencias que la pérdida de la vida o de sus propiedades; por ello, trece fueron quemados, siete en Smithfield y seis en Brentwood; dos murieron en prisión, y los otros siete fueron preservados providencialmente. Los nombres de los siete que sufrieron en Smithfield eran H. Pond, R. Estland, R. Southain, M. Ricarby, J. Floyd, J. Holiday, y Roger Holland. Fueron enviados a Newgate el 16 de julio de 1558, y ejecutados el veintisiete.

Este Roger Holland, un mercader y sastre de Londres, fue primero aprendiz de un maestro Kempton, en Black Boy en Watling St., dándose a la danza, esgrima, el juego, los baqueteos y las malas compañías. Una vez recibió para su patrón una cierta cantidad de dinero, treinta libras, y lo perdió todo jugando a los dados. Por eso se propuso fugarse al otro lado del mar, bien a Francia, o a Flandes.

Con esta decisión, llamó temprano por la mañana a una discreta criada de la casa que se llamaba Elizabeth, que profesaba el Evangelio, y que vivía una vida digna de esta profesión. A ella le reveló la pérdida que había sufrido por su insensatez, lamentando no haber seguido sus consejos, y rogándole que le diera a su amo una nota autógrafa en la que reconocía su deuda, que pagaría si le era alguna vez posible; también le rogaba que mantuviera secreta su vergonzosa conducta, para no llevar los cabellos canos de su padre con dolor a una sepultura prematura.

La criada, con una generosidad y unos principios cristianos raramente sobrepasados, consciente de que su imprudencia podría ser su ruina, le dio treinta libras, que era parte de una suma que recientemente había recibido por un testamento. «Aquí tienes el dinero que necesitas: toma tú el dinero, y yo me quedo con la nota; pero con esta expresa condición: que abandones tu vida lasciva y llena de vicio; que ni jures ni hables obscenamente, y que dejes de jugar; porque si haces tal cosa, enseñaré de inmediato esta nota a tu patrón. También quiero que me prometas asistir a la prédica diaria en todos Santos, y el sermón en San Pablo cada domingo; que tires todos tus libros papistas, y que en lugar de ellos pongas el Nuevo Testamento y el Libro de Culto, y que leas las Escrituras con reverencia y temor, pidiendo a Dios Su gracia para que te dirija en su verdad. Ora también fervientemente a Dios que perdone tus anteriores pecados, y que no recuerde los pecados de tu juventud; y que de Su favor recibas el temor de quebrantar Sus leyes o de ofender Su

majestad. Así te guardará Dios y te concederá el deseo de tu corazón.» Tenemos que honrar la memoria de esta excelente criada, cuyos piadosos esfuerzos estaban igualmente dirigidos a beneficiar al irreflexivo joven en esta vida y en la venidera. Dios no permitió que el deseo de esta excelente criada se perdiera en un suelo estéril; al cabo de medio año el licenciado Holland se transformó en un celoso confesor del Evangelio, y fue instrumento para la conversión de su padre y de otros a los que visitó en Lancashire, para consuelo espiritual de ellos y reforma y salida del papismo.

Su padre, complacido con su cambio de conducta, le dio cuarenta libras para que comenzara su negocio en Londres.

Luego Roger volvió a Londres, y fue a la criada que le había dejado el dinero para pagar a su patrón, y le dijo: «Elizabeth, aquí está el dinero que me prestaste; y por la amistad, buena voluntad y buen consejo que he recibido de ti no puedo pagarte más que haciendo de ti mi esposa. » Y poco después se casaron, lo que tuvo lugar en el primer año de la Reina María. Después de esto permaneció en las congregaciones de los fieles, hasta que fue apresado, junto con los otros seis mencionados. Y después de Roger Holland, nadie más sufrió en Smithfield por el testimonio del Evangelio; gracias sean dadas a Dios.

Flagelaciones administradas por Bonner

Cuando este cruel católico vio que ni las persuasiones, ni las amenazas y la prisión podían producir alteración alguna en la mente de un joven llamado Thomas Hinshaw, lo mandó a Fulham, y durante la primera noche lo puso en el cepo, sin otro alimento que pan y agua. A la mañana siguiente fue a ver si este castigo había llevado a cabo algún cambio en su mente, pero al ver que no, envió a su arcediano, el doctor Harpsfield, para conversar con él. El doctor pronto perdió el humor ante sus contestaciones, lo tildó de rencilloso, y le preguntó si se daba cuenta de que con tal actitud iba a condenar su alma. «De lo que estoy seguro,» le dijo Thomas, «es de que os dedicáis a promover el tenebroso reino del mal, no el amor a la verdad.» Estas palabras las transmitió el doctor al obispo, que con una pasión que casi le impedía articular las palabras, le dijo: «¿Así contestas tú a mi arcediano, chico perverso.? [Pues sabe que voy a domeñarte!] » Le trajeron entonces dos ramas de sauce, y haciendo que el chico, que no opuso resistencia alguna, se arrodillara frente a un largo banco en una enramada de su jardín, lo azotó hasta que se vio obligado a cesar por faltarle el aliento y estar agotado. Una de las varas quedó totalmente destrozada.

Muchos otros sufrimientos conflictivos padeció Hinshaw a manos del obispo; éste, al final, para eliminarlo, se consiguió falsos testigos que presentaran falsas acusaciones contra él, todas las cuales el joven negó, y, en resumen, se negó a responder a ningún interrogatorio que le hicieran. Quince días después de esto, el joven fue atacado por unas fiebres ardientes, y a petición de su patrón, el señor Pugson, del patio de la iglesia de San Pablo, fue sacado, no dudando el obispo que le había procurado la muerte de manera natural; sin embargo, permaneció enfermo durante más de un año, y durante este tiempo murió la Reina María, por el cual acto de la Providencia escapó a la furia de Bonner.

John Willes fue otra fiel persona sobre la que cayeron los azotes de Bonner. Era hermano de Richard Willes, ya mencionado, que fue quemado en Brentford. Hinshaw y Willes fueron encerrados juntos en la carbonera de Bonner, y luego llevados a Fulham, donde él y Hinshaw permanecieron durante ocho o diez días en cepos. El espíritu perseguidor de Bonner se manifestó en el trato que le propinó a Willes durante sus interrogatorios, golpeándole frecuentemente en la cabeza con un palo, agarrándolo por las orejas y golpeándolo debajo del mentón, diciendo que bajaba la cabeza como un bandido. Al no conseguir con esto ningún indicio de retractación, lo llevó a su arboleda, y allí, bajo una enramada, lo azotó hasta que quedó agotado. Esta cruel ferocidad la suscitó una respuesta del pobre sufriente, que al preguntársele cuanto tiempo hacía que no había acudido de rodillas ante el crucifijo, dijo que «no lo he hecho desde la edad de la razón, ni lo haré aunque me despedacen con caballos indómitos.» Bonner entonces le mandó que se hiciera la señal de la cruz sobre la frente, lo cual rehusó hacer, y entonces lo llevó a la arboleda.

Un día, mientras Willes estaba en el cepo, Bonner le preguntó que tal le gustaba su alojamiento y comida «Bien me iría,» repuso él, «tener algo de paja sobre la que sentarme o echarme.» Justo entonces

entró la mujer de Willes, entonces en avanzado estado de gestación, rogándole al obispo por su marido, y diciéndole valientemente que pariría allí si no se le permitía a su marido acompañarla a su propia casa. Para librarse de la importunidad de la buena mujer, y de los problemas de una parturienta en su palacio, le dijo a Willes que hiciera la señal de la cruz y que dijera: In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, Amén. Willes omitió la señal, y repitió las palabras: «En nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, Amén.» Bonner quiso que repitiera las palabras en latín, a lo que Willes no puso objeción, al conocer el significado de las palabras. Luego le permitió que se fuera a su casa con su mujer, estando encargado su pariente Robert Rouze de llevarlo a San Pablo al día siguiente, a donde fue por sí mismo, y firmando un intrascendente documento latino, fue dejado en libertad. Él era el último de los veintidós apresados en Islington.

El Rev. Richard Yeoman

Este devoto anciano era vicario del doctor Taylor, en Hadley, y estaba sumamente calificado para su sagrada función. El doctor Taylor le dejó la vicaría al irse, pero tan pronto como el señor Newall recibió el cargo depuso al señor Yeoman, poniendo en su lugar a un sacerdote romanista. Después de esto, el señor Yeoman fue de lugar en lugar, exhortando a todos los hombres a mantenerse firmes en la Palabra de Dios, a darse fervorosamente a la oración, con paciencia para sobrellevar la cruz que ahora se ponía sobre ellos para su prueba, con valor para confesar la verdad delante de sus adversarios, y con una esperanza firme para esperar la corona y la recompensa de la dicha eterna. Pero cuando vio que sus adversarios estaban acosándole, se dirigió a Kent, y con un pequeño paquete de encajes, agujas, corchetes y otras piezas fue depueblo en pueblo, vendiendo estos artículos, y subsistiendo de esta manera y manteniendo a su mujer y a sus hijos.

Finalmente, el juez Moile, de Kent, apresó al señor Yeoman, y lo puso en el cepo un día y una noche; pero, no teniendo nada concreto de qué acusado, lo dejó libre. Volviendo él en secreto a Hadley, se quedó con su pobre mujer, que lo ocultó en una cámara del ayuntamiento, llamado el Guildhall, durante más de un año. Durante este tiempo el buen anciano padre pasaba los días encerrado en una estancia todo el día, pasando su tiempo en devota oración, en la lectura de las Escrituras y en cardar la lana que su mujer hilaba. Su mujer también pedía pan para ella y sus hijos, y con estos precarios medios se sustentaban. Así, los santos de Dios padecían hambre y miseria, mientras que los profetas de Baal vivían en banquetes y eran costosamente agasajados a la mesa de Jezabel.

Al ser dada información a Newall finalmente de que Yeoman estaba siendo escondido por su mujer, éste acudió, asistido por soldados, y violentó la estancia donde estaba el objeto de su búsqueda, en cama con su mujer. Reprochó a la pobre mujer de ser una ramera, y hubiera arrancado las ropas de la cama de manera indecente, pero Yeoman resistió tanto este acto de violencia como el ataque contra el buen carácter de su mujer, añadiendo que desafiaba al Papa y al papismo. Fue luego sacado fuera y puesto en el cepo hasta que se hizo de día.

En la jaula en que fue puesto estaba también un anciano llamado John Dale, que había estado allí tres o cuatro días, por haber exhortado al pueblo durante el tiempo en que Newall y su vicario estaban celebrando la liturgia. Sus palabras fueron: «¡Oh guías ciegos y miserables! ¿Vais a ser siempre ciegos guías de ciegos? ¿No vais a corregiros nunca? ¿No querréis ver la verdad de la Palabra de Dios? ¿No entrarán en vuestros corazones ni las amenazas ni las promesas de Dios? ¿No suavizará la sangre de los mártires vuestras pétreas entrañas? ¡Ah, generación endurecida, de duro corazón, perversa y torcida, a la que nada puede hacer bien!»

Estas palabras las pronunció en el fervor de su espíritu contra la supersticiosa religión de Roma; por ello, Newall lo hizo apresar en el acto, y puesto en el cepo en una jaula, donde fue guardado hasta que llegó el juez Sir Henry Dolle, a Hadley.

Cuando Yeoman fue tomado, el párroco le pidió apremiantemente a Sir Henry Doile que enviara a ambos a prisión. Sir Henry Doile le pidió igual de apremiante que considerara la edad de los hombres, y su mísera condición; no eran ni personas destacadas, ni predicadores; por ello le propuso que los dejara castigados uno o dos días, y soltarlos, al menos a John Dale, que no era sacerdote, y que por ello, como había estado ya tanto tiempo en la jaula, consideraba que era ya un castigo suficiente para su edad. Cuando el párroco oyó esto, montó en cólera, y fuera de sí de rabia los llamó herejes pestíferos, indignos de vivir en un estado cristiano.

Temiendo Sir Henry mostrarse demasiado misericordioso, Yeoman y Dale fueron maniatados, atados como bandidos con sus piernas bajo los vientres de caballos, y llevados a la cárcel de Bury, donde fueron cargados de hierros; y debido a que de continuo reprendían el papismo, fueron metidos en la mazmorra más profunda, donde John Dale, por la enfermedad carcelaria y los malos tratos, murió poco tiempo después. Su cadáver fue echado fuera y sepultado en los campos. Murió a los sesenta y seis años. Su profesión era tejedor, y era buen conocedor de las Sagradas Escrituras, y firme en su confesión de las verdaderas doctrinas de Cristo tal como habían sido expuestas en tiempos del Rey Eduardo. Por ellas padeció prisión y cadenas, y desde esta cárcel terrena partió para estar con Cristo en la gloria eterna, y el bendito paraíso de la felicidad que no conoce fin.

Después de la muerte de Dale, Yeoman fue llevado a la cárcel de Norwich, donde, tras sufrir un tratamiento muy duro, fue interrogado acerca de su fe, y se le exigió que se sometiera al santo padre el Papa. «Lo reto (dijo él), y desafié todas sus detestables abominaciones; no voy a tener nada que ver con él en absoluto.» Las principales acusaciones de que fue objeto fueron su matrimonio y su rechazo del sacrificio de la Misa. Al verlo que continuaba firme en la verdad, fue condenado, degradado y no sólo quemado, sino también muy cruelmente atormentado en el fuego. Así terminó él esta pobre y mísera vida, y entró en el bienaventurado seno de Abraham, gozando con Lázaro de aquel reposo que Dios ha dispuesto para Sus elegidos.

Thomas Bendridge

El señor Benbridge era un caballero soltero, en la diócesis de Winchester. Hubiera podido vivir una vida desahogada, en las ricas posesiones de este mundo; pero prefirió antes entrar por la estrecha puerta de la persecución a la posesión celestial de la vida en el Reino del Señor, que gozar de placeres presentes con la conciencia agitada. Manteniéndose valerosamente frente a los papistas por la defensa de la sincera doctrina del Evangelio de Cristo, fue prendido como adversario de la religión romanista, y llevado a ser interrogado ante el obispo de Winchester, donde sufrió varios conflictos por la verdad contra el obispo y su colega. Fue por ello condenado, y algún tiempo después conducido al lugar del martirio por Sir Richard Pecksal, alguacil mayor. Cuando llegó a la estaca comenzó a desatarse las lazadas de su ropa y a prepararse; luego le dio su capa al guarda, a modo de pago. Su justillo llevaba encaje de oro, y lo dio a Sir Richard Pecksal, el alguacil mayor. Se quitó el gorro de terciopelo de la cabeza, y lo echó lejos. Luego, elevando su mente al Señor, se dedicó a la oración.

Quando fue encadenado a la estaca, el doctor Seaton le rogó que se retractara, y que tendría el perdón; pero cuando vio que nada lo movía, le dijo a la gente que no oraran por él a no ser que quisiera retractarse, como tampoco orarían por un perro.

Estando el señor Bendridge, de pie junto a la estaca y con las manos juntas a la manera en que los sacerdotes las sostienen en el Memento, volvió a dirigirse a él, exhortándole a que se retractara, y a él le respondió: «[Fuera, fuera, Babilonia!» Uno que estaba cerca dijo: «[Señor, cortadle la lengua!» Otro, un seglar, lo maldijo peor que lo había hecho el doctor Seaton.

Quando vieron que no estaba dispuesto a ceder, mandaron a los atormentadores que encendieran la pira, antes que quedara cubierta del todo con haces de leña. El fuego prendió primero en un trozo de su barba, ante lo que no se inmutó. Luego pasó al otro lado, y prendió en sus piernas y siendo de cuero las medias interiores, hicieron que sintiera el fuego tanto más intensamente, con lo que el intolerable dolor le hizo exclamar: «[Me retracto!, y echó repentinamente el fuego fuera de él. Dos o tres de sus amigos, que estaban al lado, querían salvarlo; se lanzaron al fuego para ayudar a apagarlo, y por esta bondad fueron encarcelados. El alguacil, también, de su autoridad, lo sacó de la estaca, y mandó llevado a la cárcel, por lo que lo que fue mandado a fleet, y allí estuvo un tiempo. Sin embargo, antes de ser sacado de la estaca, el doctor Seaton escribió unos artículos para que los firmara. Pero el señor Benbridge hizo tales objeciones que el doctor Seaton ordenó que volvieran a poner fuego a la pira. Entonces, con mucho dolor y tristeza de corazón, firmó los mismos sobre la espalda de un hombre.

Hecho esto, le devolvieron su capa, y fue devuelto a la cárcel. Mientras estaba allí, escribió una carta al doctor Seaton, retractándose de aquellas palabras que había dicho en la estaca y de los artículos que había firmado, porque se sentía dolido de haberlos firmado jamás. ¡Que el Señor les de arrepentimiento a sus enemigos!

La señora Prest Por la cantidad de personas condenadas en este fanático reinado, es casi imposible obtener el nombre de cada mártir, ni detallar la historia de cada uno de ellos con anécdotas y ejemplos de la conducta cristiana. Gracias sean dadas a la Providencia, nuestra cruel tarea comienza a llegar a su fin, con el fin de este reinado de terror papal y de derramamiento de sangre. Los monarcas que se sientan en tronos poseídos por derecho hereditario deberían, más que nadie, considerar que las leyes de la naturaleza son las leyes de Dios, y que por ello la primera ley de la naturaleza es la preservación de sus súbditos. Las tácticas de persecución, de tortera y de muerte deberían dejarlas a aquellos que han alcanzado la soberanía por el fraude o la espada; pero, ¿dónde, excepto entre unos pocos locos emperadores de Roma y los pontífices romanos, encontraremos a nadie cuya memoria esté tan «maldita a una fama eterna» como la de la Reina María? Las naciones lloran la hora que los separa para siempre de un gobernante amado, pero, por lo que respecta al María, fue la hora más bendita de todo su reinado. El cielo ha ordenado tres grandes azotes por pecados nacionales: la plaga, la pestilencia y el hambre. Fue voluntad de Dios en el reinado de María de lanzar un cuarto azote sobre este reino, bajo la forma de persecuciones papistas. Fue un tiempo angustioso, pero glorioso; el fuego que consumió a los mártires ha minado el papado; y los estados católicos, actualmente los más fanáticos y entenebrecidos, son los que se encuentran más bajos en la escala de la dignidad moral y de la relevancia política. ¡Que así permanezcan, hasta que la pura luz del Evangelio disipe las tinieblas del fanatismo y de la superstición! Pero volvamos a nuestro relato.

La señora Prest vivió durante un tiempo en Comualles, donde tenía a su marido e hijos, cuyo fanatismo la obligaba a frecuentar las abominaciones de la Iglesia de Roma. Resolviendo actuar conforme le dictaba su conciencia, los abandonó y comenzó a ganarse la vida hilando. Después de un tiempo, volviendo a su casa, fue denunciada por sus vecinos, y llevada a Exeter, para ser interrogada ante el doctor Troubleville y por su canciller Blackston. Por cuanto esta mártir era considerada de inferior inteligencia, la pondremos en competición con el obispo, para ver quién tenía un mejor conocimiento conducente a la vida eterna. Al llevar el obispo el interrogatorio a su desenlace acerca del pan y el vino, que él afirmaba eran carne y sangre, la señora Prest dijo: «Os preguntaré yo a vos si podéis negar vuestro credo, que dice que Cristo está perpetuamente sentado a la diestra de Su Padre, en cuerpo y alma, hasta que vuelva; o que Él está en el cielo como nuestro Abogado, para interceder por nosotros ante Dios Su Padre. Si es así, Él no está en la tierra en un trozo de pan. Si Él no está aquí, y si no mora en templos hechos con manos, sino en el cielo, ¿qué?, ¿le buscaremos aquí? Si Él no ofreció Su cuerpo una vez para siempre, ¿por qué hacéis otra nueva ofrenda? Si con una ofrenda lo hizo todo a la perfección, ¿por qué vosotros con una falsa ofrenda lo hacéis todo imperfecto? Si él debe ser adorado en espíritu y en verdad, ¿por qué adoráis un trozo de pan? Si Él es comido y bebido en fe y verdad; si Su carne no es provechosa para estar entre nosotros, ¿por qué decís vosotros que hacéis que Su carne y sangre, diciendo que es provechosa tanto para el cuerpo como para el alma? ¡Ay! Yo soy una pobre mujer, pero antes que hacer lo que decís, prefiero no vivir más. He acabado, señor.» Obispo. Tengo que decir que eres una protestante a carta cabal. ¿Puedo preguntarte en qué escuela te has educado?

Señora Prest. Los domingos he atendido a los sermones, y en ellos he aprendido las cosas que están tan dentro de mi pecho que la muerte no las separará.

Ob. Ah, mujer insensata! ¿Quién malgastará el aliento contigo, o con las que son como tú? ¿Pero por qué te alejaste de tu marido? Si fueras una mujer honrada, no habrías dejado a tu marido y a tus hijos, para merodear así por el país como una fugitiva.

Sra. P. Señor, he trabajado para vivir; y mi Señor, Cristo, me aconseja que cuando me persigan en una ciudad, huya a la otra.

Ob. ¿Quién te perseguía?

Sra. P. Mi marido y mis hijos. Porque cuando hubiera querido que abandonasen la idolatría y adoraran al Dios del cielo, no me quisieron escuchar, sino que él y sus hijos me reprendieron y me angustiaron. No huí para hacer de ramera, ni para robar, sino porque no quería tener parte con él y los suyos del abominable ídolo de la Misa; y allá donde yo fuera, y tan frecuentemente como pude, en domingos y festividades, daba excusas por no ir a la iglesia papista.

Ob. Pues buena mujer eras, huyendo de tu marido y de la Iglesia.

Sra. P. Quizá no seré una excelente ama de casa; pero Dios me ha dado la gracia de ir a la verdadera Iglesia.

Ob. La verdadera Iglesia: ¿qué quieres decir con eso?

Sra. P. No tu Iglesia papista, llena de ídolos y de abominaciones, sino allí donde hay dos o tres reunidos en el nombre de Dios, a esta Iglesia iré yo mientras viva.

Ob. Parece que quieras tener tu propia iglesia. Bien, que esta mujer sea puesta en prisión hasta que llamemos a su marido.

Sra. P. No, yo sólo tengo un marido, que está ya en esta cárcel y en la cárcel conmigo, y de quien nunca me separaré.

Algunas personas trataron de convencer al obispo de que ella no estaba en sus cabales, y se le permitió irse. El guarda de las cárceles del obispo la acogió en su casa, donde o bien hilaba, trabajando como criada, o bien deambulaba por la calle, hablando acerca del sacramento del altar. Enviaron a buscar a su marido para que se la llevara a casa, pero ella rehusó mientras pudiera servir a la causa de la religión. Era demasiado activa para estar mano sobre mano, y su conversación, que ellos pensaban era de una simpletona, atrajo la atención de varios sacerdotes y frailes católicos. La acosaban con preguntas, hasta que enviados por el obispo, y otros de su propia voluntad. Entre estos estaba ella les respondió con ira, y esto excitó la risa de ellos ante su seriedad.

«No», dijo ella, «tenéis más necesidad de llorar que de reír, y de sentirnos tristes de haber nacido, para ser capellanes de esta ramera que es Babilonia. La desafío a ella y a todas sus falsedades; y apartaos de mi, que sólo hacéis que turbar mi conciencia. Querriais que siguiera vuestras acciones; antes perderé mi vida. Os ruego que os vayáis.»

«¿Por qué, insensata?», dijeron ellos, «Venimos para tu provecho y para salud de tu alma.» Ella contestó: «¿Qué provecho dais vosotros, que no enseñáis nada más que mentiras por verdades? ¿Cómo salváis vosotros almas, cuando no enseñáis nada sino mentiras y destruí almas?»

«¿Cómo demuestras tú esto?» le dijeron ellos.

«¿Acaso no destruí vosotros almas cuando enseñáis a la gente a dar culto a ídolos, palos y piedras, las obras de las manos de los hombres? ¿Y a adorar un dios falso de vuestra factura, hecho con un trozo de pan, enseñando que el Papa es vicario de Dios, y que tiene poder para perdonar pecados? ¿Y que hay un purgatorio, cuando el Hijo de Dios lo ha purificado todo mediante Su sacrificio una vez para siempre? ¿No enseñáis a la gente a contar sus pecados en vuestros oídos, y decís que se condenarán si no los confiesan todos, cuando la Palabra de Dios dice: ¿Quién puede contar sus pecados? ¿No les prometéis treintenas, y requiems, y Misas por sus almas, y vendéis vuestras oraciones por dinero, y hacéis que compren perdones, y confiáis en estos insensatos inventos de vuestras imaginaciones? ¿No actuáis totalmente contra Dios? ¿No enseñáis a orar con rosarios, y a orar a santos, y a decir que ellos pueden orar por nosotros?

¿No hacéis agua bendita y pan bendito para ahuyentar a los demonios? ¿Y no hacéis millares más de abominaciones? ¿Y aún decís que venís para provecho mío, para salvar mi alma. No, no, hay uno que me ha salvado. Adios, vosotros y vuestra salvación.»

Durante la libertad que le había sido concedida por el ya mencionado obispo, fue a la Iglesia de San Pedro, y allí vio a un perito holandés que estaba poniendo narices nuevas a ciertas bellas imágenes que habían sido desfiguradas durante el reinado del Rey Eduardo. Entonces le dijo: «[Qué loco estás, para hacerles narices nuevas, cuando dentro de pocos días todas perderán la cabeza!» El holandés la maldijo, y la maltrató duramente de palabra. Y ella le replicó: «Tu eres maldito, y así también tus imágenes.» El la llamó ramera. «No», dijo ella, «sino que tus imágenes son rameras, y vas de ramería; porque ¿no dice Dios: «vosotros os prostituís tras dioses extraños, figuras de vuestras propias manos?» y tú eres uno de ellos.» Después de esto se dio orden que fuera encerrada, y ya no pudo gozar más de la libertad.

Durante el tiempo de su encarcelamiento, muchos la visitaron, algunos enviados por el obispo, y otros de su propia voluntad. Entre estos estaba un tal Daniel, un gran predicador del Evangelio, en los tiempos del Rey Eduardo, por los lugares de Cornualles y Devonshire, pero que, por la dura persecución sufrida, había recaído. Ella lo exhortó apremiantemente a que se arrepintiera como Pedro, y a que fuera más firme en su confesión.

La señora Walter Rauley y los señores William y John Kede, personas muy respetables, dieron abundante testimonio de su piadosa conversación, diciendo que a no ser que Dios hubiera estado con ella, sería imposible que hubiera podido defender con tanta capacidad la causa de Cristo. La verdad es que, para recapitular el carácter de esta mujer, unía la serpiente y la paloma, abundando en la más alta sabiduría con

la mayor sencillez. Soportó encarcelamientos, amenazas, escarnios, y los más viles insultos, pero nada pudo inducirla a desviarse; su corazón estaba fijo; había echado su anda; y no podían todas las heridas de la persecución sacarla de la roca en la que estaban erigidas todas sus esperanzas de dicha.

Tal era su memoria que, sin haber hecho estudios, podía decir en qué capítulo estaba cualquier texto de la Escritura; debido a esta singular capacidad, un tal Gregario Basset, extremado papista, dijo que estaba loca, y que hablaba como una cotorra, sin sentido alguno. Al final, tras haber probado sin éxito todos los medios para hacerla nominalmente católica, la condenaron. Después de esto, alguien la exhortó a abandonar sus opiniones y a volverse a su casa, a su familia, por cuanto era pobre y analfabeta. «Cierto es (dijo ella), y aunque no tengo cultura estoy feliz de ser testigo de la muerte de Cristo, y espero que no os retardéis ya más conmigo, porque mi corazón está fijado, y nunca diré nada distinto, ni me volveré a vuestros caminos de superstición.»

Para oprobio del señor Blackston, tesorero de la iglesia, éste hombre solía mandar a buscar de la cárcel con frecuencia a esta pobre mártir, para divertirse con ella tanto él como una mujer que mantenía; le hacía preguntas religiosas, y ridiculizaba sus respuestas. Hecho esto, la volvía a mandar a su misera mazmorra, mientras que él se solazaba con las cosas buenas de este mundo.

Quizá había algo sencillamente ridículo en la forma de la señora Prest, porque era baja, gruesa y de unos cincuenta y cuatro años de edad; pero su rostro era alegre y vivaz, como si preparada para el día de su matrimonio con el Cordero. Burlarse de su forma era una acusación indirecta contra su Creador, que le dio la forma que Él consideró más idónea, y que le dio una mente muy trascendente a las dotes fugaces de la carne que perece. Cuando le ofrecieron dinero, lo rechazó, diciendo: «voy a una ciudad donde el dinero no tiene poder, y mientras esté aquí, Dios ha prometido alimentarme.»

Cuando se leyó la sentencia condenándola a las llamas, ella levantó su voz y alabó a Dios, añadiendo: «Este día he hallado aquello que tanto tiempo había buscado.» Cuando la tentaron para que se retractara, dijo: «No lo haré; Dios no quiera que yo pierda la vida eterna por esta vida camal y breve. Nunca me apartaré de mi esposo celestial a mi esposo terrenal; de la comunión de los ángeles a la de hijos mortales; y si mi marido e hijos son fieles, entonces yo soy de ellos. Dios es mi padre, Dios es mi madre, Dios es mi hermana, mi hermano, mi pariente; Dios es mi amigo, el más fiel.»

Entregada al alguacil mayor, fue llevada por el oficial al lugar de ejecución, fuera de las murallas de Exeter, llamado Sothenhey, donde de nuevo los supersticiosos sacerdotes la asaltaron. Mientras estaban atándola a la estaca, ella exclamaba de continuo: «¡Dios, ten piedad de mí, pecadora!» Soportando pacientemente el fuego devorador, quedó reducida a cenizas, y así acabó una vida que no fue superada en cuanto a una inmutable fidelidad a la causa de Cristo por ningún mártir precedente.

Richard Sharpe, Thomas Banion y Thomas Hale

El señor Sharpe, tejedor, fue llevado el nueve de marzo de 1556 delante del doctor Dalby, canciller de la ciudad de Briston, y después de un interrogatorio referente al Sacramento del altar, fue persuadido para que se retractara; y en el veintinueve se le ordenó que pronunciara su retractación en la iglesia parroquial. Pero apenas si había reconocido su recaída en público que comenzó a sentir en su conciencia tal tormento que no se sintió capaz de trabajar en su profesión; por ello, poco tiempo después, un domingo, entró en la iglesia parroquial, llamada Temple, y después de la Misa mayor se puso en la puerta del coro, y dijo en voz alta: «¡Vecinos, sed testigos de que este ídolo aquí (señalando al altar) es el más grande y abominable que jamás haya existido; y siento haber jamás negado a mi Señor y Dios! » A pesar de que los policías recibieron orden de detenerle, se le permitió salir de la iglesia; pero por la noche fue prendido y llevado a Newgate. Poco después, negando delante del canciller que el Sacramento del altar fuera el cuerpo y la sangre de Cristo, fue condenado por el señor Dalby a ser quemado. Y quemado fue el siete de mayo de 1558, muriendo piadosa y pacientemente, firme en su confesión de los artículos de fe protestantes.

Con él sufrió Thomas Hale, un zapatero de Bristol, que fue condenado por el Canciller Dalby. Estos mártires fueron atados espalda a espalda Thomas Banion, tejedor, fue quemado el 27 de agosto de aquel mismo año, muriendo por la causa evangélica de su Salvador.

J. Comeford, de Wortham; C. browne, de Maidstone; J. Herst, de Ashford; Alice Snoth y

Catherine Knight, una anciana mujer.

Es con placer que observamos que estos cinco mártires fueron los últimos en padecer en el reinado de María por la causa protestante; pero la malicia de los papistas se manifestó en el apresuramiento del martirio de los mismos, que pudo haberse retardado hasta que se hubiera dado el desenlace de la enfermedad de la reina. Se informa que el arcediano de Canterbury, pensando que la repentina muerte de la reina suspendería la ejecución, viajó por la posta desde Londres, para tener la satisfacción de añadir otra página a la negra lista de los sacrificios papistas.

Las acusaciones contra ellos eran, como generalmente, los elementos sacramentales y la idolatría de inclinarse ante imágenes. Ellos citaban las palabras de San Juan, «Guardaos de los ídolos», y, con respecto a la presencia real, apremiaban, según San Pablo, que «las cosas que se ven son temporales.» Cuando estaba para leerse la sentencia en contra de ellos, y tener lugar la excomunión en la forma regular, John Comeford, iluminado por el Espíritu Santo, volvió terriblemente este procedimiento contra ellos, y de una manera solemne e impresionante, recriminó su excomunión con las siguientes palabras: «En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, el Hijo del Dios Omnipotente, y por el poder de Su Espíritu Santo, y la autoridad de Su santa Iglesia Católica y Apostólica, entregamos aquí en manos de Satanás para su destrucción, los cuerpos de todos estos blasfemos y herejes que mantengan error alguno contra Su santísima Palabra, o que condenen Su santísima verdad como herejía, para mantener cualquier falsa o extraña religión, para que por este tu santo juicio, oh poderosísimo Dios, contra tus adversarios, tu verdadera religión pueda ser conocida para tu gran gloria y nuestra consolación y la edificación de toda nuestra nación. Buen Señor, que así sea. Amén.»

Esta sentencia fue pronunciada en público y registrada, y, como si la Providencia hubiera decretado que no fuera dada en vano, al cabo de seis días murió la Reina María, detestada por todos los buenos hombres, y maldecida por Dios.

Aunque familiarizado con estas circunstancias, la implacabilidad del arcediano excedió a la de su gran ejemplo, Bonner, que, aunque tenía a varias personas en aquel tiempo en su poder, no apremió que fueran muertas con premura, dándoles con este retardo la oportunidad de escapar. Al morir la reina, muchos estaban encarcelados; otros estaban acabados de apresar; algunos, interrogados, y otros ya condenados. Lo cierto es que ya había órdenes emitidas para varias quemas, pero por la muerte de los tres instigadores de los asesinatos de protestantes, el canciller, el obispo y la reina, que murieron casi al mismo tiempo, las ovejas condenadas fueron liberadas y vivieron muchos años para alabar al Señor por su feliz liberación.

Estos cinco mártires, en la estaca, oraron fervorosamente que su sangre fuera la última derramada, y no fue vana su oración. Murieron gloriosamente, y consumaron el número que Dios había seleccionado para dar testimonio a la verdad en aquel terrible reinado, y sus nombres están escritos en el Libro de la vida. Aunque fueron los últimos, no estuvieron entre los menores de los santos hechos aptos para la inmortalidad por medio de la sangre redentora del Cordero.

Catharine Finlay, alias Knight, fue convertida por su hijo, que le expuso las Escrituras, lo que obró en ella una gran obra que se consumó con su martirio Alice Snoth, en la estaca, envió a buscar a su abuela y a su padrino, y les proclamó los artículos de su fe y los Mandamientos de Dios, convenciendo así al mundo de que conocía su deber. Murió clamando a los espectadores que fueran testigos de que era cristiana, y padeció gozosa por el testimonio del Evangelio de Cristo.

William Fetty azotado hasta morir

Entre las innumerables atrocidades cometidas por el inmisericorde e insensible Bonner, se puede poner el asesinato de este inocente niño como el más horrendo. Su padre, John Fetty, de la parroquia de Clerkenwell, sastre de profesión, tenía sólo veinticuatro años, y había hecho una bienaventurada elección; se había fijado de manera segura en una esperanza eterna, y se confió a Aquel que edifica de tal manera Su Iglesia que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Pero ¡ay!, la misma esposa de su seno, cuyo corazón se había endurecido contra la verdad, y cuya mente estaba influenciada por los maestros de la falsa doctrina, se volvió en su acusadora.

Brokenbery, papista y párroco de aquella parroquia, recibió la información de esta traidora Dalila, y como resultado de ello el pobre hombre fue apresado. Pero entonces cayó el terrible juicio de un Dios siempre justo, que es «muy limpio de ojos... para ver el mal», cayó sobre esta endurecida y pérfida mujer, porque tan pronto fue arrestado su traicionado marido por su malvada acción, que repentinamente cayó en un ataque de locura, exhibiendo un ejemplo terrible y despertador del poder de Dios para castigar a los malvados. Esta terrible circunstancia tuvo algún efecto sobre los corazones de los impíos cazadores que habían buscado anhelantes su presa; en un momento de aplacamiento le permitieron quedarse con su indigna mujer, devolverle bien por mal, y sostener a dos hijos, que, si él hubiera sido enviado a la cárcel, se habrían quedado sin protector, o habrían llegado a ser una carga para la parroquia. Como los malos hombres actúan por motivos mezquinos, podemos atribuir la indulgencia mostrada a esta última razón.

Hemos visto en la primera parte de nuestra narración acerca de los mártires a algunas mujeres cuyo afecto para con sus maridos las llevó incluso a sacrificar sus propias vidas para preservar a sus maridos; pero aquí, en conformidad con el lenguaje de las Escrituras, una madre resulta ser en verdad un monstruo de la naturaleza. Ni el afecto conyugal ni el materno podía ejercer efecto alguno en el corazón de esta indigna mujer.

Aunque nuestro afligido cristiano había experimentado tal crueldad y falsedad de parte de aquella mujer que le estaba sujeta por todos los vínculos humanos y divinos, sin embargo, con un espíritu manso y paciente le soportó sus malas acciones, tratando durante su calamidad aliviar su dolencia, y calmándola con todas las posibles expresiones de ternura. Así, en pocas semanas quedó casi restaurada a su sano juicio. Pero ¡ay!, volvió de nuevo a su pecado, «como un perro vuelve a su vómito.» La malignidad contra los santos del Altísimo estaba arraigada en su corazón demasiado fuertemente para poder ser eliminada; y al volver sus fuerzas, también con ellas volvió su inclinación a cometer maldad. Su corazón estaba endurecido por el príncipe de las tinieblas, y a ella se pueden aplicar estas palabras tan entristecedoras y desalentadoras: «¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también podréis vosotros hacer el bien, estando habituados a hacer el mal.» Ponderando este texto de manera debida con otro: «Tendré misericordia del que tendré misericordia», ¿cómo pretenderemos desvirtuar la soberanía de Dios llamando a Jehová ante el tribunal de la razón humana, que, en cuestiones religiosas, está demasiado a menudo opuesta por la sabiduría infinita? «Ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva perdición, y muchos son los que entran por ella.

Estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.» Los caminos del cielo son verdaderamente inescrutables, y es nuestro deber inexcusable caminar siempre en dependencia de Dios, mirándole en humilde confianza, esperando en Su bondad, y confesando siempre Su justicia; y allí donde «no podemos comprender, allí aprendamos a confiar». Esta desgraciada mujer, siguiendo los horrendos dictados de un corazón endurecido y depravado, apenas si quedó confirmada en su recuperación, que, ahogando los dictados del honor, de la gratitud y de todo afecto natural, de nuevo volvió a denunciar a su marido, que fue una vez más apresado, y llevado ante Sir John Mordant, caballero y uno de los comisionados de la Reina María.

Tras su interrogatorio, encontrándolo su juez firme en sus opiniones, que militaban contra las abrigadas por la superstición y sustentadas por la crueldad, lo sentenció a encierro y tortura en la Torre de los Lolardos. Allí lo pusieron en un doloroso cepo, y junto a él pusieron un plato de agua con una piedra dentro, sólo Dios sabiendo con qué propósito, a no ser que fuera para mostrar que no debía esperar otro alimento, cosa bien creíble si consideramos sus prácticas semejantes contra otros antes mencionados en esta narración; como, entre otros, contra Richard Smith, que murió bajo su cruel encarcelamiento; entre otros detalles de crueldad se da que cuando una mujer piadosa fue a pedirle al doctor Story permiso para enterrarlo, éste le pregunto a la mujer si había alguna paja o sangre en el cadáver de Smith; pero dejó a juicio de los sabios qué era lo que quería decir con esto.

El primer día de la tercera semana de los sufrimientos de nuestro mártir, se le presentó algo ante su vista que le hizo ciertamente sentir sus tormentos con toda su intensidad, y execrar, con una amargura justo deteniéndose para no maldecir, a la autora de su desgracia. Observar y castigar los procedimientos de sus atormentadores queda para el Altísimo, que ve la caída de un pajarillo, y en cuya santa Palabra está escrito: «Mía es la venganza; yo daré el pago.» Esto que vio fue su propio hijo, un niño a la tierna edad de ocho años. Durante quince días su impotente padre había estado suspendido por su atormentador por el brazo derecho y la pierna izquierda, y a veces por ambos miembros, cambiándole la posición con el propósito de darle

fuerzas para soportar y alargar sus sufrimientos. Cuando el inocente chiquillo, deseoso de ver a su padre y de hablar con él, le pidió ver a Bonner para pedirle permiso, al preguntarle el capellán del obispo cuál era el propósito de su visita, dijo que quería ver a su padre. «¿Quién es tu padre?» le preguntó el capellán. «John Felly», contestó el chiquillo, señalando al mismo tiempo el lugar en el que estaba encerrado. «¡Pero tu padre es un hereje!» Este pequeño, con gran valor, le contestó, con una energía suficiente para despertar admiración en cualquier pecho, excepto en el de este miserable insensible y carente de principios, y tan bien dispuesto a ejecutar los caprichos de una reina sin conciencia: «Mi padre no es un hereje: Tú tienes la marca de Balaam.»

Irritado por un reproche tan correctamente aplicado, el indignado y mortificado sacerdote ocultó su resentimiento por un momento, y se llevó al atrevido chico a la casa, donde, teniéndolo seguro, lo entregó a otros, que, tan bajos y crueles como él, lo desnudaron y le azotaron con sus látigos con tanta violencia que, desmayando él bajo los azotes infligidos a su tierno cuerpo, y cubierto por la sangre que manaba de sus llagas, estaba a punto de expirar víctima de este duro e inmerecido castigo.

En este estado, sangrando y desmayado, fue llevado delante de su padre este sufriente niño, cubierto sólo con una larga camisa, por uno de los actores de la horrenda tragedia, el cual, mientras exhibía aquel espectáculo que partía el corazón, empleaba los más viles escarnios, y se gozaba en lo que había hecho. El leal pequeño, como recuperando fuerzas ante la vista de su padre, le imploró de rodillas su bendición. «[Ah, Will,» le dijo el afligido padre, temblando de horror, «[Quién te ha hecho esto, a ti!» El inocente muchacho le contó las circunstancias que lo llevaron al implacable correctivo que le había sido infligido con tanta bajeza; pero cuando repitió la reprensión que le había dicho al capellán, y que fue ocasionada por su indómito espíritu, fue arrancado de su padre, que estaba deshecho en llanto, y vuelto a llevar a la casa, donde quedó preso y estrechamente vigilado.

Bonner, sintiendo un cierto temor de que lo que había hecho no podría ser justificado ni entre los más sangrientos mastines de su voraz manada, concluyó en su tenebrosa y malvada mente liberar a John Fetty, al menos por un tiempo, de los rigores que estaba sufriendo en la gloriosa causa de la eterna verdad. Si, su brillante recompensa está fijada más allá de los límites del tiempo, dentro de los confines de la eternidad, allí donde la saeta del malvado no puede herir, allí «donde no habrá más dolores para los bienaventurados, que, en la mansión de gloria eterna, al Cordero para siempre glorificarán.» Por ello, fue liberado por orden de Bonner (¡qué desgracia para toda dignidad, decirle obispo!) de sus dolorosas cadenas, y llevado de la Torre de los Lolardos a la estancia de aquel impío e infame carnicero, donde encontró al obispo calentándose delante de un gran fuego. Al entrar en la estancia, Fetty dijo: «[Dios sea aquí y paz!» «Dios sea aquí y paz (dijo Bonner), [esto no es ni Dios os guarde, ni buenos días!» «Si echáis coces contra esta paz (dijo Fetty), no es éste el lugar que busco.»

Un capellán del obispo, que estaba junto a él, le dio la vuelta al pobre hombre, y pensando escarnecerle, dijo, con tono burlón: «[Qué tenemos aquí: un bufón!» Estando así Fetty en la estancia del obispo, observó, colgando cerca de la cama del obispo, un par de grandes rosarios de cuentas negras, por lo que dijo: «¡Señor, creo que el verdugo no está muy lejos, porque la soga (dijo, señalando a los rosarios) ya está aquí!» Al oír estas palabras, el obispo se enfureció de manera inexpresable. De inmediato observó también, de pie en la estancia del obispo, un pequeño crucifijo. Le preguntó al obispo qué era, y le contestó que era Cristo. «¿Y fue maltratado tan cruelmente como aparece aquí?», le preguntó Fetty. «Si, así fue», le dijo el obispo. «¡Y así de cruelmente vos trataréis a los que caigan en vuestras manos, porque vos sois para el pueblo de Dios como Caifás fue para Cristo!» El obispo, montando en cólera, le dijo:

«[Tú eres un vil hereje, y te quemaré, o perderé todo lo que tengo, hasta mi casulla.» «No, señor (le dijo Felly), más bien haríais en dársela a algún pobre, para que ore por vos.» Bonner, a pesar de la ira que sentía, que fue tanto más intensificada por la calma y por las agudas observaciones de este sagaz cristiano, consideró más prudente despedir al padre, por causa del niño casi asesinado. Su cobarde alma temblaba por las consecuencias que pudieran desprenderse de ello; el miedo es inseparable de las mentes mezquinas, y este sacerdote rollizo y cobarde experimentó los efectos de este medio hasta tal punto que le indujo a asumir la apariencia de aquello a lo que era totalmente ajeno: de MISERICORDIA.

El padre, despedido por el tirano Bonner, fue a su casa con el corazón oprimido, con su hijo moribundo, que no sobrevivió muchos días a los crueles tratos sufridos.

¡Cuán contraria a la voluntad del gran Rey y Profeta, que enseñó con mansedumbre a Sus seguidores, era la conducta de este maestro falso y sanguinario, de este vil apóstata de su Dios a Satanás! Pero el diablo se

había apoderado de su corazón, y conducía cada acción de aquel pecador a quien había endurecido; éste, entregado a una terrible destrucción, corría la carrera de los malvados, marcando sus pasos con la sangre de los santos, como si anhelara alcanzar la meta de la muerte eterna.

La liberación del doctor Sands

Este eminente prelado, vicescanciller de Cambridge, aceptó predicar, con muy pocas horas de aviso, delante del duque y de la universidad, a petición del duque de Northumberland, cuando éste vino a Cambridge en apoyo de la pretensión de Lady Jane Gray. El texto que tomó fue el que se le presentó al abrir la Biblia, y no hubiera podido escoger uno más apropiado, los tres últimos versículos de Josué. Así como Dios le dio el texto, así también le dio tan orden y poder de palabra que suscitó las más vivas emociones en sus oyentes. El sermón estaba a punto de ser enviado a Londres para ser impreso, cuando llegaron noticias de que el duque había vuelto y que había sido proclamada la Reina Maria.

El duque fue inmediatamente arrestado, y el doctor Sands fue obligado por la universidad a dimitir de su cargo. Fue arrestado por orden de la reina, y cuando el señor Mildmay se preguntó cómo era que un hombre tan erudito se atrevía a ponerse voluntariamente en peligro y a hablar contra una princesa tan buena como Maria, el doctor contestó: «Si yo fuera a hacer como ha hecho el señor Mildmay, no tendría que temer ninguna cárcel. El vino armado contra la Reina Maria; antes, un traidor, ahora un gran amigo de ella. No puedo yo con la misma boca soplar frío y caliente de esta manera.» Siguió un saqueo general de las propiedades del doctor Sand, y fue llevado luego a Londres montado en un jamelgo. Tuvo que soportar varios insultos por el camino, provenientes de católicos fanáticos, y al pasar por la calle de Bishopsgate, cayó al suelo por una pedrada que le lanzaron. Fue el primer prisionero que entró en la Torre, en aquellos tiempos, por causas religiosas. Le admitieron que entrara su Biblia, pero le quitaron sus camisas y otros artículos.

El día de la coronación de Maria, las puertas de la cárcel estaban tan mal guardadas que era fácil escapar. Un verdadero amigo, el señor Mitchell, fue a verlo, le dio sus propios vestidos como disfraz, y se mostró dispuesto a quedarse en su lugar. Este era un ejemplo extraordinario de amistad; pero él rehusó esta oferta, diciéndole: «No tengo conocimiento de ninguna causa por la que tenga que estar en la cárcel. Hacer esto me haría doblemente culpable. Esperaré el beneplácito de Dios, pero me considero un gran deudor vuestro»; así se fue el señor Mitchell.

Con el doctor Sands estaba encarcelado el señor Bradford; fueron custodiados en la cárcel, estrechamente, durante veintinueve semanas. El guardián, John Fowler, era un perverso papista, y sin embargo, tanto le persuadieron, que al final comenzó a favorecer el Evangelio, y quedó tan persuadido de la verdadera religión que un domingo, cuando celebraban Misa en la capilla, el doctor Sands administró la Comunión a Bradford y a Fowler. Así, Fowler devino el hijo de ellos engendrado en prisiones. Para hacer sitio Wyatt y a sus cómplices, el doctor Sands y otros nueve predicadores fueron enviados a Marshalsea.

El guarda de Marshalsea designó a un hombre para cada predicador, para que lo condujera por la calle; les hizo ir delante, y él y el doctor Sands siguieron, conversando juntamente. Para este tiempo, el papismo comenzaba a ser impopular. Después de haber pasado el puente, el guarda le dijo al doctor Sands. «Veo que gentes vanas quisieran echaros al fuego. Vos sois tan vano como ellos si, siendo joven, os mantenéis en vuestra propia arrogancia, y preferís vuestra propia opinión a la de tantos dignos prelados, ancianos, eruditos y serios hombres como hay en este reino. Si es así, veréis que soy un guarda severo, y que aborrece totalmente vuestra religión.» El doctor Sands contestó: «Sé que soy joven, y que mi conocimiento es pequeño; me basta con conocer a Cristo crucificado, y nada ha aprendido el que no ve la gran blasfemia que hay en el papismo. A Dios me rendiré, y no a los hombres; en las Escrituras he leído acerca de muchos guardas piadosos y corteses: ¡que Dios te haga uno de ellos!

Y si no, espero que El me dé fuerza y paciencia para soportar vuestros malos tratos.» Luego le dijo el guarda: «estáis resuelto a manteneros en vuestra religión?» «Sí,» dijo el doctor, «¡por la gracia de Dios!» «La verdad,» dijo el guarda, «me gustáis tanto más por esto; sólo os probaba; contad con todo favor de que os pueda hacer objeto; y me consideraré feliz si puedo morir en la estaca con vosotros.»

Y cumplió su palabra, porque confió en el doctor, dejándole pasear sólo por los campos, donde se encontró con el señor Bradford, que también estaba preso a disposición del tribunal

real, y que había conseguido el mismo favor de su guarda. Por su petición, puso al señor Sands junto con él, para ser su compañero de celda, y la Comunión fue administrada a un gran número de comunicantes.

Cuando Wyatt llegó con su ejército a Southwark, ofreció liberar a todos los protestantes encarcelados, pero el doctor Sands y el resto de los predicadores rehusaron aceptar la libertad bajo tales condiciones.

Después que el doctor Sands hubo estado preso nueve meses en la cárcel de Marshalsea, fue puesto en libertad por mediación de Sir Thomas Holcroft, caballero mariscal. Aunque el señor Holcroft tenía la orden de la reina, el obispo le había mandado que no pusiera en libertad al doctor Sands hasta que hubiera recibido fianza de dos caballeros con él, obligándose cada uno de ellos por 500 libras esterlinas, de que el doctor Sands no se ausentaría del reino sin permiso para ello. El señor Holcroft se vio de inmediato con dos caballeros del norte, amigos y primos del doctor Sands, que ofrecieron pagarle la fianza.

Después de comer, aquel mismo día, Sir Thomas Holcroft mandó que trajeran al doctor Sands a su casa en Westminster, para decirle todo lo que había hecho. El doctor Sands le respondió: «Doy gracias a Dios, que ha movido vuestro corazón a tenerme tal consideración, por lo que me considero obligado a vos. Dios os lo pagará, y yo mismo no os seré ingrato. Pero como me habéis tratado amistosamente, yo también os seré franco. Vine libre a la cárcel; no saldré ligado. Como no puedo ser de beneficio alguno a mis amigos, tampoco les seré para daño. Y si soy puesto en libertad, no me quedaré seis días en este reino, si puedo irme. Por ello, si no puedo irme libre, enviadme de nuevo a Marshalsea, y allí estaréis seguro de mi.»

Esta respuesta disgustó mucho al señor Holcroft; pero le contestó como un verdadero amigo: «Siendo que no podéis ser cambiado de postura, yo cambiaré mi propósito, y cederé ante vos. Pase lo que pase, os pondré en libertad; y viendo que tenéis deseo de atravesar el mar, id tan rápido como podáis. Una cosa os pido, que mientras estéis allí, no me escribáis nada, porque esto podría ser mi destrucción.»

El doctor Sands, despidiéndose afectuosamente de él y de sus otros amigos encarcelados, se fue. Se fue por la casa de Winchester, y desde allí tomó una barca y se dirigió a casa de un amigo en Londres, llamado William Banks, quedándose allí una noche. A la noche siguiente fue a casa de otro amigo, y allí supo que estaba siendo intensamente buscado, por orden expresa de Gardiner.

El doctor Sands se dirigió entonces de noche a casa de un hombre llamado Berty, un extraño que estuvo con él en la cárcel de Marshalsea por un tiempo. Era un buen protestante, y vivía en Maiklane. Allí estuvo seis días, y luego se fue a casa de uno de sus conocidos en Comhill. Hizo que este conocido, Quinton, le suministrara dos caballos, habiendo decidido irse, por la mañana, a Essex, a casa de su suegro el señor Sands, donde estaba su mujer, lo que llevó a cabo tras haber escapado con dificultad a ser apresado. No había estado allí dos horas antes que le fuera dicho al señor Sands que dos guardas arrestarían aquella noche al doctor Sands.

Aquella noche el doctor Sands fue llevado a la granja de un honrado granjero, cerca del mar, donde se quedó dos días y dos noches en una estancia sin compañía alguna. Después de haber pasado a casa de un tal James Mower, patrón de barco que vivía en Milton-Shore, donde esperó un viento favorable para ir a Flandes. Mientras estaba allí, James Mower le trajo cuarenta o cincuenta marineros, a los que les dio una exhortación; le tomaron tanto aprecio, que prometieron morir antes que permitir que fuera apresado.

El sexto de mayo, domingo, el viento fue favorable. Al despedirse de su hospedadora, que había estado casada ocho años sin tener ningún niño, le dio un hermoso pañuelo y un viejo real de oro, y le dijo: «Consuélate; antes que haya pasado un año entero, Dios te dará un hijo, un niño.» Y esto se cumplió, porque doce meses menos un día después, Dios le dio un hijo.

Apenas si había llegado a Amberes que supo que el Rey Felipe había dado orden que fuera prendido. Huyó entonces a Augsburgo, en Cleveland, donde el doctor Sands se quedó catorce días, viajando a continuación a Estrasburgo, donde, tras haber vivido allí un año, su mujer llegó para estar con él. Estuvo enfermo de un flujo durante nueve meses, y tuvo un hijo que murió de la peste. Su amante esposa finalmente cayó enferma de una consunción, y murió en sus brazos. Cuando su mujer estuvo muerta, fue a Zurich, y estuvo en casa de Peter Martyr por espacio de cinco semanas.

Sentados un día comiendo, les llevaron de repente la noticia de que la Reina María había muerto, y el doctor Sands fue llamado por sus amigos en Estrasburgo, donde predicó. El señor Grindal y él se dirigieron a Inglaterra, y llegaron a Londres el mismo día de la coronación de la Reina Elizabet. Este fiel siervo de

Cristo ascendió, bajo la reina Elizabet, a la más alta distinción en la Iglesia, siendo sucesivamente obispo de Worcester, obispo de Londres y arzobispo de York.

El trato dispensado por la Reina María a su hermana, la Princesa Elizabet

La preservación de la Princesa Elizabet puede ser considerada como un ejemplo notable de la vigilante mirada de Cristo sobre Su Iglesia. El fanatismo de Maria no tenía consideración para con los lazos de consanguinidad, de los afectos naturales ni de la sucesión nacional. Su mente, físicamente lenta, estaba bajo el dominio de hombres que no poseían bondad humana, y cuyos principios estaban sancionados y mandados por los dogmas idolátricos del romano pontífice. Si hubieran podido prever la corta duración del reinado de María; habrían teñido sus manos con la sangre protestante de Elizabet, y, como sine qua non de la salvación de la reina, la habrían ahogado a ceder el reino a algún príncipe católico. La resistencia ante tal cosa habría ido acompañada de todos horrores de una guerra civil religiosa, y se habrían sentido en Inglaterra calamidades similares a las de Francia bajo Enrique el Grande, a quien la Reina Elizabet ayudó en su oposición a sus súbditos católicos dominados por los sacerdotes. Como si la Providencia tuviera a la vista el establecimiento perpetuo de la fe protestante, debe observarse la diferencia de la duración de los dos reinados. María podría haber reinado muchos años en el curso de la naturaleza, pero el curso de la gracia lo dispuso de manera distinta. Cinco años y cuatro meses fue el tiempo dado a este débil y desgraciado reinado, mientras que el reinado de Elizabet esta entre los más duraderos de todos los que jamás haya visto el trono inglés: casi nueve veces el de su inmisericorde hermana.

Antes que María llegara a la corona, trató a Elizabet con bondad fraternal, pero desde aquel momento se alteró su conducta, y se estableció la distancia más imperiosa. Aunque Elizabet no tuvo parte alguna en la rebelión de Sir Thomas Wyatt, fue sin embargo prendida y tratada como culpable de aquella rebelión. La forma en que tuvo lugar su arresto fue semejante a la mente que la había dictado; los tres ministros del gabinete a los que ella designó para que tuvieran cuidado del arresto entraron descortésmente en su dormitorio a las diez de la noche, y, aunque estaba sumamente enferma, a duras penas se les pudo convencer para que la dejaran descansar hasta la siguiente mañana. Su debilitado estado la permitió ser llevada sólo en cortas etapas en su largo viaje a Londres, pero la princesa, aunque afligida en su persona, tuvo un consuelo que su hermana jamás podría comprar: las gentes por en medio de las que pasaba por el camino se compadecían de ella, y oraban por su preservación.

Al llegar a la corte, fue constituida presa durante dos semanas, vigilada estrechamente, sin saber quién era su acusador, ni ver a nadie que pudiera consolarla o aconsejarla. Sin embargo, la acusación fue finalmente desvelada por Gardiner, que, con diecinueve miembros del Consejo, la acusó de instigar la conspiración de Wyatt, lo que ella afirmó religiosamente ser falso. Al fracasar en esto, presentaron contra ella sus tratos con Sir Peter Carew en el oeste, en lo que tampoco tuvieron éxito. La reina intervino ahora manifestando que era su voluntad que fuera encerrada en la Torre, paso éste que abrumó a la princesa con el mayor temor e inquietud. En vano abrigó la esperanza de que su majestad la reina no la enviara a tal lugar; pero no podía esperar indulgencia alguna; el número de sus asistentes sus asistentes quedó limitado, y se designaron cien soldados norteños para guardarla día y noche.

El Domingo de Ramos fue llevada a la Torre. Cuando llegó al jardín del palacio, miró arriba hacia las ventanas, esperando ver los de la reina, pero se vio desengañada. Se dio estricta orden en Londres de que todos fueran a la iglesia y llevaran palmas, para que pudiera ser conducida a su prisión sin protestas ni muestras de compasión.

Al pasar bajo el Puente de Londres, la bajada de la marea hizo muy peligrosa la travesía, y la barcaza se trabó durante un tiempo con un espolón del puente. Para mortificarla aún más, la hicieron desembarcar en la Escalera de los Traidores. Como llovía intensamente, y se veía obligada a poner los pies en el agua para llegar a la ribera, vaciló; pero ello no suscitó ninguna cortesía en el caballero que la atendía. Cuando puso sus pies en los escalones, exclamó: «Aquí, aunque presa, desembarco como la más leal súbdita que jamás llegó a estos escalones; y lo digo ante Ti, oh Dios, no teniendo otro amigo que Tú!».

Un gran número de guardianes y siervos de la Torre fueron dispuestos en orden, para que la princesa pasara entre ellos. Al preguntar para qué era aquella parada, se le informó que era la costumbre. Ella dijo: «Si

están aquí por mí, os ruego que sean excusados.» Al oír esto, los pobres hombres se arrodillaron, y oraron que Dios preservara a su Gracia, por lo cual fueron al día siguiente expulsados de sus cargos. Esta trágica escena debe haber sido profundamente interesante: ver una princesa amable e irreprochable enviada como un cordero, para languidecer en la expectativa de crueles tratos y muerte, y contra la que no había otros motivos que su superioridad en virtudes Cristianas y capacidades adquiridas. Sus acompañantes lloraban abiertamente mientras ella se dirigía con un andar digno hacia las trágicas almenas de su destino. «¿Qué queréis decir con estas lágrimas?», dijo Elizabet: «Os he traído para consolarme, no para desalentarme; porque mi verdad es tal que nadie tendrá motivos para llorar por mi.»

El siguiente paso de sus enemigos fue procurarse evidencias por medios que en nuestros días se consideran execrables. Muchos pobres presos fueron sometidos al potro de tormento para extraerles, si fuera posible, cualquier tipo de acusación que pudiera ser susceptible de condenarla a muerte, y con ello satisfacer la sanguinaria disposición de Gardiner. Él mismo fue a interrogarla, acerca de su mudanza desde su casa en Ashbridge al castillo de Dunnington hacia ya mucho tiempo. La princesa había olvidado totalmente este insignificante acontecimiento, y Lord Arundel, después del interrogatorio, arrodillándose, se excusó por haberla molestado en cuestión tan trivial. «Me ponéis estrechamente a prueba», contestó la princesa, «pero de esto estoy segura: que Dios ha puesto límite a vuestros procedimientos; que Dios os perdone a todos.» Sus propios caballeros, que debieran haber sido sus administradores y haberla provisto de sus cosas necesarias, fueron obligados a ceder sus puestos a los soldados comunes, a las órdenes del alcalde de la Torre, que era en todos los respectos un servil instrumento de Gardiner; sin embargo, los amigos de su Gracia obtuvieron una orden del Consejo que reguló esta mezquina tiranía más a satisfacción de ella.

Después de haber pasado un mes entero en prisión estricta, envió una comunicación al lord chambelán y a Lord Chandois, a quienes les informó del mal estado de su salud por falta de aire libre y de ejercicio. Hecha la solicitud el Consejo se le permitió a regañadientes a Elizabet poder pasearse por las estancias de la reina, y luego en el jardín, momento en el que los prisioneros en aquel lado eran acompañados por sus guardas, sin permitirseles contemplarla. También se excitaron sus celos por un niño de cuatro años, que a diario le llevaba flores a la princesa. El niño fue amenazado con recibir azotes, y se ordenó al padre que lo tuviera alejado de las estancias de la princesa.

El día cinco de mayo, el alcalde fue depuesto de su cargo, y Sir Henry Benifield fue designado en su lugar, acompañado de cien soldados vestidos de azul, de torva apariencia. Esta medida suscitó gran alarma en la mente de la princesa, que se imagino que estos eran preparativos conducentes a sufrir la misma suerte que Lady Jane Gray y en el mismo tajo. Recibiendo seguridades de que no había tal proyecto en marcha, le vino a la mente el pensamiento de que el nuevo alcalde de la Torre estaba encargado de acabar con ella secretamente, por cuanto su carácter equivoco armonizaba con la feroz inclinación de aquellos por los que había sido designado.

Luego se rumoreó que su Gracia iba a ser llevada fuera de allí por el alcalde y sus soldados, lo que finalmente resultó cierto. Vino una orden del Consejo para que fuera trasladada a la casa señorial Woodstock, lo que tuvo lugar el domingo de Trinidad, 13 de mayo, bajo la autoridad de Sir Henn' Benifield y de Lord Tame. La causa ostensible de su traslado fue dar lugar a otros presos. Richmond fue el primer lugar donde se detuvieron, y aquí durmió la princesa, aunque no sin mucho temor al principio, porque sus propios criados fueron sustituidos por los soldados, que fueron puestos como guardas a la puerta de su estancia. Por las quejas presentadas, Lord Tame anuló este indecoroso abuso de autoridad, y le concedió perfecta seguridad mientras estuvo bajo su custodia.

Al pasar por Windsor vio a varios de sus pobres y abatidos siervos que esperaban verla. «Ve a ellos,» le dijo a uno de sus asistentes, «y diles de mi parte estas palabras: tanquim ovis, esto es, como oveja al matadero.»

A la mañana siguiente, su Gracia se alojó en casa de un hombre llamado Mr. Dormer, y encaminándose a ella, la gente le hizo tales muestras de leal afecto que Sir Henry se sintió indignado, y los trató abiertamente de rebeldes y traidores. En algunos pueblos lanzaban las campanas al vuelo, imaginando que la llegada de la princesa entre ellos era por causas muy distintas; pero esta inocente demostración de alegría fue suficiente para que el perseguidor Benifield ordenara a sus soldados que apresaran a estas gentes humildes y las pusieran en el cepo.

Al día siguiente, su Gracia llegó a casa de Lord Tame, donde se quedó toda la noche, y fue muy noblemente agasajada. Esto excitó la indignación de Sir Henry, y le llevó a advertir a Lord Tame que considerara bien su manera de actuar; pero la humanidad de Lord Tame no era de las que se dejaban atemorizar, y le dio una réplica adecuada. En otra ocasión, este oficial pródigo, para mostrar su mala catadura y su menosprecio de la cortesía, fue a una estancia que había sido preparada para su Gracia con una silla, dos cojines y una alfombra, sentándose allí presuntuosamente, y llamando a uno de sus hombres para que le quitara las botas. Tan pronto como lo supieron las damas y los caballeros de la princesa, lo ridiculizaron escameciéndole. Cuando terminó la cena, él llamó al señor de la casa, y ordenó que todos los caballeros y las damas se fueran a sus casas, asombrándose mucho de que permitiera una tan gran compañía, considerando el grave encargo que le había sido encomendado. «Sir Henry,» dijo su señoría, «daos por satisfecho; evitaremos tanta compañía, incluyendo la de vuestros hombres.» «No,» dijo Sir Henry, «sino que mis soldados vigilarán toda la noche.» Lord Tame replicó: «No hay necesidad.» «Bueno,» dijo el otro, «haya necesidad o no, lo harán.»

Al siguiente día, su Gracia emprendió viaje desde allí a Woodstock, donde fue encerrada, como antes en la Torre de Londres, guardándola los soldados dentro y fuera de las murallas, cada día, en número de sesenta; y durante las noches hubo cuarenta durante todo el tiempo de su encarcelamiento.

Al final se le permitió pasear por los jardines, pero bajo las más severas restricciones, guardando las llaves el mismo Sir Henry, guardándola siempre bajo muchas cerraduras y cerrojos, lo que la indujo a llamarlo su carcelero, a lo que se sintió él ofendido, y le rogó que usara la palabra oficial. Después de muchos ruegos al Consejo, obtuvo permiso para escribir a la reina; pero el carcelero que le trajo pluma, tinta y papel se quedó junto a ella mientras escribía, y, al irse, se volvió a llevar estos artículos hasta que volvieran a ser necesarios. También insistió en llevar la carta él mismo a la reina, pero Elizabet no admitió que él fuera el portador, y fue presentada por uno de sus caballeros.

Después de la carta, los doctores Owen y Wendy visitaron a la princesa, porque su estado de salud hacia precisa la asistencia médica. Se quedaron con ella cinco o seis días, tiempo en el que ella mejoró mucho; luego volvieron a la reina, y hablaron aduladoramente de la sumisión y humildad de la princesa, ante lo que la reina pareció conmoverse; pero los obispos exigían una admisión de que había ofendido a su majestad. Elizabet rechazó esta forma indirecta de reconocerse culpable. «Si he delinquido,» dijo ella, «y soy culpable, no pido misericordia, sino la ley, que estoy segura que ya habría sufrido hace tiempo si se hubiera podido probar nada contra mí; desearía estar igual de libre del peligro de mis enemigos; entonces no estaría encerrada y encerrojada tras murallas y puertas.»

En aquel tiempo se habló mucho de la idoneidad de unir la princesa con algún extranjero, para que pudiera irse del reino con una porción apropiada. Uno de los del Consejo tuvo la brutalidad de proponer la necesidad de decapitarla si es que el rey Felipe quería tener el reino en paz; pero los españoles, aborreciendo una idea tan mezquina, contestaron: «¡Dios no quiera que nuestro rey y señor consienta a tan infame proceder!» Estimulados por un principio de nobleza, los españoles apremiaron desde entonces al rey en el sentido de que sería para más honra suya liberar a Lady Elizabet, y el rey no fue insensible a tal petición. La sacó de prisión, y poco después fue enviada a Hampton Court. Se puede observar aquí, de pasada, que la falacia de los razonamientos humanos se hace evidente a cada paso. El bárbaro que propuso la acción política de decapitar a Elizabet poco se esperaba el cambio de condición que sus palabras iban a propiciar. En su viaje desde Woodstock, Benifield la trató con la misma dureza que antes, haciéndola viajar un día de tempestad, y no permitiendo que su vieja criada, que había venido a Colnbrook, donde durmió una noche, pudiera hablar con ella.

Quedó guardada y vigilada durante dos semanas de manera estricta antes que nadie osara hablar con ella; al final, el vil Gardiner acudió, con tres más del Consejo, con gran sumisión. Elizabet lo saludó con la observación de que había estado mantenida durante mucho tiempo en prisión incomunicada, y le rogó que intercediera delante del rey y de la reina para que la librasen de este encierro. La visita de Gardiner tenía el propósito de obtener de la princesa una confesión de culpabilidad; pero ella se guardó contra sus sutilezas, añadiendo que antes de admitir haber hecho nada malo se quedaría en prisión el resto de su vida. Al día siguiente, Gardiner volvió a verla, y arrodillándose, declaró que la reina se sentía atónita de que persistiera en afirmar que era sin culpa, de lo que se inferiría que la reina había encarcelado injustamente a su Gracia. Gardiner la informó además de que la reina había declarado que debería hablar de manera diferente antes de poder ser

dejada en libertad. «Entonces,» replicó la noble Elizabet, «prefiero estar en prisión con honor y verdad antes que tener mi libertad y estar bajo las sospechas de su majestad. Y me mantendré en lo que he dicho; ¡no voy a mentir!» Entonces, el obispo y sus amigos partieron, dejándola encerrada como antes.

Siete días después la reina envió a buscar a Elizabet a las diez de la noche; dos años

habían pasado desde que se habían visto por última vez. Esto creó terror en la mente de la princesa, que, al salir, pidió a sus caballeros y damas que oraran por ella, porque no era seguro que fuera a volver a ellos.

Llevada al dormitorio de la reina, al entrar la princesa se adornó, y habiendo rogado a Dios que guardara a su majestad, le dio seguridades de que su majestad no tenía un súbdito más leal en todo el reino, fueran cuales fueran los rumores que se hicieran circular en sentido contrario. Con un altanero desdén, la imperiosa reina contestó: «No vas a confesar tu delito, sino que te mantienes férrea en tu verdad. Pido a Dios que así sea.

«Si no es así,» dijo Elizabet, «no pido ni favor ni perdón de manos de vuestra majestad.»

«Bueno,» dijo la reina, «sigues perseverando terca en tu verdad. Además, no quieres confesar que no has sido castigada injustamente.»

«No debo decíroslo, si así le place a vuestra majestad.

«Entonces se lo dirás a otros,» dijo la reina.

«No, si su majestad no quiere; he llevado la carga, y debo llevarla. Ruego humildemente a vuestra majestad que tenga buena opinión de mí y que me considere su súbdita, no sólo desde el comienzo hasta ahora, sino para siempre, mientras haya vida.» Se despidieron sin ninguna satisfacción cordial por parte de ninguna; y no podemos decir que la conducta de Elizabet exhibiera aquella independencia y fortaleza que acompaña a la perfecta inocencia. La admisión de Elizabet de que no iba a decir, ni a la reina ni a otros, que había sido castigada injustamente, estaba en total contradicción con lo que le había dicho a Gardiner, y debe haber surgido de algún motivo por ahora inexplicable. Se supone que el Rey Felipe estaba escondido durante la entrevista, y que se había mostrado favorable a la princesa.

Al cabo de siete días del regreso de la princesa a su encarcelamiento, su severo carcelero y sus hombres fueron despedidos, y fue dejada en libertad, bajo la limitación de estar siempre acompañada y vigilada por alguien del Consejo de la reina. Cuatro de sus caballeros fueron enviados a la Torre sin otra acusación contra ellos de haber sido celosos siervos de su señora. Este acontecimiento fue pronto seguido por la feliz noticia de la muerte de Gardiner, por la que todos los hombres buenos y clementes glorificaron a Dios, por haber sacado al principal tigre de la guarida, y haber asegurado más la vida de la sucesora protestante de María.

Este infame, mientras la princesa estaba encarcelada en la Torre, envió un documento secreto, firmado por algunos del Consejo, ordenando su ejecución privada, y si el señor Bridges, teniente de la Torre, hubiera sido tan poco escrupuloso ante un tenebroso asesinato como este impío prelado, hubiera sido muerta. Al no haber la firma de la reina en el documento, el señor Bridges se dirigió apresuradamente a su majestad para informarla y para saber su parecer. Ésta había sido una treta de Gardiner, que intentando demostrarla culpable de actividades traicioneras había hecho torturar a varios presos. También ofreció grandes sumas en soborno al señor Edmund Tremain y Smithwicke para que acusaran a la inocente princesa.

Su vida estuvo varias veces en peligro. Mientras estaba en Woodstock, se prendió fuego,

aparentemente de manera intencionada, entre las vigas y el techo bajo el cual dormía. También corre el intenso rumor de que un tal Paul Penny, guarda de Woodstock, y notorio bandido, fue designado para asesinarla, pero, fuera como fuera, Dios contrarrestó en este punto los designios de los enemigos de la Reforma. James Basset fue otro designado para ejecutar la misma acción; era un peculiar favorito de Gardiner, y había llegado a una milla de Woodstock, queriendo hablar con Benifield acerca de esto. Quiso Dios en su bondad que mientras Basset se dirigía a Woodstock, Benifield, por orden del Consejo, se dirigía a Londres; debido a esto, dejó orden firme a su hermano de que nadie fuera admitido en presencia de la princesa durante su ausencia, ni siquiera si llevaba una nota de la reina. Su hermano vio al asesino, pero la intención de este quedó frustrada, porque no pudo conseguir ser admitido en presencia de la princesa.

Cuando Elizabet salió de Woodstock, dejó estas líneas escritas con un diamante en la ventana: Muchas sospechas puede haber, Nada demostrado puede ser. Dijo Elizabet, presa.

Al acabar la vida de Winchester, acabó el extremado peligro de la princesa, porque muchos de sus secretos enemigos pronto le siguieron, y, finalmente, su cruel hermana, que sobrevivió a Gardiner sólo tres años.

La muerte de María ha sido adscrita a varias causas. Los miembros del Consejo trataron de consolarla en sus últimos momentos, pensando que era la ausencia de su marido lo que tanto le pesaba en el corazón, pero aunque esto tuvo una cierta influencia, la verdadera razón de su dolor era la pérdida de Calais, la última fortaleza poseída por los ingleses en Francia. «Abrid mi corazón,» dijo María, «cuando esté muerta, y encontraréis allí escrita la palabra Calais.» La religión no le causaba temores; los sacerdotes hablan adormecido en ella toda inquietud de conciencia que pudiera haber existido por causa de los espíritus acusadores de los mártires asesinados. No era la sangre que había derramado, sino la pérdida de una ciudad, lo que movió sus emociones al morir, y este golpe último pareció ser infligido para que sus fanáticas persecuciones pudieran ser puestas en paralelo con su insensatez política.

[Rogamos fervorosamente que ningunos anales de ningún país, católico o pagano, vuelvan a ser jamás manchados con tal repetición de sacrificios humanos al poder papal, y que el aborrecimiento que se tiene contra el carácter de María pueda ser un faro para los posteriores monarcas para que eviten los arrecifes del fanatismo!]

María

El castigo de Dios contra algunos de los perseguidores de Su pueblo en el reinado de

Después de la muerte de aquel archiperseguidor, Gardiner, otros siguieron, entre los que debe destacarse al doctor Morgan, obispo de St. David's, que había sucedido al Obispo Farrar. No mucho tiempo después que fuera designado para este obispado, cayó bajo la visitación de Dios: sus alimentos, una vez hablan descendido por la garganta, retrocedían con gran violencia. De esta manera acabó su existencia, literalmente muerto de hambre.

El Obispo Thomton, sufragáneo de Dover, fue un infatigable perseguidor de la verdadera Iglesia. Un día, después de haber ejercido su cruel tiranía sobre un número de piadosas personas en Canterbury, se dirigió de la casa capitular a Borne, donde, mientras estaba un domingo contemplando a sus hombres jugando a los bolos, cayó bajo un ataque de parálisis, y no sobrevivió durante mucho tiempo.

Después le sucedió otro obispo o sufragáneo, ordenado por Gardiner, que no mucho después de haber sido elevado a la sede de Dover, cayó por unas escaleras en la estancia del cardenal en Greenwich, rompiéndose el cuello. Acababa de recibir la bendición del cardenal: no había podido recibir nada peor.

John Cooper, de Watsam, Suffolk, sufrió a causa de un perjurio; por malignidad privada fue perseguido por un tal Fenning, que sobornó a otros dos que juraran que habían oído decir a Cooper: «Si Dios no sacara de aquí a la Reina María, lo haría el diablo.» Cooper negó haber dicho tal cosa, pero Cooper era protestante y hereje, por lo que fue colgado, arrastrado y descuartizado, sus bienes fueron confiscados, y su mujer y nueve hijos reducidos a la mendicidad. Pero durante la siguiente cosecha, Grimwood de Hitcham, uno de los testigos antes mencionado, fue visitado por su infamia; mientras trabajaba, apilando trigo, sus entrañas reventaron repentinamente, y murió antes de poder conseguir ayuda alguna. ¡Así fue retribuido un perjurio deliberado con una muerte súbita! Ya hemos observado la dureza del alguacil mayor Woodroffe en el caso del mártir señor Bradford. Se regocijaba aquel alguacil en la muerte de los santos, y en la ejecución del señor Roger le partió la cabeza al arriero, porque detuvo el carro para permitir que los hijos del mártir le dieran un último adiós. Apenas si hacía una semana que el señor Woodroffe había dejado de ser alguacil mayor que fue azotado por una parálisis, y languideció varios días en una condición de lo más lastimosa e impotente, presentando un gran contraste con su anterior actividad en aquella sanguinaria causa.

Se cree que Ralph Lardyn, que entregó al mártir George Eagles, fue posteriormente juzgado y colgado como consecuencia de una auto acusación. Ante el tribunal, se acusó con estas palabras: «Esto me ha sobrevenido con toda justicia por entregar sangre inocente de aquel hombre justo y bueno, George Eagle, que fue aquí condenado en tiempos de la Reina María por mi acción, cuando vendí su sangre por un poco de dinero.»

Mientras James Abbes se dirigía a su ejecución, exhortando a los apenados espectadores a que se mantuvieran firmes en la verdad, y que como él sellaran la causa de Cristo con su sangre, un siervo del alguacil mayor lo interrumpió, llamando blasfemamente herejía a su religión, y al buen hombre lunático. Pero apenas si las llamas habían alcanzado al mártir que el terrible golpe de Dios cayó sobre aquel endurecido miserable, en presencia de aquel a quien había ridiculizado tan cruelmente. Aquel hombre se vio repentinamente atacado de locura, y, lunático perdido, se despojó de sus ropas y se quitó los zapatos delante de todos (como Abbes había acabado de hacer, para distribuirlo entre algunas personas pobres), gritando al mismo tiempo: «[Así ha hecho James Abbes, el verdadero siervo de Dios, que está salvo, pero yo condenado!】 Repitiendo esto varias veces, el alguacil le hizo asegurar y mandó que le vistieran de su ropa, pero tan pronto volvió a estar solo volvió a arrancárselas, gritando como antes. Atado a un carro, fue llevado a casa de su amo, y al cabo de medio año murió. Justo antes de ello, vino a asistirle un sacerdote con un crucifijo, etc., pero el desgraciado hombre le dijo que se fuera con sus engaños, y que él y otros sacerdotes eran la causa de su condenación, pero que Abbes estaba salvado.

Un tal Clark, enemigo jurado de los protestantes en el reinado del Rey Eduardo, se colgó en la Torre de Londres.

Froling, sacerdote de mucha celebridad, cayó en la calle y murió en el acto.

Dale, un infatigable informador, murió comido por gusanos, constituyendo un horrendo espectáculo.

Alexander, el severo guarda de Newgate, murió miserablemente, hinchándose hasta un tamaño prodigioso, y se pudrió de tal manera por dentro que nadie se le quería acercar. Este cruel ministro de la ley solía acudir a Bormer, a Story y a otros pidiéndoles que vaciaran su prisión, ¡se sentía demasiado acosado

por los herejes! El hijo de este guarda, tres años después de la muerte de su padre, disipó sus grandes propiedades, y murió repentinamente en el mercado de Newgate.

«Los pecados del padre,» dice el decálogo, «serán visitados sobre los hijos.» John Peter, yerno de Alexander, un horroroso blasfemador y perseguidor, murió miserablemente. Cuando afirmaba cualquier cosa, decía: «Si no es cierto, que me pudra antes de morir.» Y esta terrible condición le visitó en todo su horror.

Sir Ralph Ellerker había estado anhelantemente deseoso de que a Adam Damlip, ejecutado tan injustamente, le fuera arrancado el corazón. Poco después, Sir Ralph fue muerto por los franceses, que lo mutilaron cruelmente, le cortaron los miembros, y le arrancaron el corazón.

Cuando Gardiner supo del mísero fin del Juez Hales, llamó a la profesión del Evangelio una doctrina de desesperación, pero olvidó que la desesperación del juez surgió después de haber asentido al papismo. Con más razón se puede decir esto de los principios católicos, si consideramos el mísero fin del doctor Pndleton, de Gardiner y de la mayoría de los perseguidores principales. Un obispo le recordó a Gardiner, cuando éste estaba en su lecho de muerte, a Pedro negando a su maestro. «¡Ah!» dijo Gardiner, «he negado como Pedro, pero nunca me he arrepentido como Pedro.»

Tras la accesión de Elizabet, la mayoría de los prelados católicos fueron encarcelados en la Torre o en Fleet. Bonner fue encerrado en Marshalsea.

De los blasfemadores de la Palabra de Dios, detallaremos, entre muchos otros, el siguiente suceso. Un tal William Maldon, que vivía en Greenwich como criado, estaba un anochecer instruyéndose provechosamente leyendo un libro de lectura elemental. Otro criado, llamado John Powell, estaba sentado cerca, y ridiculizaba todo lo que decía Maldon, que le advirtió que no hiciera escarnios con la Palabra de Dios. Pero Powell prosiguió, hasta que Maldon llegó a ciertas oraciones inglesas, y leyó en voz alta: «Señor, ten piedad de nosotros, Cristo ten piedad de nosotros,» etc. De repente, el escarneador se sobresaltó y exclamó: [Señor, ten misericordia de nosotros! Se sintió sobrecogido el más atroz terror en su mente, dijo que el espíritu malo no podía permitir que Cristo tuviera misericordia alguna de él, y se hundió en la locura. Fue enviado a Bedlam, y se convirtió en un terrible ejemplo de que Dios no siempre será ultrajado impunemente.

Henry Smith, estudiante de leyes, tenía un piadoso padre protestante, de Camden, en Gloucestershire, y fue piadosamente educado por él. Mientras estudiaba leyes en el Temple, fue inducido a profesar el catolicismo, y dirigiéndose a Lovaina, en Francia, volvió cargado de eprdonos., crucifijos y otros juguetes papistas. No satisfecho con esto, empezó a injuriar públicamente la religión evangélica en la que había sido criado, pero una noche la conciencia lo reprendió con tal violencia que en un arrebato de desesperación se colgó con sus propias ligas. Fue sepultado en un camino, sin que fuera leído el servicio cristiano.

El doctor Story, cuyo nombre ha sido mencionado tantas veces en las páginas anteriores fue reservado para ser cortado mediante ejecución pública, práctica en la que tanto se había deleitado cuando estaba en el poder. Se supone que intervino en la mayoría de las acciones de los tiempos de María, y que desplegó su ingenio inventando nuevas formas de infligir torturas. Cuando Elizabet accedió al trono, fue encarcelado, pero inexplicablemente huyó al continente, para llevar el fuego y la espada allí contra los hermanos protestantes. Del Duque de Alba recibió en Amberes una especial comisión para registrar todos los barcos en busca de contrabando, especialmente de libros heréticos ingleses.

El doctor Story se gloriaba en un encargo que fue ordenado por la Providencia para obrar su ruina, y para preservar a los fieles de su sanguinaria crueldad. Se decidió que un mercader llamado Parker navegara a Amberes, y que se le diera información al doctor Story de que tenía una cantidad de libros heréticos a bordo. Apenas oyó esto, éste se apresuró a ir al barco, buscó por todas partes en cubierta, y luego bajo a la bodega, y le cerraron las escotillas. Una oportuna galerna llevó la nave a Inglaterra, y este traidor y perseguidor rebelde fue enviado a prisión, donde estuvo un tiempo considerable, negándose obstinadamente a renunciar a su espíritu anticristiano, y a admitir la supremacía de la Reina Elizabet. Aducía que era súbdito jurado del rey de España, a cuyo servicio estaba el famoso Duque de Alba, aunque de nacimiento y por educación era inglés. Condenado, el doctor fue puesto sobre un remolque de emparrillado yarrastrado desde la Torre a Tyburn, donde después de haber estado colgado durante media hora, fue cortado, despedazado, y el verdugo exhibió el corazón de un traidor.

Así terminó la existencia de este Nimrod de Inglaterra.
